

NUESTRO HOGAR

La Vida en el Mundo Espiritual



Francisco Cândido Xavier

Espírito André Luiz



Francisco Cândido Xavier

NUESTRO HOGAR

La Vida en el Mundo Espiritual

Cuando el servidor está preparado el servicio aparece.

Obra mediúmnica dictada por el Espíritu

ANDRÉ LUIZ



INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA

Av. Otto Barreto, 1067 - Caixa Postal 110

CEP 13602-970 - Araras - SP - Brasil

Fone (19) 3541-0077 - Fax (19) 3541-0966

C.G.C. (MF) 44.220.101/0001-43

Inscrição Estadual 182.010.405.118

www.ide.org.br
info@ide.org.br
vendas@ide.org.br

ISBN 85-7341-321-2

Titulo del original en portugués:
NOSSO LAR
Derechos de autor cedidos gratuitamente por la
Federación Espírita Brasileña

Traducción:
Alipio González Hernández

Revisión:
Ana María García Asencio
Guillermo Arrijoja
José Luis Darías
Marina Navarro
Luis Hu

Portada:
César França de Oliveira

Diagramación:
María Isabel Estéfano Rissi

© 2004, Instituto de Difusão Espírita

1ª edición – noviembre/2004

10.000 ejemplares



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela.
Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Telfs. (58-2) 472 13 25 - 472 77 46 - 472 92 89.
mensajefraternal@telcel.net.ve

Querido lector:

Esta obra lanzada originalmente por la Federación Espírita Brasileña, en idioma portugués, ya superó la extraordinaria cifra de millón y medio de ejemplares publicados, además de ser traducida a catorce idiomas lo cual la convierte en la Obra Mediúmnica más difundida en el mundo.

Ahora, esta nueva edición del libro **Nuestro Hogar** llega a sus manos gracias a la colaboración y buena voluntad de la Federación Espírita Brasileña que ha cedido gratuitamente los derechos de Autor en un esfuerzo conjunto con el Consejo Espírita Internacional, que distribuirá parte de esta edición. Agradecemos infinitamente al hermano Nestor João Masotti, Presidente de la FEB y Secretario General del CEI por su gran colaboración y apoyo. De igual manera a todos cuantos ayudaron directa o indirectamente –con su esfuerzo o con su capital– a la realización de esta Magna Campaña inspirada por lo Alto con la intención de divulgar aún más nuestra amada Doctrina Espírita, especialmente entre los más pobres y necesitados.

Los Editores.

Araras, 11 de noviembre de 2004.

Índice

Nuevo Amigo.....	9
Mensaje de André Luiz.....	13
1 - En las zonas inferiores.....	17
2 - Clarencio.....	20
3 - La oración colectiva.....	24
4 - El médico espiritual.....	29
5 - Recibiendo asistencia.....	33
6 - Precioso aviso.....	38
7 - Explicaciones de Lisias.....	42
8 - Organización de servicios.....	46
9 - El problema de la alimentación.....	50
10 - En el bosque de las aguas.....	54
11 - Noticias del plano.....	58
12 - El umbral.....	62
13 - En el gabinete del ministro.....	66
14 - Elucidaciones de Clarencio.....	71
15 - La visita materna.....	76
16 - Confidencias.....	80
17 - En casa de Lisias.....	84
18 - El amor, alimento de las almas.....	88
19 - La joven desencarnada.....	92
20 - Nociones del hogar.....	97
21 - Continuando la conversación.....	102
22 - El bonus hora.....	106

23 - Saber oír	111
24 - Impresionante llamada	116
25 - Generoso consejo	121
26 - Nuevas perspectivas	125
27 - Por fin, el trabajo	130
28 - En servicio	135
29 - La visión de Francisco	140
30 - Herencia y eutanasia	145
31 - Vampiro	150
32 - Noticias de Veneranda	156
33 - Curiosas observaciones	161
34 - Con los recién llegados del umbral	166
35 - Encuentro singular	171
36 - El sueño	176
37 - La conferencia de la ministra	181
38 - El caso Tobias	187
39 - Oyendo a la señora Laura	193
40 - Quien siembra, recogerá	198
41 - Convocados para la lucha	203
42 - La palabra del Gobernador	209
43 - En conversación	214
44 - Las tinieblas	219
45 - En el campo de la música	224
46 - Sacrificio de mujer	230
47 - El retorno de Laura	235
48 - Culto familiar	240
49 - Regresando a casa	246
50 - Ciudadano de Nuestro Hogar	251

Nuevo Amigo

Por lo general, los prefacios, sirven para presentar a los autores, exaltándoles sus méritos y comentándoles la personalidad.

En este caso, la situación es diferente.

Inútilmente los compañeros encarnados buscarían al médico André Luiz en los directorios convencionales.

A veces, el anonimato es hijo legítimo del entendimiento y del verdadero amor. Para redimirnos del pasado escabroso, se modifican las tablas de la nomenclatura usual en la reencarnación. Funciona el olvido temporal como bendición de la Divina Misericordia.

André precisó, igualmente, cerrar la cortina sobre sí mismo.

Por eso no podemos presentar al médico terrestre y al autor humano, sino al nuevo amigo y al hermano en la eternidad.

Para traer valiosas impresiones a los compañeros del mundo, necesitó despojarse de todas las convenciones, inclusive la del propio nombre, para no herir corazones amados, envueltos todavía en los viejos mantos de la ilusión. Los que recogen las espigas maduras, no deben ofender a los que plantan a distancia, ni perturbar la siembra verde, aún en flor.

Reconocemos que este libro no es único. Otras entidades comentaron ya las condiciones de la vida, más allá de la tumba...

Sin embargo, desde hace mucho, deseamos traer a nuestro círculo espiritual a alguien que pueda transmitir a otros, el valor de la experiencia

propia, con todos los detalles posibles a la legítima comprensión del orden, que preside el esfuerzo de los desencarnados laboriosos y bien intencionados, en las esferas invisibles a la vista humana, aunque íntimamente ligadas al planeta.

Con seguridad, numerosos amigos sonreirán al contacto con determinados pasajes de estas narraciones. Es que lo inusual causa sorpresa en todos los tiempos. ¿Quién no se sonreiría en la Tierra, años atrás, cuando se le hablase de aviación, de electricidad o de radiofonía?

La sorpresa, la perplejidad y la duda son propias de todos los aprendices que aún no pasaron por la lección. Es más que natural, justísimo. No comentaríamos, de ese modo, ninguna impresión ajena. Todo lector necesita analizar lo que lee.

Nos remitimos, pues, tan sólo al objetivo esencial del trabajo.

El Espiritismo gana extensa expresión numérica. Millares de criaturas se interesan por sus trabajos, modalidades, experiencias. No obstante, en ese campo inmenso de novedades, no debe el hombre descuidarse a sí mismo.

No basta investigar fenómenos, adherirse verbalmente, mejorar la estadística, adoctrinar conciencias ajenas, hacer proselitismo y conquistar favores de la opinión, por más respetable que ella sea, en el plano físico. Es indispensable reflexionar sobre el conocimiento de nuestros infinitos potenciales, aplicándolos, a nuestra vez, en los servicios del bien.

El hombre terrestre no es un desheredado. Es hijo de Dios, en trabajo constructivo, vistiendo el ropaje de la carne; alumno de benemérita escuela, donde precisa aprender a elevarse. La lucha humana es su oportunidad, su herramienta, su libro.

El intercambio con lo invisible es un movimiento sagrado en función restauradora del Cristianismo puro; por tanto, que nadie se descuide de las necesidades propias, en el lugar que ocupa por la voluntad del Señor.

André Luiz viene a contarte, lector amigo, que la mayor sorpresa

en la muerte carnal, es la de colocarnos cara a cara con nuestra propia conciencia, donde edificamos el cielo, nos estacionamos en el purgatorio o nos precipitamos en el abismo infernal; viene a recordarnos que la Tierra es un taller sagrado y que nadie lo menospreciará sin conocer el precio del terrible engaño al que sometió a su propio corazón.

Guarde su experiencia en el libro del alma. Ella dice muy alto que no le basta al hombre apegarse a la existencia humana, sino que necesita aprovecharla dignamente; que los pasos del cristiano, en cualquier escuela religiosa, deben dirigirse verdaderamente al Cristo, y que, en nuestro campo doctrinario, necesitamos en verdad del ESPIRITISMO y del ESPIRITUALISMO, pero más, mucho más, de ESPIRITUALIDAD.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 3 de octubre de 1943.

Mensaje de A ndr  Luiz

La vida no cesa. La vida es fuente eterna y la muerte el juego obscuro de las ilusiones.

El gran río tiene su trayecto antes de llegar al mar inmenso. Copi ndole la expresión, el alma recorre igualmente caminos variados y etapas diversas. También recibe afluentes de conocimientos, aquí y allí, se acrecienta en tamaño y se purifica en calidad, antes de encontrar el Oce no Eterno de la Sabiduría.

Cerrar los ojos carnales, constituye una operación demasiado simple.

Permutar el ropaje físico, no decide el problema fundamental de la iluminación, de la misma manera que el cambio de vestido nada tiene que ver con las soluciones profundas del destino y del ser.

 Oh, caminos de las almas, misteriosos caminos del corazón!  Es necesario recorrerlos antes de intentar la suprema ecuación de la Vida Eterna!  Es indispensable vivir vuestro drama, conocerlos detalle a detalle, en el largo proceso del perfeccionamiento espiritual!

Sería extremadamente infantil la creencia de que el simple "bajar el telón", resolviese trascendentales cuestiones del Infinito.

Una existencia es un acto.

Un cuerpo — un vestido.

Un siglo — un día.

Un servicio — una experiencia.

Un triunfo — una adquisición.

Una muerte — un soplo renovador.

¿Cuántas existencias, cuántos cuerpos, cuántos siglos, cuántos servicios, cuántos triunfos, cuántas muertes necesitamos aún?

¡Y el letrado de filosofía religiosa habla de deliberaciones finales y de posiciones definitivas!

¡Ah! ¡Por todas partes, los cultos en doctrina y los analfabetos del espíritu!

Se hace necesario mucho esfuerzo del hombre para ingresar en la academia del Evangelio del Cristo, ingreso que se verifica, casi siempre de extraña manera — él solo, en compañía del Maestro, efectuando el curso difícil, recibiendo lecciones sin cátedras visibles y oyendo vastas disertaciones sin palabras articuladas.

Muy larga, por tanto es nuestra jornada laboriosa.

Nuestro pobre esfuerzo quiere traducir, apenas, una idea de esa verdad fundamental.

¡Muchas gracias, amigos míos, por vuestra atención!

Nos manifestamos, junto a vosotros, en el anonimato que obedece a la caridad fraternal. La existencia humana muestra gran mayoría de vasos frágiles que no pueden contener aún toda la verdad. Además, no nos interesaría, por ahora, sino la experiencia profunda, con sus valores colectivos. No atormentaríamos a nadie con la idea de la eternidad. Que los vasos se fortalezcan, en primer lugar. Suministraremos solamente algunas ligeras noticias, al espíritu necesitado de nuestros hermanos en la senda de realización espiritual, y que comprenden, con nosotros, que “el espíritu sopla donde quiere”.

Y, ahora, amigos, que mi agradecimiento se calque en el papel, recogiendo en el gran silencio de la simpatía y de la gratitud. Atracción y

reconocimiento, amor y júbilo, viven en el alma. Creed que guardaré semejantes valores conmigo, a vuestro respecto, en el santuario del corazón.

Que el Señor nos bendiga.

ANDRÉ LUIZ

En las zonas inferiores

Guardaba la impresión de haber perdido la idea del tiempo. La noción del espacio, hacía mucho había desaparecido.

Estaba convencido de que no pertenecía ya al número de los encarnados en el mundo, sin embargo, mis pulmones respiraban ampliamente.

¿Desde cuándo me había vuelto juguete de fuerzas irresistibles? ¡Imposible aclararlo!

En verdad, me sentía amargado duende en las rejas oscuras del horror. Con los cabellos erizados, el corazón dando saltos y un miedo terrible enseñoreándose de mí, muchas veces grité como un loco, imploré la piedad y clamé contra el doloroso desánimo que subyugaba mi espíritu; pero cuando el silencio implacable no absorbía mi estentórea voz, lamentos más conmovedores que los míos, respondían a mis clamores. Otras veces, carcajadas siniestras rasgaban la quietud ambiental. Algún compañero desconocido estaría, a mi ver, prisionero de la locura. Formas diabólicas, rostros deformes, expresiones embrutecidas, surgían de cuando en cuando, agravando mi asombro. El paisaje cuando no era totalmente oscuro, parecía bañado en luz cenicienta, como amortajado en neblina espesa, que los rayos del Sol calentasen desde muy lejos.

El extraño viaje proseguía... ¿Con qué fin? ¿Quién lo

podría decir? Apenas sabía que huía siempre... El miedo me impelía de golpe. ¿Dónde estaban el hogar, la esposa y los hijos? Había perdido toda noción de rumbo. ¡El recelo a lo ignoto, el pavor de las tinieblas, absorbían todas las facultades de mi razón, después de haberme desprendido de los últimos lazos físicos en pleno sepulcro!

Atormentábame la consciencia; hubiera preferido la ausencia total de la razón, el no ser.

Al comienzo, las lágrimas lavaban incesantemente mi rostro y apenas en raros minutos, me beneficiaba la bendición del sueño. Pero bruscamente se interrumpía la sensación de alivio. Seres monstruosos me despertaban irónicos; era imprescindible huir de ellos.

Reconocía ahora, que una esfera diferente se levantaba de la polvareda del mundo, pero ya era tarde. Pensamientos angustiosos trituraban mi cerebro. Mal delineaba proyectos de solución, cuando numerosos incidentes me impelían a consideraciones torturadoras. En momento alguno surgió tan profundamente a mi vista el problema religioso. Los principios puramente filosóficos, políticos y científicos, se me figuraban ahora, extremadamente secundarios para la vida humana. Significaban, a mi ver, un valioso patrimonio en los planos de la Tierra, pero urgía reconocer que la Humanidad no se constituye de generaciones transitorias, y sí de Espíritus eternos, camino a un glorioso destino. Verificaba que algo permanece por encima de toda consideración meramente intelectual. Ese algo es la fe, manifestación divina en el hombre. Pero, semejante análisis surgía tardío. De hecho, había conocido las letras del Antiguo Testamento, y muchas veces ojeara el Evangelio; sin embargo, era forzoso reconocer que nunca procurara las letras sagradas con la luz del corazón. Las identificaba a través de la crítica de escritores poco afectos al sentimiento y a la consciencia, o en pleno desacuerdo con las verdades esenciales. En otras ocasiones, las había interpretado de acuerdo con el sacerdocio organizado, pero sin salir jamás del círculo de contradicciones, donde me había estacionado voluntariamente.

En verdad, no había sido un criminal, según mi propio concepto. Empero, la filosofía del inmediatismo, me había absorbido. La existencia terrestre, que la muerte transformara, no era señalada con aspectos diferentes a los de la masa común de los hombres.

Hijo de padres tal vez demasiado generosos, conquisté títulos universitarios sin grandes sacrificios, participé de los vicios de la juventud de mi tiempo, organicé mi hogar, tuve hijos, perseguí situaciones estables que garantizaran la tranquilidad económica de mi grupo familiar; pero, examinándome atentamente, algo me hacía experimentar la noción del tiempo perdido, con la silenciosa acusación de mi propia conciencia. Habité la Tierra y disfruté de sus bienes, de las bendiciones de la vida, pero no le había retribuido ni un centavo del enorme débito contraído. Tuve padres cuya generosidad y sacrificios por mí nunca supe valorar; esposa e hijos que prendiera ferozmente en las telas rígidas del egoísmo destructor. Tuve un hogar que cerré a todos los que transitaban en el desierto de la angustia. Me sentí feliz con los júbilos de mi familia, olvidando extender esa bendición divina a la inmensa familia humana, sordo a los más elementales deberes de fraternidad.

En fin, como flor de estufa, no soportaba ahora el clima de las realidades eternas. No había desarrollado las semillas divinas que el Señor de la Vida colocara en mi alma. Más bien, las sofocara, criminalmente, en el deseo desbordado del propio bienestar. No adiestrara órganos para la vida nueva. Era justo, pues, que despertara en ella a la manera de un minusválido que, restituido al río infinito de la eternidad, no pudiese acompañar satisfactoriamente la carrera incesante de las aguas; o como el mendigo infeliz que, exhausto en pleno desierto, deambula a merced de impetuosos tifones.

¡Oh, amigos de la Tierra! ¿Cuántos de vosotros podréis evitar el camino de la amargura con la preparación de los campos interiores del corazón? Encended vuestras luces antes de atravesar la gran sombra. Buscad la verdad, antes de que la verdad os sorprenda. ¡Sudad ahora para no tener que llorar después!

Clarencio

–¡Suicida! ¡Suicida! ¡Criminal! ¡Infame! – Gritos como estos me cercaban por todas partes. ¿Dónde se hallaban esos sicarios de corazón empedernido? A veces, los vislumbraba casualmente, escurridizos en las tinieblas densas, y cuando mi desesperación alcanzaba el auge, los atacaba, movilizándolo extremas energías. Pero en vano golpeaba en el aire, en el paroxismo de mi cólera. Carcajadas sarcásticas herían mis oídos, mientras aquellos cuerpos negros desaparecían en la sombra.

¿A quién apelar? El hambre me torturaba, la sed me abrasaba. Determinados fenómenos de la experiencia material se patentizaban a mi vista. Creciérame la barba, la ropa comenzaba a romperse con los esfuerzos de la resistencia, en aquella región desconocida. No obstante, la circunstancia más dolorosa, no era el terrible abandono en que me hallaba, sino el asedio incesante de fuerzas perversas que se me presentaban en aquellos caminos yermos y oscuros. Me irritaban y aniquilaban la posibilidad de concatenar ideas. Deseaba ponderar debidamente la situación, encuadrar razones y establecer nuevas directrices al pensamiento; pero aquellas voces, aquellos lamentos mezclados de acusaciones nominales, me desorientaban irremediabilmente.

–¿Qué buscas infeliz? ¿Adónde vas, suicida?

Aquella áspera reprensión, incesantemente repetida, perturbaba mi corazón. Infeliz, sí; pero, ¿suicida?, ¡Nunca! Esas imprecaciones, a mi juicio no eran procedentes. Yo había dejado mi cuerpo físico contra mi voluntad. Recordaba mi porfiado duelo con la muerte. Aún me parecía oír los últimos pareceres médicos enunciados en la Casa de Salud; recordaba la asistencia desvelada que tuviera, las curaciones dolorosas que experimentara en los largos días que siguieran a la delicada operación de los intestinos. Sentía, en el curso de esas reminiscencias, el contacto del termómetro, el pinchazo desagradable de las inyecciones y, por fin, la última escena que precediera al gran sueño: mi esposa, joven aún, y los tres hijos, contemplándome, en el terror de la eterna separación. Después... el despertar en el paisaje húmedo y oscuro, y la gran caminata que parecía no tener fin.

¿Por qué me tachaban de suicida, cuando había sido obligado a abandonar la casa, la familia y la dulce convivencia de los míos? El hombre más fuerte conocerá los límites de la resistencia emocional. Firme y resolutivo al principio, comencé por entregarme a largos períodos de desánimo, y lejos de proseguir en la fortaleza moral, al ignorar mi propio fin, sentí que las lágrimas, largamente reprimidas, brotaban con más frecuencia, fluyendo del corazón.

¿A quién recurrir? Por grande que fuera la cultura intelectual traída del mundo, no podría alterar ahora la realidad de la vida. Mis conocimientos ante el infinito se asemejaban a pequeñas burbujas de jabón llevadas por el viento impetuoso que transforma los paisajes. Yo era alguna cosa que el tifón de la verdad llevaba muy lejos. Sin embargo, la situación no modificaba la otra realidad de mi ser esencial. Preguntándome a mí mismo si no habría enloquecido, encontraba la conciencia vigilante, aclarándome que continuaba siendo el mismo, con el sentimiento y la cultura logrados en la experiencia material. Persistían las

necesidades fisiológicas, sin modificación alguna. El hambre castigaba todas mis fibras, no obstante, a pesar del abatimiento progresivo, no llegaba a caer definitivamente en absoluta extenuación. De cuando en cuando encontraba verduras que me parecían agrestes, en torno a humildes hilos de agua a los que me arrojaba ansioso. Devoraba aquellas hojas desconocidas, ingerí el agua de aquella fuente turbia, tanto como me lo permitían las fuerzas irresistibles, que me impulsaban hacia delante. Muchas veces absorví el lodo del camino y recordé el antiguo pan de cada día, vertiendo copioso llanto. Con frecuencia, era imprescindible ocultarme de las enormes manadas de seres embrutecidos, que pasaban en bandadas, como fieras insaciables. ¡Eran cuadros para horrorizarse! Se acentuaba el desaliento. Entonces comencé a recordar que debía existir un Autor de la Vida, fuese donde fuese. Esa idea me confortó. Yo que detestara las religiones en el mundo, experimentaba ahora la necesidad de consuelo místico. Médico extremadamente arraigado al negativismo de mi generación, se me imponía una actitud renovadora. Se me hacía imprescindible confesar el fallo del amor propio, al que me había consagrado con orgullo.

Y, cuando las energías me faltaron por completo, cuando me sentí absolutamente adherido al lodo de la Tierra, sin fuerzas para erguirme, pedí al Supremo Autor de la Naturaleza que me extendiese sus manos paternas, en tan amarga emergencia.

¿Cuánto tiempo duró la rogativa? ¿Cuántas horas consagré a la súplica, con las manos unidas, imitando a un niño afligido? Apenas sé que la lluvia de lágrimas lavó mi rostro; que todos mis sentimientos se concentraron en la oración dolorosa. ¿Sería posible que me hallara completamente olvidado? ¿No era, también, hijo de Dios, aunque no hubiera tratado de conocer su actividad sublime, mientras me hallara engolfado en las vanidades de la experiencia humana? ¿Por qué no me perdonaría el Padre Eterno, cuando proveía nido a las aves inconscientes y protegía bondadoso, la tierna flor de los campos agrestes?

¡Ah! Es preciso haber sufrido mucho, para entender todas las misteriosas bellezas de la oración; es necesario haber conocido el remordimiento, la humillación, la extrema desventura, para tomar con eficacia el sublime elixir de la esperanza. Fue en ese instante que las espesas neblinas se disiparon y alguien surgió como emisario de los Cielos. Un simpático anciano me sonrió paternalmente. Se inclinó, fijó en mí sus grandes ojos lúcidos, y dijo:

–¡Valor, hijo mío! El Señor no te desampara.

Amargo llanto bañaba toda mi alma. Emocionado, quise traducir mi júbilo, comentar el consuelo que me llegaba, mas, reuniendo todas las fuerzas que me quedaban, apenas pude inquirir:

–¿Quién sois, generoso emisario de Dios?

El inesperado bienhechor sonrió bondadoso y respondió:

–Llámame Clarencio. Tan sólo soy tu hermano.

Y percibiendo mi agotamiento, agregó:

–Ahora permanece en calma y en silencio. Es necesario descansar para recuperar energías.

Enseguida, llamó a dos compañeros que guardaban actitud de desvelados servidores, y ordenó:

–Prestemos a nuestro amigo los socorros de emergencia.

Blanco lienzo fue extendido allí mismo, a modo de hamaca improvisada, disponiéndose los cooperadores a transportarme generosamente.

Cuando me alzaron con el mayor cuidado, Clarencio meditó un instante y aclaró, como quien recuerda inaplazable obligación:

–Vamos sin demora. Es necesario alcanzar Nuestro Hogar con la mayor presteza posible.

La oración colectiva

Aunque era transportado a la manera de un herido común, percibí el cuadro confortable que se desarrollaba ante mi vista.

Clarencio, que se apoyaba en un cayado de substancia luminosa, se detuvo ante una gran puerta enclavada en altos muros, cubiertos de trepadoras floridas y graciosas. Tanteando en un punto de la muralla, se abrió una amplia cavidad, a través de la cual penetramos silenciosos.

Suave claridad inundaba allí todas las cosas. A lo lejos, un gracioso foco de luz daba la idea de una puesta de sol en tardes primaverales. A medida que avanzábamos, conseguía identificar preciosas construcciones situadas en extensos jardines.

A una señal de Clarencio, los conductores depusieron lentamente la improvisada hamaca. A mis ojos surgió, entonces, la puerta acogedora de un edificio blanco, parecido a un gran hospital terrestre. Dos jóvenes, envueltos en túnicas de níveo lino, corrieron presurosos a la llamada de mi bienhechor y cuando me acomodaban en un lecho de emergencia, para conducirme cuidadosamente al interior, oí al generoso anciano recomendar, cariñoso:

–Lleven a nuestro protegido al pabellón de la derecha.

Ahora están esperando por mí. Mañana temprano volveré a verlo.

Le dirigí una mirada de gratitud, al mismo tiempo que era conducido a un confortable aposento de amplias proporciones, ricamente amueblado, en el que me ofrecieron lecho acogedor.

Envolviendo a los dos enfermeros en la vibración de mi reconocimiento, me esforcé por dirigirles la palabra, consiguiendo por fin decir:

–Amigos, quien quiera que seáis, explicadme en qué nuevo mundo me encuentro... ¿De qué estrella viene, ahora, esta luz confortadora y brillante?

Uno de ellos me acarició la frente como si fuera conocido mío y acentuó:

–Estamos en las esferas espirituales vecinas a la Tierra, y el Sol que nos ilumina en este momento es el mismo que nos vivificaba el cuerpo físico. Pero aquí nuestra percepción visual es mucho más rica. La estrella que el Señor encendió para nuestros trabajos terrestres es más preciosa y bella de lo que la suponemos cuando estamos en el círculo carnal. Nuestro Sol es la divina matriz de la vida, y la claridad que irradia proviene del Autor de la Creación.

Mi ego, como absorto en una onda de infinito respeto, observó la suave luz que invadía la habitación, a través de las ventanas, y me perdí en un curso de profundas reflexiones. Recordé entonces que nunca me había fijado en el Sol durante los días terrestres, meditando en la inconmensurable bondad de aquél que nos lo concede para el camino eterno de la vida. Así, me asemejaba al ciego venturoso, que abre los ojos a la Naturaleza sublime, después de largos siglos de obscuridad.

A esa altura me sirvieron un caldo reconfortante, seguido de agua muy fresca, que me pareció portadora de fluidos divinos.

Aquella reducida porción de líquido me reanimaba inesperadamente. No sabría decir qué clase de sopa era aquella: si una alimentación sedativa o si un remedio saludable. Nuevas energías amparaban mi alma, y profundas conmociones vibraban en mi espíritu.

Pero, mi mayor emoción estaba reservada para momentos más tarde.

Aún no había salido de aquella consoladora sorpresa, cuando una divina melodía penetró en la habitación, pareciéndome una suave colmena de sonidos camino a las esferas superiores. Aquellas notas de maravillosa armonía atravesaban mi corazón. Ante mi mirada indagadora el enfermero que permanecía a mi lado aclaró bondadoso:

–Ha llegado el crepúsculo a Nuestro Hogar. En todos los núcleos de esta colonia de trabajo, consagrada al Cristo, hay unión directa con las oraciones de la Gobernación.

Y mientras la música embalsamaba el ambiente, se despidió atentamente, agregando:

–Ahora, permanezca en paz. Volveré después de la oración.

Me asaltó una súbita ansiedad.

–¿No podría acompañaros? – pregunté suplicante.

–Todavía está débil –aclaró gentil–, pero en caso de que se sienta dispuesto...

Aquella melodía renovaba mis energías profundas. Me levanté venciendo dificultades y me agarré al brazo fraternal que se me extendía. Siguiendo, vacilante, llegué a un enorme salón, donde numerosa asamblea meditaba en silencio, profundamente recogida. De la bóveda llena de brillante claridad, pendían delicadas guirnalda de flores, del techo hasta la base,

formando radiantes símbolos de Espiritualidad Superior. Nadie parecía darse cuenta de mi presencia, mientras yo disimulaba malamente mi insuperable sorpresa. Todos los atentos circunstantes parecían hallarse esperando alguna cosa. Conteniendo costosamente las numerosas indagaciones que hervían en mi mente, noté que al fondo, en una pantalla gigantesca, se dibujaba prodigioso cuadro de luz deslumbrante. Obedeciendo a modernos procesos de televisión, surgió el escenario de un templo maravilloso. Sentado en un lugar prominente, un anciano coronado de luz, fijaba los ojos a lo Alto, en actitud de oración, vistiendo blanca túnica de irradiaciones resplandecientes. En un plano inferior, setenta y dos figuras parecían acompañarlo en respetuoso silencio. Muy sorprendido, observé que Clarencio participaba de la asamblea, entre los que rodeaban al refulgente anciano.

Apreté el brazo del enfermero amigo, y comprendiendo él que mis preguntas no demorarían, me aclaró en una voz tan baja, que más se asemejaba a un murmullo:

–Esté tranquilo. Todos los residentes y las instituciones de Nuestro Hogar, están orando con el Gobernador a través de la audición y visión a distancia. ¡Loemos el Corazón Invisible del Cielo!

No había terminado la explicación, cuando las setenta y dos figuras comenzaron a cantar un armonioso himno, lleno de indefinible belleza. La fisonomía de Clarencio, en el círculo de los venerables compañeros, me pareció llena de más intensa luz. El canto celeste estaba compuesto de notas angelicales, de sublime recogimiento. Reinaban en el recinto misteriosas vibraciones de paz y de alegría, y cuando las notas argentinas

(1) Imagen simbólica formada por las vibraciones mentales de los habitantes de la colonia. – (Nota del Autor espiritual).

hicieron un delicioso staccato, se diseñó a lo lejos, en plano elevado, un corazón maravillosamente azul (1), con estrias doradas. Enseguida, deliciosa música respondía a los loores, procedente, tal vez, de esferas distantes. Entonces una abundante lluvia de flores azules se derramó sobre nosotros, pero, si intentásemos, no conseguiríamos sostener en las manos aquellas miosotas celestiales. Las minúsculas corolas se deshacían levemente al tocarnos en la frente, experimentando, por vez propia, singular renovación de energías al contacto de los pétalos fluídicos que perfumaban mi corazón.

Terminada la sublime oración regresé al aposento de enfermo, amparado por el amigo que me atendía de cerca. Entretanto, ya no era el grave enfermo de unas horas antes. La primera oración colectiva en *Nuestro Hogar* operó en mí una completa transformación. Un alivio inesperado me envolvía el alma. Por primera vez, después de años consecutivos de sufrimiento, el pobre corazón, nostálgico y atormentado, cual cáliz por mucho tiempo vacío, se llenaba de gotas generosas del licor de la esperanza.

El médico espiritual

En el día inmediato, después de un profundo y reparador reposo, experimenté la bendición radiante del Sol amigo, cual suave mensaje al corazón. Claridad reconfortante atravesaba una amplia ventana, inundando el recinto de acariciadora luz. Me sentía otro. Nuevas energías se manifestaban en lo más íntimo de mí. Tenía la impresión de estar sorbiendo la alegría de la vida, con gran intensidad. En mi alma solamente había un punto sombrío: la saudade del hogar, el apego a la familia que quedara distante. Numerosas interrogaciones venían a mi mente, pero era tan grande la sensación de alivio, que sosegaba el Espíritu alejándolo de cualquier inquietud.

Quise levantarme, gozar del espectáculo de la Naturaleza llena de brisas y de luz pero no lo conseguí, llegando a la conclusión de que sin la cooperación magnética del enfermero se me hacía imposible dejar el lecho.

No había vuelto en mí de las consecutivas sorpresas, cuando se abrió la puerta y vi entrar a Clarencio acompañado de un simpático desconocido. Me saludaron atentamente deseándome paz. Mi bienhechor de la víspera indagó sobre mi estado general, acudiendo el enfermero para ofrecer la información.

Sonriendo, el anciano amigo me presentó a su compañero.

Se trataba, dijo, del hermano Enrique de Luna, del Servicio de Asistencia Médica de la colonia espiritual. Vestido de blanco, su fisonomía irradiaba enorme simpatía. Enrique me auscultó minuciosamente, sonrió y explicó:

–Es de lamentar que haya venido mediante el suicidio.

Mientras Clarencio permanecía sereno, sentí que un singular asomo de rebeldía hervía en lo más íntimo de mí.

¿Suicidio? Recordé las acusaciones de los perversos seres de las sombras. No obstante el caudal de gratitud que estaba acumulando, no pude silenciarme ante aquella incriminación.

–Creo que hay un error – aseveré, susceptible –, mi regreso del mundo no tuvo esa causa. Luché por más de cuarenta días en la Casa de Salud intentando vencer a la muerte. Sufrí dos operaciones graves, debido a la oclusión intestinal...

–Sí, – aclaró el médico, demostrando la misma serenidad superior –, pero la oclusión se radicaba en causas profundas. Tal vez el amigo no se haya analizado lo suficiente. El organismo espiritual presenta en sí mismo la historia completa de las acciones practicadas en el mundo.

E inclinándose con atención indicaba determinados puntos de mi cuerpo.

–Veamos la zona intestinal – exclamó –. La oclusión se derivaba de elementos cancerosos y éstos, a su vez, de algunas liviandades de mi estimado hermano, en el campo de la sífilis. La enfermedad, tal vez no hubiera asumido características tan graves, si su procedimiento mental en el planeta, estuviese encuadrado en los principios de la fraternidad y de la temperancia. Sin embargo, su modo especial de convivir, muchas veces exasperado y sombrío, captaba destructoras vibraciones de aquellos que lo oían. ¿Nunca imaginó que la cólera fuese un manantial de fuerzas negativas para nosotros mismos? La ausencia de autodomínio, la inadvertencia en el trato con los semejantes, a

los cuales muchas veces ofendió sin reflexionar, lo condujeron con frecuencia a la esfera de los seres enfermos e inferiores. Tal circunstancia agravó, mucho, su estado físico.

Después de una larga pausa, durante la cual me examinaba atentamente, continuó:

–¿Observó, amigo mío, que su hígado fue maltratado por su propia acción y que los riñones fueron olvidados por usted con terrible menosprecio de las dádivas sagradas?

Singular preocupación me invadiera el corazón. Pareciendo desconocer la angustia que me oprimía, continuaba el médico, esclareciendo:

–Los órganos del cuerpo somático poseen incalculables reservas, según los designios del Señor. No obstante, mi amigo eludió excelentes oportunidades, desperdiciando preciosos patrimonios de la experiencia física. La extensa tarea que le fue confiada por los Mayores de la Espiritualidad Superior, fue reducida a simples tentativas de trabajo que no se consumó. Todo el aparato gástrico fue destruido a causa de excesos en la alimentación y bebidas alcohólicas, aparentemente sin importancia. La sífilis, devoró sus energías esenciales. Como ve, el suicidio es incontestable.

Medité en los problemas de los caminos humanos, reflexionando sobre las oportunidades perdidas. En la vida humana, conseguía ajustar numerosas máscaras al rostro, tallándolas conforme a las situaciones. Por lo demás, en otro tiempo no podía suponer que se me pedirían cuentas de simples episodios, que me había acostumbrado a considerar como hechos sin mayor significado. Había conceptuado, hasta allí, los errores humanos, según los preceptos de la criminología. Todo acontecimiento insignificante, extraño a los códigos, entraría en la relación de los fenómenos naturales. Pero, ahora, se me presentaba otro sistema de verificación de las faltas cometidas. No me enfrentaba con tribunales de tortura, ni me sorprendían abismos infernales;

empero, benefactores sonrientes me comentaban las debilidades como quien cuida de un niño desorientado, lejos de los cuidados paternos. No obstante, aquel interés espontáneo, hería mi vanidad de hombre. Tal vez si hubiera sido visitado por figuras diabólicas que me torturasen, con los tridentes en las manos, hallase fuerzas para encontrar la derrota menos amarga. Aún así, la bondad exuberante de Clarencio, la inflexión de ternura del médico, la calma fraternal del enfermero, me penetraban profundamente el Espíritu. No me dilaceraba el deseo de reacción; me dolía la vergüenza. ¡Y lloré! Con el rostro entre las manos, cual un niño contrariado e infeliz, me puse a sollozar con un dolor que me parecía irremediable. No era posible entrar en desacuerdo. Enrique de Luna hablaba con sobradas razones. Por fin, ahogando los impulsos vanidosos, reconocí la extensión de mis liviandades de otros tiempos. La falsa noción de la dignidad personal cedía terreno a la justicia. Ante mi visión espiritual, ahora sólo existía una realidad torturante: era verdaderamente un suicida, había perdido la preciosa oportunidad de la experiencia humana; no pasaba de ser un náufrago a quien se recogía por caridad.

Entonces el generoso Clarencio, sentándose en el lecho a mi lado, acarició paternalmente mis cabellos y dijo conmovido:

—¡Oh, hijo mío, no te aflijas tanto! Te busqué atendiendo a la intercesión de los que te aman desde planos más altos. Tus lágrimas alcanzan a sus corazones. ¿No deseas serles grato manteniéndote tranquilo en el examen de tus propias faltas? En verdad, tu posición es la del suicida inconsciente; pero es necesario reconocer que centenares de criaturas se ausentan diariamente de la Tierra en las mismas condiciones. Cálmate, pues. Aprovecha los tesoros del arrepentimiento; guarda la bendición del remordimiento, aunque tardío, sin olvidar que la aflicción no resuelve los problemas. Confía en el Señor y en nuestra dedicación fraternal. Sosiega tu alma perturbada, pues muchos de nosotros hemos deambulado, igualmente, en otros tiempos por tus caminos.

Ante la generosidad que traducían sus palabras, sumergí la cabeza en su pecho paternal y lloré largamente...

Recibiendo asistencia

–¿Es usted el protegido de Clarencio?

La pregunta la hacía un joven de singular y dulce expresión.

Con un gran bolso pendiente de la mano, como si llevara pertrechos de asistencia, me dirigía una acogedora sonrisa. Ante mi respuesta afirmativa, se mostró satisfecho y, con ademanes fraternos, agregó:

–Soy Lisias, su hermano. Mi director, el asistente Enrique de Luna, me designó para servirlo, mientras necesite tratamiento.

–¿Es enfermero? – indagué.

–Soy visitador de los Servicios de Salud. Como tal, no sólo coopero en la enfermería, sino que también señalo necesidades de socorro o providencias que se refieran a enfermos recién llegados.

Notando mi sorpresa, explicó:

–En mis condiciones hay numerosos servidores en Nuestro Hogar. El amigo acaba de ingresar en nuestra colonia y, naturalmente, ignora la amplitud de nuestros trabajos. Para que tenga una idea, basta decir que aquí, en la sección en la que se encuentra, existen más de mil enfermos espirituales, y tenga en cuenta que éste es uno de los menores edificios de nuestro parque

hospitalario.

–¡Todo eso es maravilloso! – exclamé.

Adivinando que mis observaciones tendían al elogio espontáneo, Lisias se levantó de la poltrona en la que se había sentado y comenzó a auscultarme atentamente, impidiendo mi agradecimiento verbal.

–La zona de sus intestinos, presenta lesiones serias con vestigios muy exactos del cáncer; la región del hígado revela dilaceraciones; la de los riñones demuestra características de agotamiento prematuro.

Sonriendo, bondadoso, agregó:

–¿El hermano sabe lo que significa esto?

–Sí –contesté–, el médico me lo aclaró ayer, explicando que debo esos disturbios a mí mismo...

Reconociendo el desaliento de mi confesión reticente se apresuró a consolarme:

–En el grupo de ochenta enfermos a quienes debo dar asistencia diaria, cincuenta y siete se encuentran en sus condiciones. Tal vez usted ignore que tenemos por aquí a los mutilados. ¿Pensó en eso? ¿Sabe que el hombre imprevisor que usó sus ojos para el mal, comparece aquí con las órbitas vacías? ¿Qué el malhechor, interesado en utilizar el don de la locomoción fácil en actos criminales, experimenta la desolación de la parálisis, cuando no es recogido absolutamente sin piernas? ¿Qué los pobres obsesos en las aberraciones sexuales acostumbran a llegar en extrema locura?

Advirtiendo mi natural perplejidad, prosiguió:

–Nuestro Hogar no es estancia de Espíritus propiamente victoriosos, si conferimos al término su razonable acepción. So-

mos felices, porque tenemos trabajo; y la alegría vive en cada rincón de la colonia porque el Señor no nos retiró el pan bendito del servicio.

Aprovechando una larga pausa, exclamé sensibilizado:

–Continúe amigo mío, ilústreme. Me siento aliviado y tranquilo. ¿No será esta región un departamento celestial de los elegidos?

Lisias sonrió y me explicó:

–Recordemos la antigua enseñanza que se refiere a que muchos serán los llamados y pocos los escogidos en la Tierra.

Y dejando vagar su mirada por el horizonte lejano, como fijando experiencias de sí mismo en el archivo de las recordaciones más íntimas, acentuó:

–Las religiones en el Planeta, convocan a las criaturas al banquete celestial. En sana conciencia, nadie que se haya aproximado un día a la noción de Dios puede alegar ignorancia en ese particular. Es incontable el número de los llamados, amigo mío; pero, ¿en donde están los que atienden a la llamada? Con raras excepciones, la masa humana prefiere acceder a otro género de invitaciones. Gasta sus posibilidades en los desvíos del bien; se agrava con sus caprichos y elimina el cuerpo físico a golpes de irreflexión. Resultado: millares de criaturas se retiran diariamente de la esfera de la carne en doloroso estado de incompreensión. Enormes multitudes de Espíritus andan errantes en todas direcciones en los círculos inmediatos a la superficie planetaria, constituidas de locos, enfermos e ignorantes.

Notando mi admiración interrogó:

–Por ventura, ¿acaso creía que la muerte del cuerpo nos conduciría a planos milagrosos? Somos compelidos al trabajo áspero, a servicios pesados y no basta eso. Si tenemos débitos

en el planeta, por más alto que ascendamos, es imprescindible volver, para rectificar, lavando el rostro en el sudor del mundo, desatando cadenas de odio y sustituyéndolas por lazos sagrados de amor. No sería justo imponer a otro la tarea de limpiar el campo que sembramos de espinas con nuestras propias manos.

Moviendo la cabeza, agregaba:

–En el caso de los “muchos llamados”, querido mío. El Señor no olvida a hombre alguno; sin embargo, son rarísimos los hombres que le recuerdan.

Abrumado con el recuerdo de mis propios errores, ante tan grandes nociones de responsabilidad individual, objeté:

–¡Cuán perverso fui!

Con todo, antes de que me extendiese en otras exclamaciones, el visitador colocó la diestra cariñosa en mis labios, murmurando:

–¡Cállese! Meditemos en el trabajo a hacer. En el arrepentimiento verdadero es preciso saber hablar, para construir de nuevo.

Enseguida, me aplicó pases magnéticos, cuidadosamente. Haciendo las curaciones en la zona intestinal aclaró:

–¿No observa el tratamiento especializado de la zona cancerosa? Pues anótelo bien: toda medicina honesta es servicio de amor, actividad de socorro justo; mas el trabajo de curación es peculiar a cada Espíritu. Hermano mío, usted será tratado cariñosamente, se sentirá fuerte como en los tiempos más bellos de su juventud terrestre, trabajará mucho y creo que llegará a ser uno de los mejores colaboradores en Nuestro Hogar; entretanto, la causa de sus males persistirá en sí mismo, hasta que se deshaga de los gérmenes de perversión de la salud divina, que agregó a

su cuerpo sutil por descuido moral y por el deseo de gozar más que los otros. La carne terrestre, de la que abusamos, es también el campo bendito donde conseguimos realizar fructíferas labores de curación radical cuando permanecemos atentos al justo deber.

Medité sobre aquellos conceptos, ponderé la bondad divina y en una exaltación de sensibilidad, lloré copiosamente.

Lisias terminó el tratamiento del día con serenidad y dijo:

–Cuando las lágrimas no se originan en la rebeldía, siempre constituyen un remedio depurador. Llore, amigo mío. Desahogue el corazón. Y bendigamos a aquellas beneméritas organizaciones microscópicas que son las células de la carne en la Tierra. Tan humildes y tan preciosas, tan detestadas y tan sublimes por el espíritu de servicio. Sin ellas, que nos ofrecen templo para la rectificación, ¿cuántos milenios gastaríamos en la ignorancia?

Hablando así, acarició cariñosamente mi frente abatida y se despidió con un ósculo de amor.

Precioso aviso

Al día siguiente, después de la oración del crepúsculo, Clarencio me procuró en compañía del atento visitador.

Irradiando generosidad en su fisonomía, me preguntó abrazándome:

–¿Cómo está? ¿Un poco mejor?

Esbocé el gesto del enfermo que se ve acariciado en la Tierra, ablandando las fibras emotivas. En el mundo, a veces, el cariño fraterno es mal interpretado. Obedeciendo al viejo vicio, comencé a explicarme, mientras los dos benefactores se sentaban cómodamente a mi lado:

–No puedo negar que estoy mejor; no obstante sufro intensamente muchos dolores en la zona intestinal y extrañas sensaciones de angustia en el corazón. Nunca supuse que fuese capaz de tanta resistencia, mi amigo. ¡Ah! ¡Qué pesada ha sido mi cruz!... Ahora que puedo coordinar mis ideas, creo que el dolor me aniquiló todas las fuerzas disponibles...

Clarencio oía con atención demostrando gran interés por mis lamentaciones y sin el menor gesto que denunciase el propósito de intervenir en el asunto. Animado por esa actitud continué:

–Además mis sufrimientos morales son enormes e

inenarrables. Amainada la tormenta exterior con los socorros recibidos vuelvo ahora a las tempestades íntimas. ¿Qué habrá sido de mi esposa y de mis hijos? ¿Habrá conseguido mi primogénito progresar de acuerdo con mi viejo ideal? ¿Y las hijitas? Mi desventurada Celia muchas veces afirmó que moriría de nostalgia, si un día yo le faltase. ¡Admirable esposa! Aún siento sus lágrimas de los últimos momentos. No sé desde cuando estoy viviendo la pesadilla de esta distancia... Continuas dilaceraciones me robaron la noción del tiempo. ¿Dónde estará mi pobre compañera? ¿Llorando junto a las cenizas de mi cuerpo o en algún rincón oscuro de las regiones de la muerte? ¡Oh, mi dolor es muy amargo! ¡Qué terrible destino el del hombre apegado a la devoción de la familia! ¡Creo que pocas criaturas habrán sufrido tanto como yo!... En el planeta, vicisitudes, desengaños, enfermedades, incomprendiones y amarguras, disfrutando escasas notas de alegría. Después los sufrimientos de la muerte del cuerpo... Enseguida ¡los martirios de más allá del túmulo! Entonces, ¿qué será la vida? ¿Sucesiva secuencia de miserias y lágrimas? ¿No habrá recursos para cosechar la paz? Por más que desee afirmarme en el optimismo, siento que la noción de infelicidad me bloquea el Espíritu como terrible cárcel del corazón. ¡Qué desventurado destino, oh generoso benefactor!...

Llegada a esa altura el vendaval de mis quejas condujera mi barco mental al océano extenso de las lágrimas.

Con todo eso, Clarenio se levantó sereno y habló sin afectación:

–Amigo mío, ¿verdaderamente, desea usted la curación espiritual?

Ante mi gesto afirmativo, continuó:

–Aprenda entonces a no hablar excesivamente de sí

mismo, ni comente su propio dolor. La lamentación denota enfermedad mental y enfermedad de curso laborioso y tratamiento difícil. Es imprescindible crear pensamientos nuevos y disciplinar los labios. Solamente conseguiremos equilibrio, abriendo el corazón al Sol de la Divinidad. Clasificar el esfuerzo necesario como imposición aplastante, vislumbrar padecimientos donde hay lucha edificante, suele identificar indeseable ceguera del alma. Cuanto más utilice el verbo para dilatar consideraciones dolorosas en el círculo de la personalidad, más duros se volverán los lazos que lo atan a mezquinas recordaciones. El mismo Padre que vela por su persona, ofreciéndole techo generoso, en esta casa, atenderá a sus parientes terrestres. Debemos tener nuestro grupo familiar como sagrada construcción, pero sin olvidar que nuestras familias son secciones de la Familia Universal, bajo la Dirección Divina. Estaremos a su lado para resolver las dificultades presentes y estructurar proyectos futuros, pero no disponemos de tiempo para volver a las zonas estériles de la lamentación. Además, tenemos en esta colonia el compromiso de aceptar el trabajo más áspero como bendición de realización, considerando que la Providencia desborda amor, mientras nosotros vivimos cargados de onerosas deudas. Si desea permanecer en esta casa de asistencia, aprenda a pensar con justeza.

En ese ínterin, se me secara el llanto y llamado al orden por el generoso instructor, asumí otra actitud, aunque estaba avergonzado de mi debilidad.

—¿No disfrutaba usted en la carne — prosiguió Clarencio bondadosamente — las ventajas naturales consecuencia de las buenas situaciones? ¿No estimaba la obtención de recursos lícitos, ansioso de extender beneficios a los seres amados? ¿No se interesaba por las remuneraciones justas, las expresiones confortables con posibilidades de atender a la familia? Aquí el

programa no es diferente. Apenas difieren los detalles. En los círculos carnales privan la convención y la garantía monetaria; aquí el trabajo y las adquisiciones definitivas del Espíritu inmortal. El dolor, para nosotros, significa posibilidad de enriquecer el alma; la lucha constituye el camino para la divina realización. ¿Comprendió la diferencia? Las almas débiles, ante el servicio, se acuestan para quejarse ante los que pasan; pero, las fuertes reciben el servicio como patrimonio sagrado, en cuya ejecución se preparan, camino a la perfección. Nadie le condena la saudade justa, ni pretende estancar su fuente de sentimientos sublimes. Además, conviene notar que el llanto de la desesperación no edifica el bien. Si en verdad ama a su familia terrestre, es necesario que tenga buen ánimo para serle útil.

Se hizo una larga pausa. La palabra de Clarencio me eleva-
ra a reflexiones más sanas.

Mientras meditaba en la sabiduría de la valiosa advertencia, mi benefactor, cual padre que olvida la liviandad de los hijos para comenzar de nuevo la lección, con serenidad, volvió a preguntarme con una bella sonrisa:

–Entonces, ¿cómo se siente? ¿Mejor?

Contento por sentirme disculpado y a la manera de la criatura que desea aprender, respondí confortado:

–Estoy mucho mejor, para comprender más la Voluntad Divina.

Explicaciones de Lisias

Se repitieron las visitas periódicas de Clarencio y la atención diaria de Lisias.

A medida que procuraba habituarme a los nuevos deberes, sensaciones de desahogo aliviaban mi corazón. Disminuyeron los dolores y los impedimentos de fácil locomoción. Pero notaba que los recuerdos fuertes de los fenómenos físicos, me hacían volver a sentir la angustia, el recelo por lo desconocido, y la molestia de la inadaptación. A pesar de todo encontraba más seguridad en mí mismo.

Ahora, me deleitaba contemplando los vastos horizontes asomado a las espaciosas ventanas. Sobretudo me impresionaban los aspectos de la Naturaleza. Casi todo, era una mejorada copia de la Tierra. Colores más armoniosos, substancias más delicadas. El suelo estaba cubierto de vegetación. Grandes árboles, abundantes pomares y jardines deliciosos. Se diseñaban montes coronados de luz a continuación de la planicie, donde reposaba la colonia. Todos los departamentos aparecían cultivados con esmero. A pequeña distancia, se elevaban graciosos edificios. Se alineaban en espacios regulares exhibiendo diversas formas. Ninguno sin flores a la entrada, destacándose algunas casitas encantadoras, cercadas por muros de hiedra, donde diferentes rosas se abrían aquí y allá adornando el verde de variados cambiantes. Aves de plumajes policromos

cruzaban los aires y, de cuando en cuando, se posaban agrupadas en las torres blancas que se levantaban rectilíneas, recordando lirios gigantes elevándose al cielo.

Desde las grandes ventanas observaba lleno de curiosidad el movimiento del parque. Extremadamente sorprendido, identificaba animales domésticos, entre los frondosos árboles alineados al fondo.

En mis luchas introspectivas me perdía en indagaciones de toda suerte. No conseguía comprender la multiplicidad de formas análogas a las del planeta, considerando la circunstancia de encontrarme en una esfera propiamente espiritual.

Lisias, el compañero amable de todos los días, no me regateaba explicaciones.

–La muerte del cuerpo no conduce al hombre a situaciones milagrosas, decía. Todo proceso evolutivo implica gradación. Hay múltiples regiones para los desencarnados, tal y como existen innumerables y sorprendentes planos para las criaturas envueltas en la carne terrestre. Almas y sentimientos, formas y cosas, obedecen a principios de desenvolvimiento natural y de justa jerarquía.

Entretanto, me preocupaba permanecer allí, en un parque de salud, desde hacía muchas semanas, sin haber recibido la visita siquiera de un conocido del mundo. Después de todo no había sido yo el único de mi círculo que había descifrado el enigma de la sepultura. Mis padres me habían antecedido en la gran jornada. Varios amigos, en otro tiempo, me habían precedido. ¿Por qué, entonces, no aparecían en aquella habitación de enfermedad espiritual, para confortamiento de mi corazón dolorido? Me bastaría con algunos momentos de consuelo.

Un día no pude contenerme y pregunté al solícito visitador:

–Mi querido Lisias, ¿cree posible el encuentro aquí con aquellos que nos antecedieron en la muerte del cuerpo físico?

–¿Cómo no? ¿Acaso piensa que está olvidado?

–Sí. ¿Por qué no me visitan? En la Tierra siempre conté con la abnegación materna. Pero hasta ahora mi madre no ha dado señales de vida. Mi padre, igualmente, hizo el gran viaje tres años antes de mi traspaso.

–Pues sepa que su madre – esclareció Lisias – le ha ayudado día y noche, desde la crisis que antecedió a su venida. Cuando cayó en cama para abandonar el capullo terrestre, se duplicó el interés maternal hacia usted. Tal vez no sepa aún que su permanencia en las esferas inferiores duró más de ocho años consecutivos. Ella jamás se desanimó. Intercedió muchas veces en Nuestro Hogar a su favor. Rogó los buenos oficios de Clarencio, que comenzó a visitarlo frecuentemente, hasta que el médico vanidoso de la Tierra, se apartase un tanto, para dar lugar a que apareciera el hijo de los Cielos. ¿Comprendió?

Yo tenía los ojos húmedos. Ignoraba el número de años que llevaba distanciado de la Tierra. Deseé conocer los procesos de protección imperceptible, pero no lo conseguí. Mis cuerdas vocales estaban entorpecidas, con un nudo de lágrimas represadas en el corazón.

–El día que usted oró con toda su alma – prosiguió el enfermero visitador –, cuando comprendió que todo en el Universo pertenece al Padre Sublime, su llanto era diferente. ¿No sabe que hay lluvias que destruyen y lluvias que vivifican? Con las lágrimas también es así. Es lógico que el Señor no espere nuestros ruegos para amarnos; no obstante, es indispensable que nos coloquemos en determinada posición receptiva con el fin de comprender su infinita bondad. Un espejo empañado no refleja la luz. Desde luego, el Padre no necesita de nuestras penitencias, pero es necesario convenir que las penitencias nos prestan óptimos servicios. ¿Entendió? Clarencio no tuvo dificultad alguna en localizarlo, atendiendo a las súplicas de la autora de sus días

en la Tierra; pero usted demoró mucho en encontrar a Clarencio. Y cuando su madrecita supo que el hijo había rasgado los velos oscuros con el auxilio de la oración, lloró de alegría, según me contaron. . .

–¿Y dónde está mi madre? –exclamé, finalmente. ¡Si me es permitido, quisiera verla, abrazarla, arrodillarme a sus pies!

–No vive en Nuestro Hogar, aclaró Lisias. Habita esferas más altas donde trabaja no solamente por usted.

Observando mi desaliento, agregó fraternalmente:

–Vendrá a verlo, por cierto, antes de lo que pensamos. Cuando alguien desea algo ardientemente, ya se encuentra en camino de su realización. Tiene usted mismo la lección en su propio caso. Durante años seguidos rodó como una pluma experimentando miedo, tristezas, desilusiones. Mas cuando mentalizó firmemente la necesidad de recibir el auxilio divino, dilató el tono vibratorio de la mente y alcanzó la visión y el socorro.

Con los ojos brillantes, alentado por las aclaraciones recibidas, exclamé con resolución:

–Desearé entonces con todas mis fuerzas que ella venga. . . Y ella ¡vendrá!

Lisias sonrió con inteligencia, y, como quien previene con generosidad, afirmó al despedirse:

–Con todo, conviene no olvidar, que la realización noble exige tres requisitos fundamentales a saber: primero, desear; segundo, saber desear; y tercero, merecer; o en otros términos, voluntad activa, trabajo persistente y merecimiento justo.

El visitador cruzó la puerta de salida, sonriente, mientras yo me detenía silencioso, a meditar en el extenso programa formulado en tan pocas palabras.

Organización de servicios

Transcurridas algunas semanas de tratamiento activo, salí por primera vez, en compañía de Lisias.

El espectáculo de las calles me impresionó. Amplias avenidas adornadas de árboles frondosos. Aire puro y atmósfera de profunda tranquilidad espiritual. No existía señal alguna de inercia o de ociosidad, pues las vías públicas estaban repletas. Numerosas entidades iban y venían. Algunas parecían situar la mente en lugares distantes, pero otras me dirigían miradas acogedoras. En vista de las sorpresas que surgían sin interrupción, mi compañero se esmeraba en orientarme. Percibiendo mis íntimas conjeturas, aclaró solícito.

—Estamos en la sede del Ministerio de Auxilio. Todo lo que vemos, edificios y casas residenciales, representan instituciones y refugios adecuados a la tarea de nuestra jurisdicción. Aquí residen los orientadores, los operarios y otros servidores de la misión. En esta zona se atiende a los enfermos, se oyen rogativas, se seleccionan oraciones, se preparan reencarnaciones terrestres, se organizan grupos de socorro para los habitantes del Umbral o para los que lloran en la Tierra, y se estudian soluciones para todos los procesos que originan sufrimiento.

Entonces, ¿hay en Nuestro Hogar un Ministerio de Auxilio?
—pregunté.

–¡Cómo no! Nuestros servicios son distribuidos por una organización que se perfecciona día a día bajo la orientación de aquellos que presiden nuestros destinos.

Fijando en mí sus lúcidos ojos prosiguió:

–¿No ha visto, en los actos de oración, a nuestro Gobernador Espiritual rodeado de setenta y dos colaboradores? Pues son los Ministros de Nuestro Hogar. La colonia, que es esencialmente de trabajo y realización, se divide en seis Ministerios, orientados cada cual por doce ministros. Tenemos los Ministerios de Regeneración, de Auxilio, de Comunicaciones, de Esclarecimiento, de Elevación y de Unión Divina. Los cuatro primeros nos aproximan a las esferas terrestres y los dos últimos, nos unen al plano superior, pues nuestra ciudad espiritual es una zona de transición. Los servicios más ordinarios se localizan en el Ministerio de Regeneración, y los más sublimes en el de la Unión Divina, Clarencio, nuestro jefe y amigo, es uno de los Ministros de Auxilio.

Valiéndome de la pausa natural, exclamé conmovido:

–¡Oh! ¡Nunca pude imaginar la posibilidad de que existieran organizaciones tan completas después de la muerte del cuerpo físico!...

–Sí –aclaró Lisias–, el velo de la ilusión es muy denso en los círculos carnales. El hombre vulgar ignora que toda manifestación de orden, en el mundo, procede del plano superior. La naturaleza agreste se transforma en jardín, cuando es orientada por la mente del hombre, y el pensamiento humano, salvaje en la criatura primitiva, se transforma en potencial creador, cuando es inspirado por mentes que funcionan en las esferas más altas. Ninguna organización útil se materializa en la superficie terrestre sin que sus rayos iniciales hayan partido de lo alto.

–Pero Nuestro Hogar ¿tendrá igualmente una historia, como las grandes ciudades planetarias?

–Sin duda. Los planos vecinos a la esfera terrestre poseen igualmente su naturaleza específica. Nuestro Hogar es una fundación de portugueses distinguidos, desencarnados en Brasil, en el siglo XVI. Al principio la lucha fue enorme y exhaustiva, según consta en los archivos del Ministerio de Esclarecimiento. Hay substancias ásperas en las zonas invisibles a la Tierra, así como en las regiones que se caracterizan por la materia grosera. Aquí existen también enormes extensiones de potencial inferior, tal como hay en el planeta, grandes extensiones de naturaleza ruda y sin civilizar. Los primeros trabajos fueron desalentadores aun para los espíritus fuertes. Donde se congregan hoy vibraciones delicadas y nobles y edificios de fina construcción, se mezclaban notas primitivas de salvajes del país con las construcciones infantiles en sus mentes rudimentarias. Pero los fundadores no se desanimaron. Prosiguieron en la obra copiando los esfuerzos de los europeos que llegaban a la esfera material, apenas con la diferencia de que allá empleaban la violencia, la guerra y la esclavitud, mientras que aquí eran empleados en el servicio perseverante, la solidaridad fraternal y el amor espiritual.

A esa altura alcanzamos una plaza de maravillosos conornos, ostentando extensos jardines. En el centro de la plaza, se erguía un palacio de magnificente belleza coronado de torres soberanas, que se perdían en el cielo.

–Los fundadores de la colonia comenzaron sus esfuerzos partiendo de aquí, donde se localiza la Gobernación– dijo el visitador.

Señalando el palacio, continuó:

–Tenemos en esta plaza, el punto de convergencia de los seis ministerios a los que me referí. Todos comienzan en la Gobernación, extendiéndose en forma triangular.

Y, con respeto comentó:

–Allí vive nuestro abnegado orientador. En los trabajos administrativos utiliza la colaboración de tres mil funcionarios, pero él es el trabajador más infatigable y más fiel que todos nosotros reunidos. Los Ministros acostumbran hacer excursiones por otras esferas renovando sus energías y valorizando sus conocimientos. Nosotros, gozamos de entretenimientos habituales, pero el Gobernador nunca dispone de tiempo para eso. Se preocupa de que descansemos, nos obliga a tomar vacaciones periódicas, mientras que él casi nunca reposa, ni siquiera en las horas de sueño. Me parece que la gloria para él es el servicio perenne. Basta recordar que estoy aquí desde hace cuarenta años y que, con excepción de las asambleas referentes a las oraciones colectivas, rara vez lo he visto en festividades públicas. Su pensamiento, por tanto, abarca todos los círculos de servicio y su asistencia cariñosa a todo y a todos alcanza.

Después de larga pausa, el enfermero amigo acentuó:

–No hace mucho se conmemoró el 114° aniversario de su magnífica dirección.

Lisias calló evidenciando conmovida reverencia, mientras yo a su lado contemplaba respetuoso las maravillosas torres que parecían cortar el firmamento...

El problema de la alimentación

Embelesado con la visión de los jardines prodigiosos, pedí al dedicado enfermero que descansáramos algunos minutos en un banco próximo. Lisias accedió de buen grado.

Agradable sensación de paz disfrutaba mi Espíritu. Caprichosos chorros de agua de colores zigzagueaban en el aire formando figuras encantadoras.

–Quien observe esta colmena de servicio –ponderé– se ve inducido a examinar numerosos problemas. ¿Y el abastecimiento? No tengo noticias de un Ministerio de Economía.

–Antiguamente –explicó el paciente interlocutor– los servicios de esa naturaleza asumían caracteres más destacados. Pero, el actual Gobernador decidió atenuar todas las expresiones de vida, que nos recordasen los fenómenos puramente materiales. Las actividades de abastecimiento, quedaron así reducidas a simple servicio de distribución, bajo el control directo de la Gobernación. Por lo demás, esta medida constituyó una de las disposiciones más beneficiosas. Refieren los anales que la colonia, hace más de un siglo, luchaba con extremas dificultades para adaptar a los habitantes a las leyes de la simplicidad. Muchos recién llegados a Nuestro Hogar duplicaban sus exigencias. Querían mesas abundantes y bebidas excitantes, evocando los viejos vicios terrestres. Solamente el Ministerio de la Unión Divina permaneció

inmune a tales abusos, por las características que le son propias; no obstante, los demás vivían sobrecargados de angustiosos problemas de ese orden. Pero el Gobernador actual no escatimó esfuerzos. Tan pronto como asumió las obligaciones administrativas, adoptó disposiciones justas. Antiguos misioneros de aquí me pusieron al corriente de curiosos acontecimientos. Me dijeron que a petición de la Gobernación, vinieron doscientos instructores de una esfera más elevada, a fin de suministrar nuevos conocimientos, sobre la ciencia de la respiración y de la absorción de principios vitales de la atmósfera. Se realizaron numerosas asambleas. Algunos colaboradores técnicos de Nuestro Hogar se manifestaron contrarios alegando que la ciudad es de transición y que no sería justo, ni posible, desambientar inmediatamente a los hombres desencarnados, mediante exigencias de ese tenor, sin grave peligro para sus organizaciones espirituales. A pesar de todo, el Gobernador no se desanimó. Prosiguieron las reuniones, las providencias y las actividades durante treinta años consecutivos. Algunas entidades eminentes llegaron a formular protestas de carácter público en sus reclamaciones. Por más de diez veces el Ministerio de Auxilio estuvo abarrotado de enfermos que se confesaban víctimas del nuevo sistema de alimentación deficiente. En esos períodos, los opositores de la reducción multiplicaban acusaciones. Sin embargo, el Gobernador, jamás castigó a ninguno. Convocaba a los adversarios de la medida, a la sede del gobierno y les exponía, paternalmente, los proyectos y finalidades del régimen; destacaba la superioridad de los métodos de espiritualización, facilitando a los más rebeldes enemigos del nuevo proceso variadas excursiones de estudio, en planos más elevados que el nuestro, ganando así, mayor número de adeptos.

Ante una pausa prolongada, reclamé interesado:

–Continúe por favor, querido Lisias. ¿Cómo terminó la lucha edificante?

–Después de veintiún años de perseverantes demostraciones por parte de la Gobernación, se le adhirió el Ministerio de Elevación, que pasó a abastecer apenas lo indispensable. Pero no sucedió lo mismo con el Ministerio de Esclarecimiento, que demoró mucho en asumir su compromiso con motivo de los numerosos Espíritus dedicados a las ciencias matemáticas que allí trabajaban. Eran ellos los más obstinados adversarios. Mecanizados por los procesos de proteínas y carbohidratos, imprescindibles a los cuerpos físicos, no cedían terreno en sus concepciones. Semanalmente enviaban al Gobernador largas observaciones y advertencias repletas de análisis y numeraciones, llegando a veces hasta la imprudencia. No obstante, el viejo gobernante nunca actuó por sí solo. Solicitó la asistencia de nobles mentores que nos orientan a través del Ministerio de Unión Divina y jamás dejó el más humilde boletín de solicitud y aclaración sin un minucioso examen. Mientras argumentaban los científicos y la Gobernación, se produjeron peligrosos disturbios en el antiguo Departamento de Regeneración, hoy transformado en Ministerio. Envalentonados por la rebeldía de los cooperadores del Ministerio de Esclarecimiento, los Espíritus menos elevados que allí se albergaban se entregaron a condenables manifestaciones. Todo eso provocó cismas en los órganos colectivos de Nuestro Hogar, dando oportunidad a peligrosos asaltos de oscuras multitudes del Umbral que intentaban invadir la ciudad, aprovechándose de brechas abiertas en los servicios de Regeneración, donde gran número de colaboradores sostenían cierto intercambio clandestino, como consecuencia de los vicios de alimentación. Dada la alarma el Gobernador no se perturbó. Terribles amenazas se cernían sobre todos. Pero, él, solicitó audiencia al Ministerio de Unión Divina y después de oír a nuestro más alto Consejo, mandó a cerrar provisionalmente el Ministerio de Comunicaciones, determinó que funcionasen todos los calabozos de Regeneración

para aislar a los recalcitrantes, advirtió al Ministerio de Esclarecimiento, cuyas impertinencias soportó por más de treinta años consecutivos, prohibió temporalmente los auxilios a las regiones inferiores, y, por primera vez en su administración, mandó a conectar las baterías eléctricas de las murallas de la ciudad, para la emisión de dardos magnéticos al servicio de la defensa común. No hubo combate ni ofensiva de la colonia, pero sí resistencia resoluta. Por más de seis meses los servicios de alimentación en Nuestro Hogar fueron reducidos a inhalación de principios vitales de la atmósfera a través de la respiración, y agua mezclada con elementos solares, eléctricos y magnéticos. Entonces, la colonia supo, lo que viene a ser la indignación del Espíritu manso y justo. Al finalizar el período más agudo, la Gobernación estaba victoriosa. El propio Ministro de Esclarecimiento reconoció el error y cooperó en los trabajos de reajuste. Hubo en esos momentos regocijo público, y dicen que en medio de la alegría general, el Gobernador lloró emocionado, declarando que la comprensión general constituía el verdadero premio a su corazón. La ciudad volvió al movimiento normal. El antiguo Departamento de Regeneración fue convertido en Ministerio. Desde entonces, sólo existe mayor suministro de sustancias alimenticias que recuerdan la Tierra, en los Ministerios de Regeneración y de Auxilio, donde hay siempre gran cantidad de necesitados. En los demás hay solamente lo indispensable, esto es, todo el servicio de alimentación obedece a la más estricta sobriedad. Actualmente todos reconocen que la supuesta impertinencia del Gobernador representó una medida de elevado alcance para nuestra liberación espiritual. Se redujo la expresión física y surgió maravilloso coeficiente de espiritualidad.

Lisias guardó silencio y yo me entregué a profundos pensamientos sobre la gran lección.

En el bosque de las aguas

Debido a mi creciente interés por los procesos de alimentación, Lisias me hizo la invitación siguiente:

–Vamos al gran depósito de la colonia. Allí observará cosas interesantes. Verá que el agua es casi todo en nuestra estancia de transición.

Curiosísimo, acompañé al enfermero sin vacilar.

Llegados a extenso ángulo de la plaza, el generoso amigo agregó:

–Esperemos el aerobús. (1)

Aún no me había repuesto de la sorpresa, cuando surgió un gran carro, suspendido del suelo a una altura de cinco metros, poco más o menos, repleto de pasajeros. Al descender hasta nosotros, a la manera de un elevador terrestre, lo examiné con atención. No era máquina conocida en la Tierra. Construida de material muy flexible, era de gran extensión, pareciendo estar unida a hilos invisibles por el gran número de antenas que tenía en el techo. Más tarde, confirmé mis suposiciones visitando los grandes talleres del Servicio de Tránsito y Transporte.

(1) Carro aéreo, que sería en la Tierra algo parecido a un gran funicular.

Lisias no me dio tiempo para indagaciones. Convenientemente situados en el confortable recinto, seguimos silenciosos. Experimentaba la timidez natural del hombre desambientado entre desconocidos. La velocidad era tanta que no permitía fijar la atención en detalles ni en construcciones que se hallaban escalonadas en el extenso recorrido. La distancia no era pequeña, pues tan sólo después de cuarenta minutos, incluyendo ligeras paradas de tres en tres kilómetros, me invitó Lisias a descender sonriente y calmado.

Me deslumbré ante un panorama de bellezas sublimes. El bosque, en floración maravillosa, embalsamaba al viento de embriagador perfume. Todo un prodigio de colores y luces agradables. Entre márgenes bordados de exuberante grama, toda esmaltada de azulinas flores, se deslizaba un río de grandes proporciones. La corriente era tranquila, pero tan cristalina que parecía tener tonos de matiz celeste a causa de los reflejos del firmamento. Extensos caminos cortaban el verdor del paisaje. Plantados a distancias regulares, frondosos árboles ofrecían sombra amiga a la claridad de un Sol confortador. Bancos de caprichosas formas invitaban al descanso.

Notando mi deslumbramiento, Lisias me explicó:

Estamos en el Bosque de las Aguas. Esta es una de las más bellas regiones de Nuestro Hogar. Se trata de uno de los lugares predilectos para las excursiones de los enamorados, que vienen aquí a tejer las más bellas promesas de amor y fidelidad para las experiencias de la Tierra.

La observación ofrecía consideraciones muy interesantes, pero Lisias no me dio oportunidad para preguntar sobre este tema. Indicando un edificio de enormes proporciones aclaró:

—Allí está el gran depósito de la colonia. Todo el volumen del Río Azul, que tenemos a la vista, es absorbido en tanques

inmensos de distribución. Las aguas que dan servicio a todas las actividades de la Colonia parten de aquí. Luego se reúnen nuevamente debajo de los servicios de Regeneración y vuelven a constituir el río, que prosigue su curso normal, rumbo al gran océano de substancias invisibles para la Tierra.

Percibiendo mi íntima indagación agregó:

–En efecto, el agua aquí tiene otra densidad. Es mucho más tenue, pura, casi fluídica.

Observando las magníficas construcciones que tenía a mi frente, interrogué:

–¿A qué Ministerio está adscrito el servicio de distribución?

–¡Imagine –aclaró Lisias– que este es uno de los raros servicios materiales del Ministerio de la Unión Divina!

–¿Qué dice? –pregunté, ignorando como conciliar una cosa y otra.

El visitador sonrió y contestó plácidamente:

–En la Tierra casi nadie trata de conocer la importancia del agua. Pero, en Nuestro Hogar los conocimientos son muy distintos. En los círculos religiosos del planeta, enseñan que el Señor creó las aguas. Entonces es lógico que todo servicio creado, necesite de energías y brazos para ser convenientemente mantenido. En esta ciudad espiritual, aprendemos a agradecer al Padre y a sus divinos colaboradores semejante dádiva. Conociéndola más íntimamente, sabemos que el agua es uno de los vehículos más poderosos para los fluidos de cualquier naturaleza. Aquí, es empleada sobre todo como alimento y remedio. Existen departamentos en el Ministerio de Auxilio, absolutamente consagrados a la manipulación del agua pura, con ciertos principios susceptibles de ser captados en la luz del Sol y en el magnetismo espiritual. En la mayoría de las regiones de la extensa colonia, el sistema de alimentación tiene ahí sus bases. Pero, entre nosotros, sólo los Ministros de la Unión Divina son detento-

res del mayor patrón de Espiritualidad Superior, correspondiéndoles la magnetización general de las aguas del Río Azul, para que sirvan a todos los habitantes de Nuestro Hogar con su imprescindible pureza. Ellos hacen el servicio inicial de limpieza y los institutos realizan trabajos específicos en el suministro de las substancias alimenticias y curativas. Cuando los diversos hilos de la corriente se reúnen de nuevo, en un punto lejano opuesto a este bosque, se ausenta el río de nuestra zona, conduciendo en su seno nuestras cualidades espirituales.

Estaba extasiado con las explicaciones.

–En el planeta –objeté– jamás recibí elucidaciones de esta naturaleza.

–El hombre es desatento desde hace muchos siglos –tornó a decir Lisias–; el mar equilibra su morada planetaria, el elemento acuoso le suministra el cuerpo físico, la lluvia le da el pan, el río organiza su ciudad, la presencia del agua le ofrece la bendición del hogar y del servicio; entretanto, él siempre se juzga el absoluto dominador del mundo, olvidándose que es hijo del Altísimo, por encima de cualquier otra consideración. Pero llegará el tiempo en que copiará nuestros servicios, valorando la importancia de esa dádiva del Señor. Comprenderá entonces que el agua, como fluido creador, absorbe en cada hogar las características mentales de sus moradores. El agua en el mundo, amigo mío, no solamente acarrea residuos de los cuerpos, sino también las expresiones de nuestra vida mental. Será nociva en manos perversas pero útil en las manos generosas y, cuando se halla en movimiento, su corriente no sólo esparcirá bendiciones de vida sino que constituirá un vehículo de la Providencia Divina. Absorberá las amarguras, odios y ansiedades de los hombres limpiando sus casas materiales y purificando su atmósfera íntima.

Mi interlocutor calló en actitud reverente, mientras mis ojos miraban la tranquila corriente, que despertaba en mí sublimes pensamientos.

Noticias del plano

Deseaba mi generoso compañero facilitarme diversas observaciones sobre los diferentes barrios de la colonia, pero imperiosas obligaciones reclamaban su presencia en el puesto de trabajo.

–Ya tendrá usted ocasión de conocer las diversas regiones de nuestros servicios –exclamó bondadosamente–, pues como puede ver, los Ministerios de Nuestro Hogar son enormes células de trabajo activo. Ni siquiera en algunos días de estudio, se tiene la oportunidad de ver detalladamente a uno sólo de ellos. Pero, no ha de faltarle oportunidad. Aunque a mí no me sea posible acompañarlo, Clarencio tiene poderes para conseguirle fácil ingreso a cualquiera de las dependencias.

Volvimos a la línea de paso del aerobús, que no se hizo esperar.

Ahora me sentía casi a gusto. La presencia de muchos pasajeros ya no me constreñía. La anterior experiencia me dio enormes beneficios. Mi cerebro hervía en útiles indagaciones. Interesado en resolverlas, aproveché los minutos para valirme de mi compañero en todo cuanto fuese posible.

–Lisias, amigo –pregunté–, ¿podría informarme si todas las colonias espirituales son idénticas a ésta? ¿Si tienen los mismos procesos y las mismas características?

–En modo alguno. Si en las esferas materiales cada región y cada establecimiento revelan trazos peculiares, imagine la multiplicidad de condiciones en nuestros planos. Aquí, tal como en la Tierra, las criaturas se identifican por las fuentes comunes de origen y por la grandeza de los fines que deben alcanzar; mas importa considerar que cada colonia, como cada entidad, permanece en diferentes grados de la grande ascensión. Todas las experiencias de grupo se diferencian entre sí y Nuestro Hogar constituye una experiencia colectiva de esa naturaleza. Según nuestros archivos, muchas veces los que nos antecedieron buscaron inspiración en los trabajos de abnegados trabajadores de otras esferas; en compensación, otras agrupaciones buscan nuestro concurso para otras colonias en formación. No obstante, cada agrupación presenta particularidades esenciales.

Observando que el intervalo se hacía más largo, interrogué:

–¿Partió de aquí la interesante formación de los Ministerios?

–Sí, los misioneros de la creación de Nuestro Hogar visitaron los servicios de Nueva Alborada, una de las colonias espirituales más importantes que nos circundan, y allí encontraron la división por departamentos. Adoptaron el proyecto pero substituyeron la palabra Departamento por Ministerio, con excepción de los servicios regeneradores que solamente con el Gobernador actual, consiguieron la ascensión. Procedieron así, considerando que la organización en Ministerios es más expresiva, como definición de espiritualidad.

–¡Muy bien! –exclamé.

–Eso no es todo –prosiguió el enfermero atento–, la institución es eminentemente rigurosa, en lo que concierne al orden y a la jerarquía. Ninguna condición destacada es concedida aquí a título de favor. Solamente cuatro entidades consiguieron ingresar, con responsabilidad definida, en el curso de diez años, al Ministerio de Unión Divina. En general todos nosotros,

después de prolongado tiempo de servicio y aprendizaje, volvemos a reencarnar en busca de perfeccionamiento.

Mientras yo oía esas informaciones con justa curiosidad, Lisias continuaba:

–Cuando los recién llegados de las zonas inferiores del Umbral, se revelan aptos para recibir la cooperación fraternal, se demoran en el Ministerio de Auxilio; pero cuando se muestran refractarios, son encaminados al Ministerio de Regeneración. Si revelan provecho, con el correr del tiempo son admitidos en los trabajos de Auxilio, Comunicaciones y Esclarecimiento con el fin de que se preparen, con eficiencia, para futuras tareas planetarias. Solamente algunos consiguen una actividad prolongada en el Ministerio de Elevación; siendo rarísimos los que, cada diez años, alcanzan permanencia en los trabajos de Unión Divina. No suponga que los testimonios sean vagas expresiones de actividades idealistas. Ya no estamos en la esfera del globo, donde el desencarnado es promovido de manera compulsiva a ser fantasma. Vivimos en un círculo de demostraciones activas. Las tareas de Auxilio son laboriosas y complicadas, los deberes en el Ministerio de Regeneración constituyen testimonios pesadísimos, los trabajos en Comunicaciones exigen alta noción de responsabilidad individual, los campos de Esclarecimiento requieren gran capacidad de trabajo y valores intelectuales profundos, el Ministerio de Elevación pide renuncia e iluminación, las actividades de Unión Divina requieren conocimiento justo y sincera aplicación del amor universal. La Gobernación, a su vez, es sede activísima de todos los asuntos administrativos, y de numerosos servicios de control directo, como, por ejemplo, el de la alimentación, la distribución de energías eléctricas, tránsito, transporte y otros. Aquí, en verdad, la ley del descanso es rigurosamente observada, para que determinados servidores no estén más sobrecargados que otros; pero la ley del trabajo es también rigurosamente cumplida. En lo que concierne al reposo, la única excepción es la del propio

Gobernador, que nunca aprovecha lo que le toca, en ese terreno.

–Pero, ¿nunca se ausenta él de la Gobernación?

–Sólo en las ocasiones en que el bien público así lo exige. En obediencia a ese imperativo el Gobernador va semanalmente al Ministerio de Regeneración, que es la zona de Nuestro Hogar donde ocurre mayor número de perturbaciones, a causa de la sintonía de muchos de sus huéspedes con los hermanos del Umbral. Multitud de Espíritus desviados se encuentran recogidos allí. Aprovecha él las tardes de los domingos, después de orar en la ciudad en el Gran Templo de la Gobernación, para cooperar con los Ministros de Regeneración, atendiéndolos en sus difíciles problemas de trabajo. En ese menester se priva a veces de grandes alegrías, para amparar a desorientados y sufridores.

El aerobús nos dejó en la vecindad del hospital, donde me esperaba un aposento confortable.

En plena vía pública, se oían, como había observado a la salida, bellas melodías atravesando el aire. Notando mi ansia indagadora, Lisias explicó fraternalmente:

–Esas músicas proceden de los talleres donde trabajan habitantes de Nuestro Hogar. Después de consecutivas observaciones, reconoció la Gobernación que la música intensifica el rendimiento del servicio, en todos los sectores del esfuerzo constructivo. Desde entonces, nadie trabaja en Nuestro Hogar, sin ese estímulo de alegría.

En ese ínterin llegábamos a la Portería. Un atento enfermero se adelantó notificando:

–Hermano Lisias, lo llaman del pabellón de la derecha para un servicio urgente.

Mi compañero se alejó en calma mientras yo me recogía en mi aposento particular repleto de íntimas indagaciones.

El umbral

Después de haber recibido tan valiosas informaciones, se agudizaba mi deseo de intensificar la adquisición de conocimientos, relativos a diversos problemas que las palabras de Lisias sugerían. Las referencias a Espíritus del Umbral, estimulaban mi curiosidad. La ausencia de preparación religiosa, en el mundo, da motivo a dolorosas perturbaciones. ¿Qué sería el Umbral? Conocía, apenas, la idea del infierno y del purgatorio, a través de los sermones oídos en las ceremonias católico-romanas a que había asistido, obedeciendo a preceptos protocolares. Pero de ese Umbral nunca tuve noticias.

Al primer encuentro con el generoso visitador, mis preguntas no se hicieron esperar. Lisias me oyó, atento, y replicó:

–Vaya, vaya, ¿De manera qué usted anduvo detenido por allá tanto tiempo y no conoce la región?

Recordé los sufrimientos pasados, experimentando escalofríos de horror.

–El Umbral –continuó él, solícito– comienza en la superficie terrestre. Es la zona oscura de cuantos en el mundo no se resolvieron a atravesar las puertas de los deberes sagrados a fin de cumplirlos, demorándose en el valle de la indecisión o en el pantano de los numerosos errores. Cuando el Espíritu reencarna, promete cumplir el programa de servicios del Padre; pero al recapitular experiencias en el planeta, es muy difícil hacerlo, procurando sólo aquello que

satisfaga el egoísmo. Así siguen manteniéndose el mismo odio a los adversarios y la misma pasión por los amigos. Pero, ni el odio es justicia, ni la pasión es amor. Todo lo que excede sin aprovechamiento, perjudica la economía de la vida. Pues bien, todas las multitudes de desequilibrados permanecen en las regiones nebulosas que siguen a los fluidos carnales. El deber cumplido es una puerta que atravesamos en el Infinito, rumbo al continente sagrado de la Unión con el Señor. Es natural, por tanto, que el hombre remiso al cumplimiento de justas obligaciones, tenga esa bendición indefinidamente aplazada.

Observando la dificultad que tenía en aprender todo el contenido de la enseñanza, en vista de mi casi total ignorancia de los principios espirituales, Lisias procuró tornar la lección más clara:

–Imagine que cada uno de nosotros, renaciendo en el planeta, somos portadores de un traje sucio para lavar en el tanque de la vida humana. Esa ropa inmunda es el cuerpo causal, tejido por nuestras manos, en las experiencias anteriores. Compartiendo de nuevo las bendiciones de la oportunidad terrestre olvidamos el objetivo esencial, y en vez de purificarnos por el esfuerzo del lavado nos manchamos aún más, contrayendo nuevos lazos y encarcelándonos a nosotros mismos en verdadera esclavitud. Ahora, si al regresar al mundo procurábamos un medio de huir a la suciedad, por el desacuerdo de nuestra situación con el medio elevado, ¿cómo regresar a ese mismo ambiente luminoso, en peores condiciones? Por tanto, el Umbral funciona como región destinada al agotamiento de residuos mentales; una especie de zona purgatorial, donde se quema por cuotas el material deteriorado de las ilusiones que la criatura adquirió al mayor, menospreciando la sublime oportunidad de una existencia terrenal.

La imagen no podía ser más clara y más convincente.

No lograba disfrazar mi justa admiración. Comprendiendo el efecto benéfico que me traían aquellos esclarecimientos, Lisias continuó:

–El Umbral es una región de profundo interés para quien esté en la Tierra. Se concentra allí todo lo que no tiene finalidad para la vida superior. Y note usted que la Providencia Divina actuó sabiamente, permitiendo que se crease tal departamento en torno al planeta. Hay legiones compactas de almas irresolutas e ignorantes, que no son suficientemente perversas para ser enviadas a colonias de reparación más dolorosa, ni bastante nobles para ser conducidas a planos de elevación. Constituyen legiones de habitantes del Umbral, compañeros inmediatos de los hombres encarnados, separados de ellos apenas por leyes vibratorias. No es de extrañar, por tanto, que semejantes lugares se caractericen por grandes perturbaciones. Allí viven y se agrupan los rebeldes de toda especie. Forman igualmente núcleos invisibles de notable poder, por la concentración de las tendencias y deseos generales. ¿No recuerda las muchas personas que en la Tierra se desesperan cuando el cartero no viene o el tren no llega? Pues el Umbral está repleto de desesperados. Por no encontrar al Señor a disposición de sus caprichos, después de la muerte del cuerpo físico, y sintiendo que la corona de la vida eterna es la gloria intransferible de los que trabajan con el Padre, esas criaturas se rebelan y demoran en mezquinas edificaciones. Nuestro Hogar tiene una sociedad espiritual, pero esos núcleos poseen infelices malhechores y vagabundos de varias categorías. Es zona de verdugos y de víctimas, de explotadores y explotados.

Valiéndome de la pausa espontánea, exclamé impresionado:

–¿Cómo explicar eso? ¿No hay allí defensa ni organización?

El interlocutor sonrió aclarando:

–La organización es atributo de Espíritus organizados. La zona inferior a la que nos referimos se parece a la casa en la cual no hay pan: todos gritan y nadie tiene razón. El viajero distraído pierde el tren y el agricultor que no sembró no puede recoger. Una certeza puedo darle: no obstante las sombras y las angustias del Umbral, nunca falta allí la protección divina. Cada Espíritu permanece en él sólo el tiempo necesario. Para eso, amigo mío, permitió el Señor que se

erigiesen muchas colonias como ésta, consagradas al trabajo y al socorro espiritual.

–Tal parece, entonces, que esa esfera se mezcla casi con la esfera de los hombres –observé.

–Sí –confirmó el dedicado amigo–, y es en esa zona que se extienden los hilos invisibles que unen las mentes humanas entre sí. El plano está repleto de desencarnados y de formas-pensamientos de los encarnados, porque todo Espíritu donde quiera que se encuentra, es un núcleo radiante de fuerzas que crean, transforman o destruyen exteriorizadas en vibraciones y que la ciencia terrestre aún no puede comprender. Quien piensa, está haciendo algo más que esto. Es por el pensamiento que los hombres encuentran en el Umbral los compañeros cuya afinidad con las tendencias de cada uno les atrae. Toda alma es un imán poderoso. Hay una extensa Humanidad invisible, que sigue a la Humanidad visible. Las misiones más laboriosas del Ministerio de Auxilio están constituidas en el Umbral por abnegados servidores, porque si la tarea de los bomberos en las grandes ciudades terrenas es difícil por las llamas y cortinas de humo que enfrentan, los misioneros del Umbral encuentran fluidos pesadísimos emitidos sin cesar por millares de mentes desequilibradas, en la práctica del mal, o terriblemente flageladas en los sufrimientos rectificadores. Es necesario mucho valor y mucha renuncia para ayudar a quien nada comprende del auxilio que se le ofrece.

Lisias calló. Sumamente impresionado, exclamé:

–¡Ah! ¡Cómo deseo trabajar junto a esas legiones de infelices, llevándoles el pan espiritual del esclarecimiento!

El enfermero amigo me miró bondadosamente y, después de meditar en silencio unos largos momentos, al despedirse acentuó:

–¿Cuenta usted ya con la preparación necesaria para semejante servicio?

En el gabinete del ministro

Con las mejorías obtenidas surgía en mí la necesidad de movimiento y trabajo. Después de tanto tiempo y agotados los años difíciles de luchas, me volvía el interés por los quehaceres que llenan el día útil de todo hombre normal, en el mundo. Resultaba innegable que había perdido excelentes oportunidades en la Tierra y que muchas fallas señalaban mi camino. Ahora recordaba los quince años de clínica, sintiendo un cierto “vacío” en el corazón. Me encontraba a mí mismo, como vigoroso agricultor en pleno campo, con las manos atadas e imposibilitado de acometer el trabajo. Cercado de enfermos no podía aproximarme, como en otros tiempos, reuniendo en mí al amigo, al médico y al investigador. Oyendo gemidos incesantes en los departamentos contiguos, no me era lícita ni siquiera la función de enfermero y colaborador en los casos de socorro urgente. Claro que no me faltaban deseos. Pero mi posición allí, era lo bastante humilde para atreverme. Por otra parte, los médicos espirituales usaban otra técnica diferente. En el planeta sabía que mi derecho de intervenir comenzaba en los libros conocidos y en los títulos conquistados, pero en aquel ambiente nuevo la medicina comenzaba en el corazón, exteriorizándose en amor y cuidado fraternal. Cualquier enfermero, de los más simples, en *Nuestro Hogar*, tenía conocimientos y posibilidades muy superiores a mi ciencia. Por tanto, era imposible realizar cualquier tentativa de

trabajo espontáneo, por constituir, a mi ver, invasión en siembra ajena.

Ante tales dificultades, era Lisias el amigo indicado para mis confidencias de hermano.

Consultado aclaró:

—¿Por qué no solicita la ayuda de Clarencio? Lo atenderá enseguida. Pídale consejos. Él pregunta siempre por usted y sé que hará todo a su favor.

Me animó gran esperanza. Consultaría al Ministro de Auxilio.

Iniciadas mis gestiones, se me informó que el generoso benefactor podría atenderme a la mañana siguiente en su gabinete particular.

Esperé ansioso el momento oportuno.

Al día siguiente, muy temprano, me dirigí al local indicado. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que tres personas se hallaban allí, aguardando a Clarencio, en igualdad de circunstancias!

El dedicado Ministro de Auxilio había llegado mucho antes que nosotros y atendía asuntos más importantes que la recepción de visitas y solicitudes.

Terminado el servicio urgente, comenzó a llamarnos de dos en dos. Me impresionó tal procedimiento de audiencia. Supe más tarde que él aprovechaba ese método para que las opiniones suministradas al interesado sirviesen igualmente a otros, atendiendo así necesidades de orden general, ganando tiempo y provecho.

Transcurridos algunos minutos llegó mi turno.

Penetré en el gabinete en compañía de una señora de edad, que sería oída en primer lugar siguiendo el orden de turno. El

ministro nos recibió cordialmente poniéndose a nuestra disposición para escucharnos.

–Noble Clarencio –comenzó diciendo la desconocida compañera–. Vengo a pedir sus buenos oficios a favor de mis dos hijos. ¡Ah! Ya no puedo tolerar tanta saudade, estando informada de que ambos viven exhaustos y sobrecargados de infortunios en el ambiente terrestre. Reconozco que los designios del Padre son justos y amorosos, pero no obstante ¡soy madre y no logro abstraerme al peso de la angustia!...

Y la pobre criatura se deshizo allí mismo en copioso llanto. El Ministro, le dirigió una mirada fraterna, aunque conservando intacta su energía personal, respondiendo con bondad:

–Si la hermana reconoce que los designios del Padre son justos, ¿qué me corresponde hacer?

–¡Deseo –replicó afligida– que me conceda recursos para protegerlos yo misma en las esferas del globo!

–¡Oh amiga! –dijo el benefactor amorosamente–, sólo en el espíritu de humildad y trabajo nos es posible proteger a alguien. ¿Qué me dice de un padre terrestre que desease ayudar a los hijitos, manteniéndose en absoluta quietud en el hogar comfortable? El Padre creó el servicio y la cooperación como leyes que nadie puede traicionar sin per juicio propio. ¿No le dice nada la conciencia en ese sentido? ¿Cuántos bonos hora (1) podrá presentar en beneficio de su pretensión?

La interpelada respondió vacilante:

–Trescientos cuatro.

–Es muy lamentable –aclaró Clarencio sonriendo–, pues se hospeda aquí desde hace más de seis años, apenas dio a la colonia, hasta hoy, trescientas cuatro horas de trabajo. Pues, tan pronto como se restableció de las luchas sufridas en la región

(1) Punto relativo a cada hora de servicio. (Nota del Autor Espiritual.)

inferior, le ofrecí loable actividad en el Grupo de Vigilancia del Ministerio de Comunicaciones...

–¡Pero aquello era un servicio intolerable! –respondió la interlocutora–. Era una lucha incesante contra entidades malignas y resultó natural que no me adaptase.

Imperturbable, Clarencio continuó:

–La situé después entre los Hermanos de Soporte en tareas regeneradoras.

–¡Peor! –exclamó la señora– aquellos departamentos andan repletos de personas inmundas. Palabrotas, indecencias, miserias...

–Reconociendo sus dificultades –esclareció el Ministro–, la envié a cooperar en la Enfermería de los Perturbados.

–Pero, ¿quién podría tolerarlos sino los santos? –inquirió la solicitante rebelde–. ¡Hice lo posible pero aquella multitud de almas desviadas desaniman a cualquiera!

–No terminaron ahí mis esfuerzos –contestó el benefactor sin perturbarse. La coloqué en los Gabinetes de Investigaciones y Pesquisas del Ministerio de Esclarecimiento y, tal vez enfadada por mis disposiciones, la hermana se acogió deliberadamente a los Campos de Reposo.

–También era imposible continuar allí –dijo la señora–. Sólo encontré experiencias exhaustivas, fluidos extraños y jefes crueles.

–Tome nota, amiga mía – aclaró el consagrado y seguro orientador–. El trabajo y la humildad son los dos márgenes del camino para el auxilio. Para ayudar a alguien, necesitamos hermanos que se hagan cooperadores, amigos, protectores y servidores. Antes de amparar a los que amamos es indispensable establecer corrientes de simpatía. Sin la cooperación es imposible atender con eficiencia. El campesino que cultiva la tierra gana la

gratitud de los que saborean los frutos. El operario que atiende a jefes exigentes, ejecutando sus determinaciones, representa el sostén del hogar en que el Señor lo colocó. El servidor que obedece construyendo, conquista a superiores, compañeros y demás interesados en el servicio. Ningún administrador podrá ser útil a los que ama si no sabe servir y obedecer noblemente. Hiérase el corazón o experimentese dificultades, que sepa cada cual que todo servicio útil pertenece al Dador Universal.

Después de una breve pausa continuó:

—¿Qué hará pues en la Tierra, si todavía no aprendió a soportar cosa alguna? No dudo de su dedicación a los hijos queridos, pero hay que reconocer que comparecería por allá como madre parálitica, incapaz de prestar socorro justo. Para que cualquiera de nosotros alcance la alegría de auxiliar a los amados, se hace necesaria la interferencia de quienes hayamos ayudado antes. Los que no cooperan no reciben cooperación. Esto es ley eterna. Si usted, hermana no acumuló nada de sí para dar, es justo que procure contribuciones amorosas de otros. Pero, ¿cómo recibir la colaboración imprescindible si todavía no sembró ni siquiera simple simpatía? Vuelva a los Campos de Reposo donde se abrigó últimamente y reflexione. Después examinaremos el asunto con la debida atención.

Enjugando copiosas lágrimas, se sentó inquieta aquella madre.

Enseguida el Ministro me miró compasivamente y dijo:

—¡Aproxímese amigo mío!

Me levanté indeciso para conversar con él.

Elucidaciones de Clarencio

Me latía aceleradamente el corazón, haciéndome recordar al aprendiz bisoño ante rigurosos examinadores. Viendo a aquella mujer llorando y ponderando la serena energía del Ministro de Auxilio, temblaba dentro de mí mismo, arrepentido de haber provocado aquella audiencia. ¿No sería mejor callar, aprendiendo a esperar resoluciones superiores? ¿No sería inoportuna presunción reclamar atribuciones de médico en aquella casa, donde permanecía como enfermo? La sinceridad de Clarencio para con la hermana que me antecediera, despertaba en mí nuevos razonamientos. Quise desistir, volver al aposento renunciando al deseo de la víspera, pero era imposible. El Ministro de Auxilio, como si adivinase mis más íntimos propósitos, exclamó en tono firme:

–Estoy dispuesto a oírlo.

Iba a solicitar instintivamente cualquier servicio médico en Nuestro Hogar pese a la indecisión que me dominaba, pero la conciencia me advertía: ¿Por qué referirse a un servicio especializado? ¿No sería repetir los errores humanos, dentro de los cuales la vanidad no tolera más actividades, que la correspondiente a los prejuicios de títulos nobiliarios o académicos? Esta idea me equilibraba, y bastante confundido dije:

–Me tomé la libertad de venir hasta aquí para rogar sus buenos oficios y pedirle que me reintegre al trabajo. Tengo añoranza de mi oficio ahora que la generosidad de Nuestro Hogar me devolvió la bendición de mi armonía orgánica. Cualquier trabajo útil me interesa con tal que me saque de la inacción.

Clarencio me miró largamente como escudriñando mis intenciones más íntimas.

–Ya sé. Verbalmente pide cualquier género de tarea; pero, en el fondo, siente falta de sus clientes, de su consultorio, del ambiente de servicio con que el Señor honró su personalidad en la Tierra.

Hasta ahí aquellas palabras eran rayos de confortamiento y esperanza que yo recibía en el corazón con gestos afirmativos.

Pero después de una pausa más larga, el Ministro prosiguió:

–Entretanto, hay que considerar, que a veces el Padre nos honra con su confianza y nosotros desvirtuamos los verdaderos títulos de servicio. Usted fue médico en la Tierra rodeado de todas las facilidades en el terreno de los estudios. Nunca supo el precio de un libro, porque sus padres, generosos, costeaban todos sus gastos. Luego, después de graduado, comenzó a recibir lucros compensadores, ni siquiera tuvo las dificultades del médico pobre, obligado a movilizar sus relaciones afectivas para hacer clínica. Prosperó tan rápidamente que transformó las facilidades conquistadas en la carrera médica, en muerte prematura. Mientras fue joven y sano cometió numerosos abusos dentro del cuadro de trabajos al que Jesús le destinó.

Ante aquella mirada firme y bondadosa al mismo tiempo, una extraña perturbación se apoderó de mí.

Respetuosamente respondí:

–Reconozco la pertinencia de las observaciones, pero si

fuera posible estimaría obtener medios para rescatar mis débitos, consagrándome, sinceramente, a los enfermos de este parque hospitalario.

–Es un impulso muy noble –dijo Clarenco apacible–, sin embargo, es necesario convenir en que toda tarea en la Tierra, en el campo de las profesiones, es una oportunidad que confiere el Padre para que el hombre penetre los templos divinos del trabajo. El título para nosotros es simplemente una ficha; pero en el mundo suele representar una puerta abierta a todos los disparates. Con esa ficha el hombre se habilita para aprender noblemente y para servir al Señor en el cuadro de sus divinos servicios en el planeta. Tal principio es aplicable a todas las actividades terrestres, excluyendo convenciones de sectores en los cuales se desdoblen. El hermano recibió una ficha de médico. Penetró en el templo de la Medicina pero su acción, dentro de él, no se verificó en normas que me autoricen a endosar sus actuales deseos. ¿Cómo transformarlo de un momento a otro en médico de espíritus enfermos cuando sólo se circunscribió a hacer observaciones exclusivas a la esfera del cuerpo físico? No niego su capacidad como excelente fisiólogo, pero el campo de la vida es muy extenso. ¿Qué diría del botánico que reuniese definiciones sobre la base del examen de cáscaras secas de algunos árboles? Gran número de médicos en la Tierra se conforman con conclusiones matemáticas ante los servicios de anatomía. Estamos de acuerdo que las Matemáticas es respetable, pero no es la única ciencia del Universo. Como reconoce ahora, el médico no puede estacionarse en diagnósticos y terminologías. Hay que penetrar el alma, sondearle las profundidades. Muchos profesionales de la Medicina, en el planeta, son prisioneros de las salas académicas, porque la vanidad les robó la llave de la cárcel. Raros son los que consiguen atravesar el pantano de los intereses inferiores, sobreponerse a prejuicios comunes y, para esas excepciones, se reservan las burlas del mundo y el escarnio

de los compañeros.

Quedé atónito. No conocía tales nociones de responsabilidad profesional. Me asombraba aquella interpretación del título académico, reducido a la ficha de ingreso en zonas de trabajo para cooperar activamente con el Señor Supremo. Incapaz de intervenir, aguardé a que el Ministro de Auxilio volviese a tomar el hilo de las elucidaciones.

–Como se puede deducir –continuó él– usted no se preparó convenientemente para los servicios de aquí.

–Generoso benefactor –me atreví a decir–. Comprendo la lección y me inclino ante la evidencia.

Y, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas, pedí, humildemente:

–Me someto a cualquier trabajo en esta colonia de realización y de paz.

Con una profunda mirada de simpatía respondió:

–Amigo mío, no poseo solamente verdades amargas. Tengo también palabras de estímulo. No puede todavía ser médico en Nuestro Hogar, pero podrá asumir el cargo de aprendiz oportunamente. Su posición actual no es de las mejores; no obstante es confortadora por las intercesiones a su favor llegadas al Ministerio de Auxilio.

–¿De mi madre? –pregunté embriagado de emoción y alegría.

–Sí –aclaró el Ministro–. De su madre y de otros amigos en cuyo corazón plantó usted la semilla de la simpatía. Después de su llegada pedí al Ministerio de Esclarecimiento que recopilase sus notas personales, las cuales examiné atentamente. Mucha imprevisión, numerosos abusos y mucha irreflexión;

pero en los quince años en los que ejerció como médico también proporcionó recetas gratuitas a más de seis mil necesitados y la mayoría de las veces practicó esos actos meritorios por altruismo; ahora puede verificar que el verdadero bien esparce bendiciones en nuestros caminos. De esos beneficiados, quince no lo olvidaron y han enviado hasta ahora vehementes llamadas a su favor. Debo añadir que también el bien que proporcionó a los indiferentes surge aquí a su favor.

Sonriente Clarencio concluyó aquellas elucidaciones sorprendentes agregando:

–Aprenderá nuevas lecciones en Nuestro Hogar y, después de acumular experiencias útiles, cooperará eficientemente con nosotros preparándose para el futuro infinito.

Me sentía radiante. Por primera vez lloré de alegría en la colonia. ¿Quién podría comprender en la Tierra semejante júbilo? A veces es preciso que calle el corazón en el grandilocuente silencio de lo divino.

La visita materna

Atento a las recomendaciones de Clarencio, procuraba reconstruir energías para comenzar de nuevo el aprendizaje. En otro tiempo tal vez me hubiera ofendido ante observaciones, en apariencia, tan crudas, pero en aquellas circunstancias recordaba mis antiguos errores y me sentía confortado. Los fluidos carnales compelen el alma a profundas somnolencias. Verdaderamente, apenas ahora reconocía que la experiencia humana, bajo ninguna hipótesis podía ser considerada como un juego. La importancia de la reencarnación en la Tierra, surgía a mi vista evidenciando grandezas hasta entonces ignoradas. Considerando las oportunidades perdidas, reconocía no merecer la hospitalidad de Nuestro Hogar. Clarencio tenía dobladas razones para hablarme con aquella franqueza.

Pasé varios días entregado a profundas reflexiones sobre la vida. Sentía en lo íntimo gran ansiedad de volver a ver el hogar terrestre. Sin embargo, me abstenía de pedir nuevas concesiones. Los benefactores del Ministerio de Auxilio eran excesivamente generosos conmigo. Adivinaban mis pensamientos. Si hasta entonces no me habían proporcionado una satisfacción espontánea a semejante deseo, era que tal propósito no sería oportuno. Callaba, pues, resignado y algo triste. Lisias hacía todo lo posible por contentarme con opiniones consoladoras. Yo estaba en esa fase de recogimiento inexplicable en que el hombre es llamado adentro de

sí mismo por su conciencia profunda.

Un día el bondadoso visitador penetró radiante en mi departamento exclamando:

–¡Adivine quién llegó para verlo!

Aquella fisonomía alegre, aquellos ojos brillantes de Lisias no me engañaban.

–¡Mi madre! –respondí lleno de confianza.

Con los ojos desorbitados por la alegría vi a mi madre entrar con los brazos extendidos.

–¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Ven a mí, amado mío!

No puedo decir lo que pasó entonces. Me sentí nuevamente niño como en los tiempos en que jugaba bajo la lluvia con los pies descalzos, en la arena del jardín. Me abracé a ella cariñosamente, llorando de júbilo, experimentando los más sagrados transportes de ventura espiritual. La besé repetidas veces, la apreté en mis brazos mezclando mis lágrimas con las suyas. No sé cuanto tiempo estuvimos juntos abrazados. Finalmente fue ella quien me despertó de aquel arrobamiento, recomendándome:

–¡Vamos, hijo, no te emociones tanto! También la alegría cuando es excesiva acostumbra a castigar el corazón.

En vez de cargar a mi adorada viejecita en los brazos, como lo hacía en la Tierra, en los últimos tiempos de su romería por allá, fue ella quien me enjugó el copioso llanto, conduciéndome al diván.

–Estás débil todavía, hijito. No malgastes energías.

Me senté a su lado y ella, cuidadosamente, acomodó mi cansada frente en sus rodillas, acariciándola levemente para confortarme a la luz de santas recordaciones. Me sentí el más venturoso de los hombres. Tenía la impresión de que el barco de mis esperanzas había anclado en puerto seguro. La presencia maternal constituía infinito

consuelo a mi corazón. Aquellos minutos me daban la idea de un sueño tejido en la trama de una felicidad indecible. Como un niño que no pierde detalles me fijaba en su ropaje, copia perfecta de uno de sus viejos trajes caseros. Observé su vestido oscuro, sus medias de lana y su mantilla azul. Contemplé su pequeña cabeza aureolada de hilos de nieve, las arrugas de su rostro y su dulce y serena mirada de todos los días. Con las manos trémulas de alegría acaricié sus queridas manos sin conseguir articular frase. Empero, mi madre más fuerte que yo, dijo con serenidad:

–Nunca sabremos agradecer a Dios tan grandes beneficios. El Padre jamás nos olvida, hijo mío. ¡Qué largo tiempo de separación! Pero no juzgues por ello que te he olvidado. A veces la Providencia separa a los corazones, temporalmente, para que aprendamos el amor divino.

Con su ternura de todos los tiempos sentí que se revivían las llagas terrestres. ¡Oh, qué difícil es desprenderse de residuos traídos de la Tierra! ¡Cómo pesa la imperfección acumulada en siglos sucesivos! Cuántas veces oyera consejos saludables de Clarenco, observaciones fraternales de Lisias, para renunciar a las lamentaciones; pero ¡cómo se reabrían las viejas heridas al contacto del cariño maternal! Del llanto de alegría pasé a las lágrimas de angustia, recordando exageradamente los pasajes terrestres. No conseguía aceptar que aquella visita no era para satisfacción de mis caprichos y sí una preciosa bendición de la misericordia Divina. Evocando antiguas exigencias, llegué a la conclusión de que la autora de mis días debía continuar siendo depositaria de mis quejas y males sin fin. En la Tierra, las madres no pasan de ser esclavas en el concepto de los hijos. Son raros los que entienden su dedicación antes de perderlas. Con la misma falsa concepción de otros tiempos resbalé por el terreno de dolorosas confidencias.

Mi madre me oía callada, dejando traslucir inexplicable melancolía. Con los ojos húmedos y apretándome de cuando en cuando estrechamente en su corazón, habló llena de cariño:

–¡Oh, querido hijo! No ignoro las instrucciones que nuestro generoso Clarencio te suministró. No te quejes. Agradecemos al Padre la bendición de este reencuentro. Sintámonos ahora en una escuela diferente, donde aprendemos a ser hijos del Señor. En la posición de madre terrestre, no siempre conseguí orientarte como debía. También yo trabajo reajustando el corazón. Tus lágrimas me retrotraen al panorama de sentimientos humanos. Algo intenta operar ese retroceso en mi alma. Quiero dar razón a tus lamentos, erigirte un trono como si fueses la mejor criatura del Universo; pero esta actitud, actualmente, no se aviene con las nuevas lecciones de la vida. Esos gestos son perdonables en las esferas de la carne; pero aquí, hijo mío, es indispensable atender ante todo al Señor. No eres el único hombre desencarnado que tiene que reparar sus propios errores, ni soy yo la única madre que debe sentirse distante de sus seres amados. Por tanto, nuestro dolor no nos edifica por el llanto que vertemos o por las heridas que sangran en nosotros, sino por la puerta de luz que nos ofrece al Espíritu con el fin de ser más comprensivos y más humanos. Lágrimas y úlceras constituyen un proceso de bendita expansión de nuestros más puros sentimientos.

Después de extensa pausa en que la conciencia profunda me advertía solemne, mi madre prosiguió:

–Si es posible aprovechar estos rápidos minutos en expansión de amor, ¿por qué hemos de desviarlos hacia sombras de lamentaciones? Regocijémonos, hijo, y trabajemos incesantemente. Modifica tu actitud mental. Me conforta tu confianza en mi cariño y experimento sublime felicidad con tu ternura filial, pero no puedo retroceder en mis experiencias. ¡Amémonos con el grande y sagrado amor divino!

Aquellas benditas palabras me despertaron. Tenía la impresión de que vigorosos fluidos partían del sentimiento materno vitalizándome el corazón. Mi madre me contemplaba embelesada mostrando una bella sonrisa. Me levanté y respetuoso la besé en la frente sintiéndola más amorosa y más bella que nunca.

Confidencias

La palabra materna me consoló reorganizando mis energías interiores. Mi madre comentaba el servicio considerándolo como una bendición a los dolores y dificultades, que proporcionaba crédito de alegrías y lecciones sublimes. Inesperado e inexpresable contentamiento me bañaba el Espíritu. Aquellos conceptos nutrían mi alma de un modo extraño. Me sentía otro: más alegre, más animado, más feliz.

–¡Oh, madre mía –exclamé conmovido–, debe ser maravillosa la esfera en que vive! ¡Qué sublimes contemplaciones espirituales, qué ventura!...

Ella esbozó significativa sonrisa y asintió:

–La esfera elevada, hijo mío, requiere siempre más trabajo, mayor abnegación. No supongas que tu madre permanezca en visiones beatíficas, alejada de los deberes justos. Debo hacerte sentir que mis palabras no representan ninguna nota de tristeza, en la situación en la que me encuentro. Es más bien una revelación necesaria de las responsabilidades que me atañen. Desde que regresé de la Tierra he trabajado intensamente por nuestra renovación espiritual. Muchas entidades al desencarnar, permanecen aferradas al hogar terrestre bajo el pretexto de amar mucho a los que quedan en el mundo carnal. Aquí me enseñaron a la inversa, que el verdadero amor para transformarse en beneficio, necesita trabajar siempre. Desde mi regreso procuro esforzarme por conquistar el derecho de ayudar a aquellos que

tanto amamos.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté—. ¿Por qué no vino con usted?

Mi madre reflejó singular expresión en el rostro y respondió:

—¡Ah, tu padre, tu padre!... Hace doce años que está en una zona de tinieblas densas, en el Umbral. En la Tierra siempre nos había parecido fiel a las tradiciones de familia, arraigado a la caballerosidad del alto comercio a cuyas filas perteneció hasta el fin de su existencia, y al fervor del culto externo en materia religiosa; pero en el fondo era débil y mantenía uniones clandestinas fuera de nuestro hogar. Dos de ellas estaban mentalmente ligadas a una vasta red de entidades maléficas, y tan pronto desencarnó, su paso por el Umbral fue muy amargo para mi pobre Laerte, porque las desventuradas criaturas a quienes había hecho muchas promesas, lo esperaban ansiosas preñándolo de nuevo en las telas de la ilusión. Al principio él quiso reaccionar esforzándose por encontrarme; pero no pudo comprender que después de la muerte del cuerpo físico el alma se encuentra tal cual vive intrínsecamente. Por tanto, Laerte no percibió mi presencia espiritual ni la asistencia desvelada de otros amigos nuestros. Habiendo gastado muchos años fingiendo, desnaturalizó su visión espiritual restringiendo su patrón vibratorio y el resultado fue hallarse en compañía de relaciones que cultivara irreflexivamente con la mente y el corazón. Los principios de familia y el amor a nuestro nombre ocuparon algún tiempo su Espíritu. De cierto modo luchó repeliendo las tentaciones, pero al fin cayó nuevamente enredado en las sombras por falta de perseverancia en el buen y recto pensamiento.

Muy impresionado, pregunté:

—¿Acaso no hay medios de sustraerlo de tales abyecciones?

—¡Ah, hijo mío —elucidó la palabra materna—, yo lo visito con frecuencia! Pero, él no me percibe. Su potencial vibratorio es todavía muy bajo. Intento atraerlo al buen camino por la

inspiración, mas apenas consigo, de cuando en cuando, arrancarle algunas lágrimas de arrepentimiento sin obtener serias resoluciones. Las infelices de las cuales se constituyó en prisionero lo alejan de mis sugerencias. Vengo trabajando intensamente año tras año. Solicité el amparo de amigos en cinco núcleos diversos de actividad espiritual más elevada, incluso aquí en Nuestro Hogar. Cierta vez Clarencio casi consiguió atraerlo al Ministerio de Regeneración, pero fue en balde. No es posible encender luz en un candil sin aceite y sin pabilo. Se necesita la adhesión mental de Laerte para conseguir levantarlo y abrirle la visión espiritual. No obstante, el pobrecito permanece inactivo en sí mismo, entre la indiferencia y la rebeldía.

Después de larga pausa, suspiró, continuando:

–Tal vez no sepas aún que tus hermanas Clara y Priscila viven también en el Umbral sujetas a la superficie de la Tierra. Estoy obligada a atender las necesidades de todos. Mi único auxilio directo descansa en la cooperación de tu hermana Luisa, aquella que desencarnó cuando tú eras pequeño. Luisa me esperó aquí por muchos años y fue mi brazo fuerte en los trabajos ásperos de amparo a la familia terrestre. Pero ahora, después de luchar valerosamente, a mi lado, en beneficio de tu padre, de ti y de las hermanas, observando la gran turbación que todavía sufren nuestros familiares en la Tierra, regresó la semana pasada reencarnando entre ellos, en un gesto heroico de sublime renuncia. Espero pues, que te restablezcas pronto para que podamos desarrollar actividades en el bien.

Las informaciones referentes a mi padre me asombraron. ¿Qué clase de luchas serían las suyas? ¿No parecía ser un sincero practicante de los preceptos religiosos? ¿No comulgaba todos los domingos? Extasiado con la dedicación maternal pregunté:

–¿Usted auxilia a papá a pesar de su unión con esas mujeres infames?

–¡No las juzgues así! –Ponderó mi madre–. Di más bien, hijo mío, nuestras hermanas enfermas, ignorantes o infelices. Son también hijas de nuestro Padre. No he hecho intercesiones solamente por Laerte, sino también por ellas, y estoy convencida de haber encontrado re-

cursos para atraerlos todos a mi corazón.

Me asombró aquella gran manifestación de renuncia. Pensé súbitamente en mi familia directa. Sentí el viejo apego a la esposa y a los hijos queridos. Ante Clarencio y Lisias anhelaba siempre manifestar sentimientos y callar indagaciones, pero el contacto materno me desinhibía. Algo me hacía sentir que mi madre no se demoraría por mucho tiempo a mi lado. Aprovechando el tiempo que corría acelerado la interrogué:

–Usted que ha acompañado a papá tanto tiempo, ¿no podrá informarme algo sobre Celia y los niños? aguardo ansioso el instante de volver a casa y ayudarlos. ¡Oh, estas inmensas nostalgias deben ser igualmente compartidas por ellos! ¡Cómo debe sufrir mi desventurada esposa con esta separación!...

Mi madre esbozó una sonrisa triste y dijo:

–He visitado a mis nietos periódicamente. Están bien.

Después de meditar unos instantes, agregó:

–Por ahora no debes inquietarte con el problema de auxiliar a tu familia. Prepárate en primer lugar para que tengamos buen éxito. Hay cuestiones que necesitamos dejarlas al Señor, en pensamiento, antes de trabajar en la solución que ellas requieren.

Quise insistir en el asunto para obtener pormenores pero mi madre no reincidió en él esquivándose con delicadeza. La conversación se extendió envolviéndome en una sublime confortación. Más tarde ella se despidió. Curioso por saber cómo vivía hasta entonces le pedí permiso para acompañarla. Me acarició dulcemente diciendo:

–No vengas, hijo mío. Me esperan con urgencia en el Ministerio de Comunicaciones, donde se me suministrarán recursos fluídicos para la jornada de regreso en los gabinetes de transformación. Además necesito entrevistarme con el Ministro Celio para agradecerle la oportunidad de esta visita.

Dejándome en el alma durable impresión de felicidad me besó y se fue.

En casa de Lisias

No pasaron muchos días, después de la inesperada visita de mi madre, cuando Lisias me vino a buscar, atendiendo a una llamada del Ministro Clarencio. Lo seguí, con sorpresa.

Recibido amablemente por el magnánimo bienechor, esperaba sus órdenes con enorme placer.

–Amigo mío –dijo, afable–, de ahora en adelante está autorizado para hacer observaciones en los diversos sectores de nuestros servicios, con excepción de los Ministerios de naturaleza superior. Enrique de Luna dio por terminado su tratamiento en la última semana, y es justo que aproveche el tiempo observando y aprendiendo.

Miré a Lisias como a un hermano que debía participar de mi indecible felicidad en aquel instante. El enfermero correspondió a mi mirada con intenso júbilo. No cabía en mí de contento. Era el inicio de una vida nueva. De algún modo podría trabajar, ingresando en escuelas diferentes. Clarencio, que parecía percibir mi intraducible ventura, acentuó:

–Haciéndose innecesaria su permanencia en el parque hospitalario, examinaré atentamente la posibilidad de ubicarlo en un nuevo ambiente. Consultaré algunas de nuestras instituciones. . .

Lisias cortó su palabra exclamando:

–Si fuese posible estimaría recibirlo en nuestra casa mientras

dure el curso de observaciones; allí mi madre lo trataría como a un hijo.

Miré al visitador en un transporte de alegría. Clarencio a su vez, también le dirigió una mirada de aprobación, murmurando:

–¡Muy bien, Lisias! Jesús se alegra con nosotros cada vez que recibimos a un amigo en el corazón.

Abracé al servicial enfermero sin poder traducir mi agradecimiento. La alegría, a veces, hace enmudecer.

–Guarde este documento –me dijo atentamente el Ministro de Auxilio entregándome una pequeña libreta. Con él podrá ingresar en los Ministerios de Regeneración, de Auxilio, de Comunicaciones y de Esclarecimiento, durante un año. Transcurrido ese tiempo, veremos lo que será posible hacer con respecto a sus deseos. Instrúyase, mi amigo. No pierda el tiempo. El intervalo de las experiencias carnales debe ser bien aprovechado.

Lisias me dio el brazo y salí embelesado de placer.

Pasados algunos minutos, llegamos a la puerta de una graciosa construcción rodeada de matizado jardín.

–Aquí es –exclamó el delicado compañero.

Y con expresión cariñosa agregó:

–Nuestro hogar, dentro de Nuestro Hogar.

Al tañido suave de una campanilla, en el interior, surgió a la puerta una simpática matrona.

–¡Madre! ¡Madre! –gritó el enfermero presentándome a ella alegremente–, este es el hermano que prometí traerle.

–¡Sea bienvenido, amigo! –exclamó la señora noblemente–. Ésta es su casa.

Abrazándome continuó:

–Supe que su mamá no vive aquí. En este caso tendrá en mí a una hermana en funciones de madre.

No sabía cómo agradecer la generosa hospitalidad. Iba a emitir algunas frases para demostrar mi conmoción y reconocimiento, pero la noble matrona, revelando singular buen humor, se adelantó adivinándome los pensamientos:

–Está prohibido hablar de agradecimientos. No lo haga. Me obligaría a recordar, de repente, muchas frases convencionales de la Tierra.

Todos nos reímos y murmuré conmovido:

–¡Que el Señor traduzca mi agradecimiento en renovadas bendiciones de alegría y paz para todos!

Entramos. El ambiente era sencillo y acogedor. Los muebles eran casi idénticos a los terrestres; los objetos en general mostraban pequeñas variantes. Cuadros de sublime significación espiritual, un piano de notables proporciones, y descansando sobre él un gran arpa tallada en líneas nobles y delicadas. Comprendiendo mi curiosidad, Lisias acotó jovial:

–Como ve, después del sepulcro no encontré aún a los ángeles arpistas; pero sí tenemos un arpa esperando por nosotros mismos.

–¡Oh! Lisias –cortó la palabra materna y cariñosa– no seas irónico. ¿No recuerdas como el Ministerio de Unión Divina recibió al personal de Elevación, el año pasado cuando pasaron por aquí algunos embajadores de la Armonía?

–Sí, mamá; sólo quiero decir que los arpistas existen y que necesitamos crear audición espiritual para oírlos, esforzándonos por nuestra parte en el aprendizaje de las cosas divinas.

Después de la presentación relacionada con mi procedencia, logré saber que la familia de Lisias había vivido en una antigua ciudad

del Estado de Río de Janeiro; que su madre se llamaba Laura y que, en la casa, tenía consigo a dos hermanas: Yolanda y Judith.

Allí se respiraba dulce y reconfortante intimidad. No conseguía disfrazar mi contento y enorme alegría. Aquel primer contacto con la organización doméstica en la colonia me elevaba. La hospitalidad llena de ternura arrancaba de mi Espíritu notas de profunda emoción.

Ante la cantidad de mis preguntas, Yolanda me exhibió maravillosos libros. Notando mi interés, la dueña de la casa advirtió:

–En Nuestro Hogar, en lo que concierne a literatura, tenemos una enorme ventaja: los escritores de mala fe, los que destilan veneno psicológico, son conducidos inmediatamente hacia las zonas oscuras del Umbral. Por aquí no se reforman, ni aun en el Ministerio de Regeneración, mientras perseveren en semejante estado de alma.

No pude dejar de sonreír. Continué observando los primores del arte de la fotografía en las páginas que tenía a la vista.

Enseguida Lisias me llamó para mostrarme algunas dependencias de la casa, demorándome en la sala de baño, cuyas interesantes instalaciones me maravillaron. Todo era sencillo pero confortable.

No había vuelto todavía en mí por la emoción que me envolvía, cuando la señora Laura invitó a la oración.

Nos sentamos silenciosamente alrededor de una gran mesa.

Conectado un gran aparato, se hizo oír una música suave. Era el loor al momento crepuscular. Surgió, al fondo, el mismo cuadro prodigioso de la Gobernación que yo nunca me cansaba de contemplar por las tardes en el parque hospitalario. En aquel momento, me sentía dominado por profunda y misteriosa alegría. Viendo un corazón azul diseñado a lo lejos, sentí que mi alma se arrodillaba en su templo interior, en sublime transporte de júbilo y reconocimiento.

El amor, alimento de las almas

Terminada la oración, la dueña de la casa nos llamó a la mesa, sirviendo caldo reconfortante y frutas perfumadas que más parecían concentrados de fluidos deliciosos. Eminentemente sorprendido, oí a la señora Laura observar con gracia:

–Realmente nuestras refacciones son aquí mucho más agradables que en la Tierra. Hay residencias en Nuestro Hogar que las eluden casi por completo; pero en las zonas del Ministerio de Auxilio, no podemos prescindir de los concentrados fluidicos en vista de los pesados servicios que las circunstancias imponen. Gastamos gran cantidad de energías. Es necesario renovar provisiones de fuerza.

–Pero, eso –ponderó una de las jóvenes–, no quiere decir que solamente nosotros los funcionarios de Auxilio y de Regeneración vivamos necesitando de alimentos. Todos los Ministerios, inclusive el de Unión Divina los necesitan, si bien difieren en su substancia. En Comunicaciones y en Esclarecimiento hay enorme consumo de frutos. En Elevación, el consumo de jugos y de concentrados no es reducido, y en la Unión Divina los fenómenos de alimentación alcanzan lo inimaginable.

Mi mirada indagadora iba de Lisias a la señora Laura, ansioso

de explicaciones. Todos sonreían de mi natural perplejidad, pero la madre de Lisias respondió a mis deseos explicando:

–Nuestro hermano tal vez ignore aún que el mayor alimento de las criaturas es justamente el amor. De cuando en cuando, recibimos en Nuestro Hogar grandes comisiones de Instructores, que nos proporcionan enseñanzas relacionadas con la nutrición espiritual. Todo sistema de alimentación, en las distintas esferas de la vida, tiene en el amor la base profunda. Aun aquí, el alimento físico, propiamente considerado, es simple problema de materialidad transitoria, como en el caso de los vehículos terrestres, necesitados de la colaboración de grasa y aceite. El alma en sí apenas se nutre de amor. Cuanto más nos elevemos en el plano evolutivo de la Creación, más extensamente conoceremos esta verdad. ¿No le parece que el amor divino sea el alimento del Universo?

Tales elucidaciones me confortaban sobremanera. Percibiendo mi íntima satisfacción, Lisias intervino, acentuando:

–Todo se equilibra en el amor infinito de Dios, y cuanto más evolucionado es el ser, más sutil es el proceso de alimentación. El gusano, en el subsuelo del planeta, se nutre esencialmente de tierra. El animal grande coge en la planta los alimentos de manutención a imitación de la criatura al succionar el seno materno. El hombre toma el fruto del vegetal, lo transforma de acuerdo con la exigencia del paladar y se sirve de él en la mesa del hogar. Nosotros, criaturas desencarnadas, necesitamos substancias succulentas, tendientes a la condición fluídica, y el proceso será cada vez más delicado, a medida que se intensifique la ascensión individual.

–Por otra parte, no olvidemos la cuestión de los vehículos –añadió la señora Laura–, porque, en el fondo, el gusano, el animal, el hombre y nosotros, dependemos absolutamente del amor. Todos nos movemos en él y sin él no tendríamos existencia.

–¡Es extraordinario! –aduje conmovido.

–¿No recuerda la enseñanza evangélica: amaos los unos a los

otros? –prosiguió la madre de Lisias atenta– Jesús nos enseñó esos principios objetivando tan sólo casos de caridad, en los cuales todos aprenderemos, más temprano o más tarde, que la práctica del bien constituye un simple deber. Nos aconsejaba, igualmente, a alimentarnos unos a los otros en el campo de la fraternidad y de la simpatía. El hombre encarnado sabrá, más tarde, que la conversación amigable, el gesto afectuoso, la bondad recíproca, la confianza mutua a la luz de la comprensión, el interés fraternal, –patrimonios que se derivan naturalmente del amor profundo–, constituyen sólidos alimentos para la vida en sí. Reencarnados en la Tierra, experimentamos grandes limitaciones; al volver a este mundo reconocemos que toda la estabilidad de la alegría es un problema de alimentación puramente espiritual. Se forman hogares, villas, ciudades y naciones en obediencia a tales imperativos.

Recordé, instintivamente, las teorías del sexo ampliamente divulgadas en el mundo. La señora Laura, tal vez adivinando mis pensamientos, sentenció:

–Que nadie diga que el fenómeno es simplemente sexual. El sexo es manifestación sagrada de ese amor universal y divino, pero es apenas una expresión aislada del potencial infinito. Entre los matrimonios más espiritualizados el cariño y la confianza, la dedicación y el entendimiento mutuos permanecen muy por encima de la unión física, reducida entre ellos a realización transitoria. La permuta magnética es el factor que establece el ritmo necesario a la manifestación de la armonía. Para que se alimente la ventura, basta la presencia y, a veces, apenas la comprensión.

Valiéndose de la pausa, Judith acotó:

–Aprendemos en Nuestro Hogar que la vida terrestre se equilibra en el amor, sin que la mayor parte de los hombres se aperciba. Almas gemelas, almas hermanas, almas afines constituyen parejas y grupos numerosos. Uniéndose unas a las otras, amparándose mutuamente, consiguen equilibrio en el plano de la redención. Por tanto, cuando faltan compañeros, la criatura débil acostumbra a sucumbir en medio de la jornada.

–Como puede ver, mi amigo –objetó Lisias contento–, también aquí es posible recordar el Evangelio de Cristo: No sólo de pan vive el hombre.

Pero antes de que se establecieran nuevas consideraciones, sonó la campanilla fuertemente.

El enfermero se levantó para atender.

Dos jóvenes de fino trato entraron en la sala.

–Aquí tiene –dijo Lisias dirigiéndose a mí gentilmente– a nuestros hermanos Políodoro y Estacio, compañeros de servicio en el Ministerio de Esclarecimiento.

Saludos, abrazos, alegría.

Transcurridos algunos momentos, la señora Laura dijo sonriente:

–Todos ustedes trabajaron mucho hoy. Emplearon el día con provecho. No alteren su programa preferido por nuestra causa. No olviden la excursión al Campo de la Música.

Notando la preocupación de Lisias, la madre advirtió:

–Vete, hijo mío. No hagas esperar a Lascinia. Nuestro hermano quedará en mi compañía hasta que te pueda acompañar en esos entretenimientos.

–No se preocupe por mí –exclamé instintivamente.

La señora Laura esbozó amable sonrisa y respondió:

–Hoy no podré compartir las alegrías del Campo. Tenemos en casa a mi nieta, convaleciente, que llegó de la Tierra hace pocos días.

Salieron todos en medio del júbilo general. La dueña de la casa, cerrando la puerta, se volvió hacia mí diciéndome:

–Van en busca del alimento a que nos referíamos. Los lazos afectivos, aquí, son más bellos y más fuertes. El amor, mi amigo, es el pan divino de las almas, la llama sublime de los corazones.

La joven desencarnada

–¿No viene su nieta a la mesa para las refecciones? – pregunté a la dueña de la casa– ensayando una conversación más íntima.

–Por ahora se le alimenta a solas, –aclaró la señora Laura; la muy tonta continúa nerviosa y abatida. Aquí no traemos a la mesa a ninguna persona que se encuentre perturbada o disgustada. La neurastenia y la inquietud emiten fluidos pesados y venenosos, que se mezclan automáticamente a las substancias alimenticias. Mi nieta se demoró en el Umbral quince días, en fuerte somnolencia, asistida por nosotros. Debería haber ingresado en los pabellones hospitalarios, pero, finalmente vino a someterse a mis cuidados directos.

Manifesté deseos de visitar a la recién llegada del planeta. Sería muy interesante oírla. ¿Cuánto tiempo hacía que me hallaba sin noticias directas de la existencia terrestre?

La señora Laura no se hizo rogar cuando le di a conocer mis deseos.

Nos dirigimos a una habitación muy amplia y confortable. Una joven muy pálida reposaba en una cómoda poltrona. Se sorprendió vivamente al verme.

–Este amigo, Eloísa –explicó la madre de Lisias indicándome– es un hermano nuestro que volvió de la esfera

física hace poco tiempo.

La joven me miró con curiosidad, a pesar de que sus ojos perdidos en profundas ojeras, tradujesen gran esfuerzo para concentrar la atención. Me cumplimentó esbozando una vaga sonrisa, dándome yo a conocer a mi vez.

–Debe hallarse cansada –observé.

Pero antes que ella respondiese se adelantó la señora Laura, procurando substraerla a esfuerzos que agravasen su fatiga:

–Eloísa ha estado inquieta y afligida. En parte, se justifica. La tuberculosis fue larga y le dejó huellas profundas; no obstante no se debe prescindir, en tiempo alguno, del optimismo y del valor.

Vi a la joven restregarse sus ojos negros, como para retener el llanto, pero fue en balde. El tórax comenzó a palpar violentamente, y llevando el pañuelo al rostro, no conseguía contener los angustiosos sollozos.

–Tontita –dijo la dulce señora abrazándola–, es necesario reaccionar contra eso. Estas impresiones son nada más que los resultados de la deficiente educación religiosa. Sabes que tu madre no demorará en venir, y que no puedes contar con la fidelidad de tu novio, en modo alguno, quien no te podrá ofrecer una sincera dedicación espiritual desde la Tierra. Todavía él está lejos del espíritu sublime del amor iluminado. Naturalmente se casará con otra, y debes habituarte a esta convicción. No sería justo exigirle su venida brusca.

Sonriendo maternalmente, la señora Laura agregó:

–Admitamos que viniese forzando la ley. ¿No sería más duro el sufrimiento? ¿No pagarías cara la cooperación que hubieses prestado en este hecho? Aquí no te han de faltar amistades cariñosas ni colaboración fraternal, para que te equilibres. Si amas de verdad al joven, debes procurar armonía para

que puedas beneficiarlo más tarde. Además, tu madre no tardará en llegar.

Me causó mucha pena el copioso llanto de la joven. Intenté establecer un nuevo rumbo a la conversación, para substraerla a la crisis de lágrimas.

–¿De dónde viene usted, Eloísa? –pregunté.

La madre de Lisias callaba, al parecer, procurando verla más desembarazada.

Después de largos instantes, durante los cuales se enjugaba los ojos llorosos, la joven respondió:

–De Río de Janeiro.

–Pero no debe llorar así –objeté–. Usted es muy feliz. Desencarnó hace pocos días, está con sus parientes y no conoció tempestades en el gran viaje...

Ella pareció reanimarse y habló con más calma:

–Usted no puede imaginarse cuánto he sufrido. Ocho meses de lucha con la tuberculosis, a pesar de los tratamientos...el dolor de haber transmitido la enfermedad a mi madre cariñosa... Además de todo eso, lo que padeció por mi causa mi pobre novio, es inenarrable...

–Vamos, vamos, no digas eso –observó la señora Laura sonriendo–. En la Tierra tenemos siempre la ilusión de que no hay mayor dolor que el nuestro. Pura ceguera: hay millones de criaturas confrontando situaciones verdaderamente crueles comparadas con las nuestras.

–Pero, Arnaldo, abuela, quedó sin consuelo, desesperado. Todo eso es terrible –agregó contrahecha.

¿Y crees sinceramente en esa impresión? –preguntó la matrona con inflexión de cariño–. Observé a tu ex novio diver-

sas veces en el curso de tu enfermedad. Era natural que él se conmoviera tanto, viendo tu cuerpo reducido a guiñapos; pero todavía no está preparado para comprender un sentimiento puro. Se ha de reconfortar muy pronto. El amor iluminado no es para cualquier criatura humana. Conserva por tanto tu optimismo. Podrás auxiliarlo muchas veces sin duda; pero en lo que concierne a la unión conyugal, cuando te sea posible hacer excursiones a las esferas del planeta, en nuestra compañía, habrás de encontrarlo casado con otra.

Admirado a mi vez, noté la sorpresa dolorosa de Eloísa. La convaleciente no sabía como portarse ante la serenidad y el buen sentido de la abuela.

–¿Será posible?

La madre de Lisias esbozó un gesto extremadamente cariñoso y dijo:

–No seas obstinada ni intentes desmentirme.

Viendo que la enferma parecía tomar la actitud íntima de quien quiere pruebas, la señora Laura insistió muy dulcemente:

–¿Te acuerdas de María de la Luz, la amiga que te llevaba flores todos los domingos? Pues escucha. Cuando el médico anunció con carácter confidencial, la imposibilidad de tu restablecimiento físico, Arnaldo, aunque muy compungido, comenzó a envolverla en vibraciones mentales muy diferentes. Ahora que estás aquí, no demorarán mucho las nuevas resoluciones.

–¡Ah, qué horror, abuela!

–Horror, ¿por qué? Es necesario que te habitúes a considerar las necesidades ajenas. Tu novio es un hombre común; no está preparado para las bellezas sublimes del amor espiritual. No puedes operar milagros en él, por mucho que lo ames. El descubrimiento de sí mismo es una característica personal.

Arnaldo conocerá más tarde la belleza de tu idealismo; mas, por ahora, es necesario dejarlo entregado a las experiencias que necesita.

–¡No me conformo! –exclamó la joven, llorando– justamente María de la Luz, la amiga a quien siempre juzgué fidelísima...

La señora Laura sonrió y dijo cautelosamente:

–¿No será más agradable confiarlo a los cuidados de una criatura hermana? María de la Luz será siempre tu amiga espiritual, al paso que otra mujer tal vez te dificultase, más tarde, el acceso al corazón de él.

Yo estaba eminentemente sorprendido. Eloísa prorrumpió en sollozos. La bondadosa señora percibió mi intranquilidad y, tal vez con el propósito de orientar tanto a la nieta como a mí, aclaró sensatamente:

–Conozco la causa de tu llanto, hijita: nace de la tierra inculta de nuestro milenario egoísmo, de nuestra renitente vanidad humana. Entretanto, tu abuela no te habla para herirte y sí para que despiertes a la realidad.

Mientras Eloísa lloraba, la madre de Lisias me invitó nuevamente a la sala de recibo, considerando que la enferma necesitaba de reposo.

Al sentarnos, dijo en tono confidencial:

–Mi nieta llegó profundamente fatigada. Enredó su corazón, en demasía, en las telas del amor propio. En rigor, el lugar de ella sería cualquiera de nuestros hospitales; pero el Asistente Couceiro juzgó mejor situarla al lado de nuestro cariño. Esto, además, es muy de mi agrado, porque mi querida Teresa, su madre, está por llegar. Un poco más de paciencia y alcanzaremos la justa solución. Es cuestión de tiempo y serenidad.

N ociones del hogar

Deseando obtener valores educativos, que fluían naturalmente de la palabra de la señora Laura, pregunté curioso:

–Desempeñando tantos deberes, ¿todavía tiene usted atribuciones fuera de la casa?

–Sí; vivimos en una ciudad de transición; no obstante, las finalidades de la colonia residen en el trabajo y en el aprendizaje. Las almas femeninas asumen aquí numerosas obligaciones, preparándose para volver al planeta o para ascender a esferas más altas.

–¿La organización doméstica, en Nuestro Hogar, es idéntica a la de la Tierra?

Con un gesto muy significativo, la interlocutora contestó:

–Es el hogar terrestre el que desde hace mucho tiempo, se esfuerza por copiar nuestro instituto doméstico; pero los cónyuges por allá, con raras excepciones, están aún mondando el terreno de los sentimientos, invadido por las yerbas amargas de la vanidad personal y poblado por monstruos de celos y egoísmo. Cuando regresé del planeta, la última vez traía como es natural, profundas ilusiones. Coincidió que en mis crisis de orgullo herido, fui llevada a oír a un gran instructor, en el Ministerio de

Esclarecimiento. Desde ese día penetró en mi Espíritu una nueva corriente de ideas.

–¿No podría decirme algo de las lecciones recibidas? –
indagué con interés.

–El orientador muy versado en Matemáticas –prosiguió ella– nos hizo sentir que el hogar es como un ángulo recto en las líneas del plano de la evolución divina. La recta vertical es el sentimiento femenino, envuelto en las inspiraciones creadoras de la vida. La recta horizontal es el sentimiento masculino, en marcha de realizaciones en el campo del progreso común. El hogar es el sagrado vértice donde el hombre y la mujer se encuentran para el entendimiento indispensable. Es el templo en el cual las criaturas deben unirse espiritual antes que corporalmente. Hay en la Tierra gran número de estudiosos de las cuestiones sociales, que difunden varias medidas y claman por la regeneración de la vida doméstica. Algunos llegan a aseverar que la institución de la familia humana está amenazada. Entretanto, importa considerar que, en rigor, el hogar es conquista sublime que los hombres van realizando lentamente. ¿Dónde se encuentra, en las esferas del globo, el verdadero instituto doméstico, basado en la armonía justa, con los derechos y los deberes legítimamente compartidos? La mayoría de los matrimonios terrestres pasan las horas sagradas del día, viviendo la indiferencia o el egoísmo feroz. Cuando el marido está en calma, la mujer parece desesperada; cuando la esposa se calla, humilde, el compañero la tiraniza. Ni la consorte se decide a animar al esposo en la línea horizontal de sus trabajos temporales, ni el marido se resuelve a seguirla en el vuelo divino de la ternura y del sentimiento, rumbo a los planos superiores de la Creación. Disimulan en sociedad y en la vida íntima uno hace viajes mentales a larga distancia, mientras el otro

comenta el servicio que le es peculiar. Si la mujer habla de los hijitos, el marido va de excursión a través de los negocios; si el compañero examina cualquier dificultad de su trabajo, la mente de la esposa vuela al gabinete de la modista. Es claro que, en tales circunstancias, el ángulo divino no está debidamente trazado. Dos líneas divergentes intentan, en vano, formar el vértice sublime, a fin de construir un escalón en la escalera grandiosa de la vida eterna.

Esos conceptos penetraban en lo más profundo de mí, por ello, muy impresionado, observé:

–Señora Laura, esas definiciones suscitan un mundo de pensamientos nuevos. ¡Ah, si conociésemos todo eso allá en la Tierra!...

–Es cuestión de experiencia, amigo mío –replicó la noble matrona–, el hombre y la mujer aprenderán en el sufrimiento y en la lucha. Por ahora son raros los que conocen que el hogar es una institución divina y que se debe vivir detrás de sus puertas con todo el corazón y con toda el alma. Mientras las criaturas vulgares atraviesan la florida región del noviazgo, se buscan movilizandolos máximos recursos del espíritu; de ahí el dicho de que todos los seres son bellos cuando están verdaderamente enamorados. El asunto más trivial asume singular encanto en las palabras más fútiles. El hombre y la mujer comparecen ahí, en la integración de sus fuerzas sublimes. Pero después que reciben la bendición nupcial, la mayoría atraviesa los velos del deseo, y cae en los brazos de los viejos monstruos que tiranizan los corazones. No hay concesiones recíprocas. No hay tolerancia y a veces ni siquiera fraternidad. Se apaga la belleza luminosa del amor cuando los cónyuges pierden la camaradería y el gusto de conversar. De ahí en adelante, los más educados se respetan; los más rudos, mal

se soportan. No se entienden. Preguntas y respuestas son formuladas en vocablos breves. Por más que se unan los cuerpos, las mentes viven separadas, operando por rumbos distintos.

–¡Todo eso es la pura verdad! –aduje conmovido.

–Pero, ¿qué hacer, amigo mío? –replicó la bondadosa señora– en la fase evolutiva actual del planeta, existen en la esfera carnal rarísimas uniones de almas gemelas, reducido número de matrimonios de almas hermanas o afines, y aplastante porcentaje de uniones de rescate. El mayor número de matrimonios humanos, está constituido por verdaderas uniones forzadas, bajo cadenas.

Procurando volver a tomar el hilo de las consideraciones sugeridas por mi pregunta inicial, la madre de Lisias continuó:

–Las almas femeninas no pueden permanecer inactivas aquí. Es preciso aprender a ser madre, esposa, misionera, hermana. La tarea de la mujer, en el hogar, no puede circunscribirse a unas cuantas lágrimas de piedad ociosa y a muchos años de servidumbre. Es claro que el movimiento contemporáneo del feminismo desesperado, constituye abominable acción contra las verdaderas atribuciones del espíritu femenino. La mujer no debe competir con el hombre a través de escritorios y gabinetes, donde se reservan actividades justas al espíritu masculino. Por tanto, nuestra colonia enseña que existen nobles servicios de extensión del hogar para las mujeres. La enfermería, la enseñanza, la industria del hilo, la información, los servicios de paciencia, representan actividades muy expresivas. El hombre debe aprender a acarrear para el ambiente doméstico la riqueza de sus experiencias, y la mujer necesita conducir la dulzura del hogar a las labores ásperas del hombre. Dentro de casa, la inspiración; fuera de ella, la actividad. La una no vivirá sin la otra. ¿Cómo sustentar el río sin la fuente, y como

esparcir el agua de la fuente sin el lecho del río?

No pude dejar de sonreír oyendo la interrogación.

La madre de Lisias, después de largo intervalo, continuó:

–Cuando el Ministerio de Auxilio me confía niños al hogar, mis horas de servicio son computadas al doble, lo que le puede dar una idea de la importancia de la acción maternal en el plano terrestre. Entretanto, cuando eso no acontece así, tengo mis deberes diurnos en los trabajos de enfermería, con la semana de cuarenta y ocho horas de tarea. Todos trabajan en nuestra casa. A no ser mi nieta convaleciente, no tenemos a nadie de la familia en zonas de reposo. Ocho horas de actividad por el interés colectivo, diariamente, es un programa fácil para todos. Me sentiría avergonzada si yo no lo ejecutase.

Se interrumpió la interlocutora por breves momentos, mientras yo me perdía en múltiples consideraciones...

Continuando la conversación

–La conversación, señora Laura –exclamé con interés–, sugiere numerosas interrogaciones, usted me disculpará la curiosidad y el abuso...

–No diga eso –contestó bondadosa–, pregunte siempre. No estoy en condiciones de enseñar, pero es siempre fácil informar.

Nos reímos de la observación e indagué enseguida:

–¿Cómo se encara el problema de la propiedad en la colonia? Por ejemplo, esta casa, ¿le pertenece?

Ella sonrió y esclareció:

–Tal como sucede en la Tierra, la propiedad aquí es relativa. Nuestras adquisiciones son hechas sobre la base de horas de trabajo. El bonus hora, en el fondo, es nuestro dinero. Cualquier cosa de utilidad es adquirida con esos cupones, obtenidos por nosotros mismos a costa de esfuerzo y dedicación. Las construcciones en general representan un patrimonio común, bajo control de la Gobernación; pero, cada familia espiritual puede conquistar un hogar (nunca más de uno), presentando treinta mil bonus hora, lo que se puede conseguir con algún tiempo de servicio. Nuestra morada fue conquistada por el trabajo perseverante de mi esposo, quien vino a la esfera espiritual mucho antes que yo. Dieciocho años estuvimos separados por los lazos físicos, pero siempre uni-

dos por los hilos espirituales. Ricardo no descansó. Recogido en Nuestro Hogar, después de cierto período de extremadas perturbaciones, comprendió inmediatamente la necesidad del esfuerzo activo, preparándonos un nido para el futuro. Cuando llegué, estrenamos la casa que él organizara con tanto esmero, acentuándose así nuestra ventura. Desde entonces mi esposo me suministró nuevos conocimientos. Mis luchas durante la viudez habían sido intensas. Muy joven todavía con los hijos tiernos, tuve que enfrentar servicios muy rudos. A costa de testimonios difíciles, proporcioné a los retoños de nuestra unión, los valores educacionales de que podía disponer, habituándolos desde muy temprano a los trabajos arduos. Comprendí después que esa existencia laboriosa me había librado de las indecisiones y las angustias del Umbral por haberme colocado a cubierto de muchas y peligrosas tentaciones. El sudor del cuerpo o la justa preocupación, en los campos de la actividad honesta, constituyen valiosos recursos para la elevación y la defensa del alma. Reencontrar a Ricardo, tejer nuevos nidos de afectos, representaba el cielo para mí. Durante años consecutivos vivimos una vida de perenne ventura, trabajando por nuestra evolución, uniéndonos cada vez más y cooperando en el progreso efectivo de los que nos son afines. Con el correr del tiempo, Lisias, Yolanda y Judith, se reunieron con nosotros aumentando nuestra felicidad.

Después de ligero intervalo, durante el cual parecía meditar, mi interlocutora prosiguió en tono grave:

—Pero la esfera del globo nos esperaba. Si el presente estaba lleno de alegría, el pasado llamaba a cuentas, para que el futuro se armonizase con la ley eterna. No podíamos pagar a la Tierra con bonus hora y sí con el sudor honrado, fruto de trabajos. Dada nuestra buena voluntad, se aclaraba nuestra visión, en lo relativo al pretérito doloroso. La ley del ritmo exigía, entonces, nuestra vuelta.

Aquellas afirmaciones me causaban viva impresión. Era la primera vez que mis oídos escuchaban tan profundamente en la colonia, sobre el asunto de las reencarnaciones anteriores.

–Señora Laura –exclamé interrumpiéndola–, permítame por favor una aclaración. Perdóneme la curiosidad. Hasta ahora aún no pude conocer detenidamente lo que se relaciona con mi pasado espiritual. ¿No estoy ya libre de los lazos físicos? ¿No atravesé el río de la muerte? ¿Recordó usted el pasado inmediatamente después de su venida, o tuvo que esperar el concurso del tiempo?

–Lo esperé –replicó sonriente–; ante todo, es indispensable que nos despojemos de las impresiones físicas. Las escamas de inferioridad son muy fuertes. Es preciso disponer de gran equilibrio para que podamos recordar edificando. En general, todos tenemos errores clamorosos en los ciclos de la vida eterna. Quien recuerda un crimen cometido, se suele considerar el más desventurado del Universo, y quien recuerda el crimen de que fue víctima, se considera también como infeliz. Por tanto, sólo el alma muy segura de sí, recibe tales atributos como realización espontánea. Las demás son debidamente controladas en el dominio de las reminiscencias y, si intentan burlar ese dispositivo de la ley, rara vez pueden substraerse al desequilibrio y a la locura.

–¿Pero usted recordó el pasado de modo natural? –pregunté.

–Déjeme explicarle –respondió bondadosamente–; cuando se me aclaró la visión interior, las recordaciones vagas me causaban grandes perturbaciones. Coincidió que mi marido sufría el mismo estado de alma. Resolvimos ambos consultar al Asistente Longobardo. Ese amigo, después de minucioso examen de nuestras impresiones, nos encaminó a los magnetizadores del Ministerio de Esclarecimiento. Recibidos allí con cariño, tuvimos acceso en primer lugar a la Sección de Archivo, donde todos nosotros tenemos anotaciones particulares. Nos aconsejaron los técnicos de aquel Ministerio que leyéramos nuestras propias memorias, durante dos años, sin perjuicio de nuestra tarea del Auxilio

abarcando el período de tres siglos. El jefe del servicio de Recordaciones no me permitió la lectura de fases anteriores, declarándonos incapaces de soportar los recuerdos correspondientes a otras épocas.

–¿Bastó la lectura para que se sintieran en posesión de las reminiscencias? –interrumpí con curiosidad.

–No. La lectura solamente informa. Después de largo período de meditación para el esclarecimiento propio, y como sorpresas indescriptibles, fuimos sometidos a determinadas operaciones psíquicas, con el fin de que penetráramos en los dominios emocionales de los recuerdos. Los Espíritus técnicos en el asunto, nos aplicaron pases en el cerebro despertándonos ciertas energías adormecidas. Ricardo y yo quedamos entonces señores de trescientos años de memoria integral. ¡Comprendemos, pues, cuán grande es nuestra deuda aún para con las organizaciones del planeta!...

–¿Dónde está nuestro hermano Ricardo? ¡Cómo estimaría conocerlo!...–Exclamé bajo fuerte impresión.

La madre de Lisias movió significativamente la cabeza y murmuró:

–En vista de nuestras observaciones referentes al pasado, combinamos nuevo encuentro en las esferas de la Tierra. Tenemos trabajo, mucho trabajo, en el planeta. Por tanto, Ricardo partió hace tres años. En cuanto a mí, lo seguiré dentro de pocos días. Tan sólo estoy esperando la llegada de Teresa para dejarla junto a los nuestros.

Con la mirada vaga, como si la mente estuviera muy lejos, al lado de la hija retenida aún en la Tierra, la señora Laura acentuó:

–La madre de Eloísa no tardará. Su paso a través del Umbral será solamente de unas horas, debido a sus profundos sacrificios, desde la infancia. Por lo mucho que sufrió, no necesitará de los tratamientos de Regeneración. Por tanto, podré traspasarle mis obligaciones en el Auxilio y partir tranquila. El Señor no nos olvidará.

El bonus hora

Notando que la señora Laura se entristeciera súbitamente al recordar al marido, modifiqué el rumbo de la conversación interrogando:

–¿Qué me puede decir del bonus hora? ¿Se trata de algún metal amonedado?

Mi interlocutora perdió el aspecto nostálgico al que se acogiera y replicó atentamente:

–No es propiamente una moneda, sino una ficha de servicio individual que funciona como valor adquisitivo.

–¿Adquisitivo? –pregunté abruptamente.

–Déjeme explicar –respondió la bondadosa señora–; en Nuestro Hogar la producción de vestuario y alimentación elementales pertenece a todos en común. Hay servicios centrales de distribución en la Gobernación y departamentos del mismo trabajo en los Ministerios. El depósito de provisiones fundamental es propiedad colectiva.

Ante mi gesto silencioso de asombro, acentuó:

–Todos cooperan en el engrandecimiento del patrimonio común y viven de él. Pero, los que trabajan adquieren justos derechos. Cada habitante de Nuestro Hogar recibe provisiones de pan y ropa en lo que se refiere a lo estrictamente necesario; pero

los que se esfuerzan en la obtención de bonus hora, consiguen ciertas prerrogativas en la comunidad social. El Espíritu que todavía no trabaja, podrá ser recogido aquí; pero los que cooperan pueden tener casa propia. El ocioso vestirá sin duda, pero el operario esforzado vestirá lo mejor que le parezca. ¿Comprendió? Los inactivos pueden permanecer en los campos de reposo o en los parques de tratamiento favorecidos por la intercesión de amigos; sin embargo, las almas laboriosas conquistan el bonus hora y pueden disfrutar de la compañía de hermanos queridos en los lugares consagrados al entretenimiento, o al contacto de orientadores sabios, en las diversas escuelas de los Ministerios en general. Precisamos conocer el precio de cada nota de mejora y elevación. Cada uno de nosotros, los que trabajamos, debe dar como mínimo, ocho horas de servicio útil en las veinticuatro de que se compone el día. Los trabajos, en su programación son numerosos y la Gobernación permite cuatro horas de esfuerzo extraordinario a los que desean colaborar en el trabajo común con buena voluntad. De este modo hay mucha gente que consigue setenta y dos bonus hora por semana, sin hablar de los servicios de mayor sacrificio, cuya remuneración es duplicada y, a veces, triplicada.

–Pero, ¿es ese el único título de remuneración? –pregunté.

–Sí, es el patrón de pago a todos los colaboradores de la colonia, no sólo en la administración sino también en la obediencia.

Recordando las organizaciones terrestres indagué con espanto:

–¿Cómo conciliar semejante patrón con la naturaleza del servicio? ¿El administrador ganará ocho bonus hora en la actividad normal del día y el operario de transporte recibirá la misma cosa? ¿No es el trabajo del primero más elevado que el del segundo?

La señora sonrió ante la pregunta y explicó:

–Todo es relativo. Si en la orientación o en la subalternidad el trabajo es de sacrificio personal, la expresión remunerativa es justamente multiplicada. Pero, examinando más detenidamente su pregunta, necesitamos, antes que nada, olvidar determinados prejuicios de la Tierra. La naturaleza del servicio es un problema de los más importantes; aún así, en la propia esfera de la superficie terrestre es donde el asunto presenta una solución más difícil. La mayoría de los hombres encarnados, está simplemente ensayando el espíritu de servicio y aprendiendo a trabajar en los diversos sectores de la vida humana. Por esto mismo, es imprescindible fijar las remuneraciones terrestres con mayor atención. Toda ganancia externa, en el mundo, es un lucro transitorio. Vemos trabajadores obcecados por la cuestión de ganar, transmitiendo fortunas importantes a la inconsciencia y a la disipación; otros amontonan expresivas cuentas bancarias que le sirven de martirio personal y de ruina a la familia. Por otro lado, es indispensable el considerar que el setenta por ciento de los administradores terrenos no pesan los deberes morales que les competen, y que el mismo porcentaje puede adjudicarse a los que permanecen en la subordinación. Viven, casi todos, confesando ausencia de impulso vocacional, pero, recibiendo el provecho común a los cargos que ocupan. Gobiernos y empresas pagan a médicos que se entregan a la explotación de otros intereses, así como a operarios que matan el tiempo. ¿Dónde está la naturaleza del servicio? Hay técnicos de la industria económica que nunca apreciaron integralmente la obligación que les asiste, y se valen de leyes magnánimas, como moscas venenosas en el pan sagrado, exigiendo abonos, facilidades y jubilaciones. Créame que todos pagarán muy caro la displicencia. Parece aún distante el tiempo en que las instituciones sociales puedan determinar la calidad del servicio de los hombres, porque para el plano espiritual superior, no se especificará tenor de trabajo, sin la consideración de los valores morales empleados.

Estas palabras despertaban en mí concepciones nuevas. Percibiendo mi sed de instrucción la interlocutora continuó:

–La verdadera ganancia del ser es de naturaleza espiritual y el bonus hora, en nuestra organización, se modifica en su valor substancial, según la naturaleza de nuestros servicios. En el Ministerio de Regeneración, tenemos el Bonus Hora Regeneración; en el Ministerio de Esclarecimiento, el Bonus Hora Esclarecimiento, y así respectivamente. Si, examinando el provecho espiritual, es razonable que la documentación de trabajo revele la esencia del servicio. Las adquisiciones fundamentales están constituidas de experiencia, educación, enriquecimiento de bendiciones divinas y extensión de posibilidades. En ese prisma, los factores asiduidad y dedicación representan aquí, casi la totalidad. En general, en nuestra ciudad de transición, la mayoría se prepara con vistas a la necesidad de regreso a los círculos carnales. Examinando ese principio, es natural que el hombre que empleó cinco mil horas en servicios regeneradores, haya efectuado un esfuerzo sublime, en beneficio de sí mismo; el que empleó seis mil horas de actividad en el Ministerio de Esclarecimiento, se sentirá más sabio. Podremos gastar los “bonus hora” conquistados; entretanto, es más valioso aún el registro individual del cómputo del tiempo de servicio útil, que nos confiere derecho a preciosos títulos.

Semejantes instrucciones me interesaban profundamente.

–¿Podremos gastar nuestros bonus hora a favor de los amigos? –indagué curioso.

–Perfectamente –dijo ella–; podremos repartir las bendiciones de nuestro esfuerzo con quienes deseemos. Ello constituye un derecho inalienable del trabajador fiel. Se cuentan por millares las personas favorecidas en Nuestro Hogar por el empleo de la amistad y del estímulo fraternal.

A esta altura la madre de Lisias sonrió y observó:

–Cuanto mayor sea el cómputo de nuestro tiempo, mayores intercesiones podemos hacer. Comprendemos aquí que nada existe sin precio y que para recibir, es indispensable dar alguna cosa. Por ello, pedir es un hecho muy significativo en la existencia de cada uno. Solamente podrán rogar providencias y disponer obsequios, los portadores de títulos adecuados. ¿Comprendió?

–¿Y el problema de la herencia? –inquirí de repente.

–Aquí no tenemos mayores complicaciones –respondió la señora Laura sonriendo–. Veamos por ejemplo, mi caso. Se aproxima el día de mi regreso a los planos de la Tierra. Tengo conmigo tres mil Bonus Hora Auxilio, en mi cuadro de economía personal. No puedo legarlos a mi hija que está por llegar porque esos valores serán revertidos al patrimonio común, permaneciendo mi familia, solamente con derecho a la herencia del hogar; en tanto, mi ficha de servicio me autoriza a interceder por ella y prepararle aquí trabajo y concurso amigo, asegurándome igualmente el valioso auxilio de las organizaciones de nuestra colonia espiritual, durante mi permanencia en los círculos carnales. Al considerar ese cómputo, dejo de referirme al lucro maravilloso que adquirí en el capítulo de la experiencia, durante los años de cooperación en el Ministerio de Auxilio. Vuelvo a la Tierra investida de valores más altos y demostrando cualidades más nobles de preparación al éxito deseado.

Iba a prorrumpir en exclamaciones de admiración referentes al simple proceso de ganar, aprovechar, cooperar y servir confrontando aquellas soluciones con los principios imperantes en el planeta, pero un dulce murmullo se aproximó a la casa. Antes de que pudiese emitir observación alguna, la señora Laura dijo satisfecha:

–Nuestros amigos están de vuelta.

Y se levantó para atenderlos.

Saber oír

Intimamente lamenté la interrupción de la conversación. Las aclaratorias de la señora Laura fortalecían mi corazón.

Lisias entró en la casa visiblemente satisfecho.

–¡Hola! ¿Aún no se recogió? –preguntó sonriente.

Y, mientras los jóvenes se despedían, me invitaba solícito:

–Venga al jardín, pues todavía no vio la luna desde estos sitios.

La dueña de la casa entraba en conversación con las hijas, mientras yo acompañaba a Lisias a los canteros en flor.

¡El espectáculo era soberbio! Habitado a la reclusión hospitalaria, entre grandes árboles, todavía no conocía el cuadro maravilloso que la noche clara presentaba, allí en los vastos cuarterones del Ministerio de Auxilio. Glicinas de prodigiosa belleza adornaban el paisaje. Lirios de nieve matizados de ligero azul en el fondo del cáliz, parecían tazas de exquisito aroma. Respiré profundamente sintiendo que ondas de energía nueva penetraban mi ser. A lo lejos las torres de la Gobernación mostraban bellos efectos de luz. Deslumbrado no conseguía emitir mis impresiones. Esforzándome para exteriorizar la

admiración que invadía mi alma, hablé conmovido:

–¡Nunca sentí tan grande paz! ¡Qué noche!

El compañero sonrió y dijo:

–Hay compromiso entre todos los habitantes equilibrados de la colonia para no emitir pensamientos contrarios al bien. Desde luego el esfuerzo de la mayoría se transforma en una oración casi perenne. De ahí nacen las vibraciones de paz que observamos.

Después de extasiarme en la contemplación de aquel cuadro prodigioso, como si estuviese bebiendo la luz y la calma de aquella noche, regresamos al interior, donde Lisias se aproximó a un pequeño aparato situado en la sala, parecido a nuestros receptores radiofónicos. Se agudizó mi curiosidad. ¿Qué iríamos a oír? ¿Mensajes de la Tierra? Viniendo al encuentro de mis íntimas interrogaciones, el amigo esclareció:

–No oiremos voces del planeta. Nuestras transmisiones se basan en fuerzas vibratorias más sutiles que las de la esfera terrestre.

–Pero, ¿no hay recursos para recibir las emisiones terrestres? –pregunté.

–Sin duda que tenemos elementos para hacerlo en todos los Ministerios; pero en el ambiente doméstico el problema de nuestra actualidad es esencial. La programación de servicio necesario, las notas de la Espiritualidad Superior y las enseñanzas elevadas, viven ahora, para nosotros, muy por encima de cualquier interés terrestre.

La observación era justa; pero habituado al apego doméstico, inquirí de pronto:

–¿Será tanto así? ¿Y los parientes que quedaron a distancia: nuestros padres, nuestros hijos?

–Ya esperaba esa pregunta. En los círculos terrestres somos conducidos muchas veces a viciar las situaciones. La hipertrofia del sentimiento es un mal común de casi todos nosotros. Somos, por allá, viejos prisioneros de condiciones exclusivistas. En familia nos aislamos con frecuencia en el crisol de la sangre y olvidamos el resto de las obligaciones. Vivimos distraídos de los verdaderos principios de fraternidad. Los recomendamos a todo el mundo, pero en general llegado el momento de la prueba, tan sólo somos solidarios con nosotros mismos. Aquí, amigo mío, la medalla de la vida presenta la otra cara. Es necesario curar nuestras viejas enfermedades y sanar injusticias. Al inicio de la colonia, por lo que sabemos, todas las moradas se ligaban con los núcleos de evolución terrestre. Nadie soportaba la ausencia de noticias de la parentela común. Desde el Ministerio de Regeneración hasta el de Elevación, se vivía en constante guerra nerviosa. Rumores alarmantes perturbaban las actividades en general. Pero, precisamente hace dos siglos, uno de los generosos Ministros de Unión Divina, compelió a la Gobernación a mejorar la situación. El ex Gobernador, era tal vez demasiado tolerante. La bondad desviada provoca indisciplinas y caídas. Y, de cuando en cuando, las noticias de los parientes queridos de la Tierra ponían a muchas familias en polvorosa. Los desastres colectivos en el mundo, cuando interesaban a algunas entidades de Nuestro Hogar constituían aquí verdaderas calamidades públicas. Según nuestro archivo, la ciudad venía a ser más bien un departamento del Umbral y no una zona propia para la rectificación y la instrucción. Amparado por la Unión Divina, el Gobernador prohibió el intercambio generalizado. Hubo lucha. Pero el generoso Ministro que incrementó la medida se valió de la enseñanza de Jesús que manda a que los muertos entierren a sus muertos, y la innovación se tornó victoriosa en poco tiempo.

–No obstante –objeté– sería interesante recoger noticias de nuestros amados en tránsito en la Tierra. ¿No daría eso más tranquilidad al alma?

Lisias, que permanecía junto al receptor sin conectarlo, como si estuviera interesado en suministrarme informaciones más amplias, agregó:

–Observe por sí mismo para ver si valdría la pena. ¿Está preparado por ejemplo, para mantener la necesaria serenidad esperando con fe y actuando con los preceptos divinos, sabiendo que un hijo de su corazón está calumniado o calumniando? Si alguien le informase, ahora, que uno de sus hermanos consanguíneos fue encarcelado como criminal, ¿tendría bastante fortaleza para conservarse tranquilo?

Sonreí, decepcionado.

–No debemos obtener noticias de los planos inferiores –prosiguió solícito–, sino para llevar auxilios justos. Convengamos en que ninguna criatura podrá auxiliar con justicia experimentando desequilibrios del sentimiento y de la razón. Por eso es indispensable la preparación conveniente, antes de tener nuevos contactos con parientes terrestres. Si ellos ofreciesen campo adecuado al amor espiritual, el intercambio sería deseable; pero la abrumadora mayoría de los encarnados no alcanzó aún, ni siquiera el dominio propio y vive a las tontas y a las locas, en los altos y bajos de las fluctuaciones de orden material. Necesitamos, pese a las dificultades sentimentales, evitar la caída en los círculos vibratorios inferiores.

Con todo, evidenciando mi caprichosa temeridad, indagué:

–Pero Lisias, usted que tiene un amigo encarnado, como su padre, ¿no le agradecería comunicarse con él?

–Sin duda –respondió bondadosamente–, cuando merecemos esa alegría, lo visitamos en su nueva forma, verificándose

lo mismo, cuando se trata de cualquier expresión de intercambio entre él y nosotros. Empero, no debemos olvidar, que somos criaturas falibles. Necesitamos, pues, recurrir a los órganos competentes para que determinen la oportunidad o el mérito exigibles. Para ese fin tenemos el Ministerio de Comunicaciones. Conviene notar que, de la esfera superior, es posible descender a la inferior con más facilidad. Existen, con todo, ciertas leyes que mandan a comprender debidamente a los que se encuentran en las zonas más bajas. Es tan importante saber hablar como saber oír. Nuestro Hogar vivía en perturbaciones porque, no sabiendo oír, no podía auxiliar con éxito y la colonia se transformaba con frecuencia en un campo de confusión.

Me callé vencido por el poderoso argumento. Y mientras permanecía en silencio, el enfermero amigo abrió el control de recepción del aparato que se hallaba a nuestra vista.

Impresionante llamada

Conectado el receptor, suave melodía se dejó oír en el ambiente envolviéndonos en armoniosa sonoridad, viéndose en la pantalla de televisión la figura del locutor, en el gabinete de trabajo. Después de algunos instantes comenzó a hablar:

–Emisora del Puesto Dos, de Moradia. Continuamos irradiando la llamada de la colonia en beneficio de la paz en la Tierra. Convocamos a los colaboradores de buen ánimo, para congregarse en el servicio de preservación del equilibrio moral en las esferas del globo. Ayúdenos todos los que puedan ceder unas horas de cooperación en las zonas de trabajo, que unen las fuerzas oscuras del Umbral a la mente humana. Negras falanges de la ignorancia, después de esparcir las antorchas incendiarias de la guerra en Asia, cercan a las naciones europeas, impulsándolas a nuevos crímenes. Nuestro núcleo, unido a los demás que se consagran al trabajo de higiene mental espiritual, en los círculos más próximos a la superficie terrestre, denuncia esos movimientos de los poderes concentrados del mal, pidiendo el concurso fraterno y el auxilio posible. ¡Recordad que la paz necesita de trabajadores en la defensa! ¡Colaborad con nosotros en la medida de vuestras fuerzas!... ¡Hay servicio para todos, desde los campos de la Tierra hasta nuestras puertas!... Que el Señor nos bendiga.

La voz se interrumpió volviendo a oírse divina música. Aquella inflexión del extraño convite estremeció mis fibras más íntimas. Lisias vino en mi auxilio explicándome:

–Estamos oyendo “Moradia”, vieja colonia de servicios muy ligados a las zonas inferiores. Como sabe, estamos en agosto de 1939. Sus últimos sufrimientos personales, no le dieron tiempo para ponderar en la angustiada situación del mundo, pero puedo asegurarle que las naciones del planeta se encuentran en la inminencia de tremendas batallas.

–¿Qué dice? –indagué aterrado–. ¿No bastó la sangre vertida en la última gran guerra?

Lisias sonrió fijando en mí sus brillantes y profundos ojos, como para significar, en silencio la gravedad de la hora humana. Por primera vez el enfermero amigo no me respondió. Su mutismo me constreñía. Sobre todo me asombraba la inmensidad de los servicios espirituales, en los planos de la nueva vida a la que me había acogido. ¿Había, pues, ciudades de Espíritus generosos suplicando socorro y cooperación? La voz del locutor asumía la entonación de un verdadero S.O.S. Había visto su fisonomía abatida en la pantalla de televisión. Demostraba ansiedad profunda en sus inquietos ojos ¿Qué decir del lenguaje? Había oído su correcto y claro lenguaje en idioma portugués. Juzgaba que todas las colonias espirituales se intercomunicaban por las vibraciones del pensamiento. ¿También había allí gran dificultad en el intercambio? Identificándome las perplejidades, Lisias aclaró:

–Estamos todavía muy lejos de las regiones ideales de la mente pura. Tal como sucede en la misma Tierra, los que lograron perfecta afinidad entre sí, pueden permutar sus pensamientos sin las barreras idiomáticas; pero, de modo general, no podemos prescindir todavía de la forma en el amplio

sentido de la expresión. Nuestro campo de luchas es inconmensurable. La Humanidad terrestre, constituida por millones de seres, se une a la Humanidad invisible del planeta, que integra a muchos miles de millones de criaturas. No es, por tanto, posible alcanzar las zonas perfeccionadas de lo alto, después de la muerte del cuerpo físico. Los patrimonios nacionales y lingüísticos subsisten aún aquí condicionados a las fronteras psíquicas. En los más diversos sectores de nuestra actividad espiritual, existe elevado número de Espíritus liberados de todas las limitaciones; pero es necesario considerar que la regla general consiste en sufrir esas restricciones. Nada podrá vulnerar el principio de secuencia imperante en las leyes evolutivas.

En ese ínterin se interrumpió la música volviendo a oírse el locutor:

–Emisora del Puesto Dos, de Moradia. Continuamos irradiando la llamada de la colonia en beneficio de la paz en la Tierra. Nubes pesadas se amontonan a lo largo de los cielos de Europa. Fuerzas tenebrosas del Umbral penetran en todas direcciones, respondiendo a las llamadas mezquinas de los hombres. Hay muchos benefactores devotos, luchando con sacrificios a favor de la concordia internacional en los gabinetes políticos. Algunos gobiernos se encuentran excesivamente centralizados, ofreciendo escasas posibilidades a la colaboración de naturaleza espiritual. Sin órganos de ponderación y sin consejos desapasionados, esos países se dirigen a una guerra de grandes proporciones. ¡Oh, hermanos muy amados de los núcleos superiores! ¡Auxiliemos la preservación de la tranquilidad humana!... ¡Defendamos los siglos de experiencia de numerosas patrias-madres de la Civilización Occidental!... Que el Señor nos bendiga.

Se calló el locutor y volvieron las dulces melodías.

El enfermero permaneció en un silencio que no osé interrumpir. Después de cinco minutos de reposada armonía, de nuevo la misma voz se hizo oír:

–Emisora del Puesto Dos, de Moradía. Continuamos irradiando la llamada de la colonia en beneficio de la paz en la Tierra. ¡Compañeros y hermanos, invoquemos el amparo de las poderosas Fraternidades de la Luz que presiden los destinos de América! ¡Cooperad con nosotros en la salvación de milenarios patrimonios de la evolución terrestre! ¡Marchemos en socorro de colectividades indefensas; amparemos los corazones maternos sofocados por la angustia! Nuestras energías están empeñadas en vigoroso duelo con las legiones de la ignorancia. ¡En todo cuanto estuviere a vuestro alcance, venid en nuestro auxilio! Somos la parte invisible de la Humanidad terrestre, y muchos de nosotros volveremos a los fluidos carnales para rescatar antiguos errores. La Humanidad encarnada es igualmente nuestra familia. Unámonos en una sola vibración. Contra el asedio de las sombras, encendamos la luz; contra la guerra del mal, movilizemos la resistencia del bien. Ríos de sangre y lágrimas amenazan los campos de las comunidades europeas. Proclamemos la necesidad del trabajo constructivo, dilatemos nuestra fe... Que el Señor nos bendiga.

A estas alturas, Lisias desconectó el aparato y lo vi enjugar una lágrima discreta que sus ojos no consiguieron contener. En un gesto expresivo habló conmovido:

–¡Son grandes abnegados los hermanos de “Moradía”! Pero, todo será inútil –acentuó con tristeza después de una ligera pausa–; la Humanidad terrestre pagará, en los próximos días, terribles tributos de sufrimiento.

–¿No existe recurso alguno para conjurar la tremenda ca-

tástrofe? –pregunté sensibilizado.

–Desgraciadamente –agregó Lisias en tono grave y doloroso– la situación general es muy crítica. Para atender a las solicitudes de “Moradia” y de otros núcleos que funcionan en las cercanías del Umbral, reunimos aquí numerosas asambleas, pero el Ministerio de Unión Divina aclaró que la Humanidad carnal, como personalidad colectiva, está en condiciones del hombre insaciable que devoró exceso de substancias en el banquete común. La crisis orgánica es inevitable. Varias naciones se nutrieron de criminal orgullo, de vanidad y de egoísmo feroz. Experimentan, ahora, la necesidad de arrojar los venenos letales.

Demostrando el propósito de no continuar tratando de tan amargo asunto, Lisias me invitó a recogerme.

Generoso consejo

En el día inmediato, muy temprano, hice una ligera refección en compañía de Lisias y sus familiares.

Antes que los hijos se despidiesen rumbo al trabajo de Auxilio, la señora Laura alentó mi espíritu indeciso diciendo con el mejor buen humor:

–Ya le encontré compañía para hoy. Nuestro amigo Rafael, funcionario de Regeneración, pasará por aquí a solicitud mía. Podrá aceptarle la compañía en dirección al nuevo Ministerio. Rafael es un antiguo amigo de nuestra familia y lo presentará, en mi nombre, al Ministro Genesisio.

No podría explicar la alegría que dominó mi alma. Estaba radiante. Agradecí, conmovido, sin encontrar palabras que definiesen mi júbilo. Lisias, a su vez, demostró gran alegría. Me abrazó efusivamente antes de salir, sensibilizando mi corazón. Al besar al hijo la señora Laura le recomendó:

–Tú, Lisias, avisa al Ministro Clarencio que compareceré en mi trabajo una vez que haya entregado nuestro amigo a los cuidados de Rafael.

Conmovidísimo, no conseguía agradecer tamaña dedicación.

Quedando a solas, la consagrada progenitora de mi amigo me dirigió la palabra cariñosa:

–Hermano mío, permita que le dé algunas indicaciones sobre sus nuevos caminos. Creo que la colaboración maternal siempre vale alguna cosa y, ya que su madrecita no reside en Nuestro Hogar, reivindico la satisfacción de orientarlo en este momento.

–Agradecidísimo –respondí sensibilizado–; nunca sabré traducir mi reconocimiento a su atención.

La bondadosa señora sonrió agregando:

–Estoy informada de que pidió trabajo hace algún tiempo. . .

–Sí, sí. . .–aclaré recordando las elucidaciones de Clarencio.

–Sé, igualmente, que no lo obtuvo de momento, recibiendo más tarde, la necesaria autorización para visitar los Ministerios que nos unen más fuertemente a la Tierra.

Esbozando significativa expresión fisonómica, la bondadosa señora agregó:

–Es precisamente en este sentido que le ofrezco mis humildes sugerencias. Le hablo con el derecho de mayor experiencia. Reteniendo ahora esa autorización, abandone, en cuanto le sea posible, los propósitos de simple curiosidad. No desee personificar a la mariposa, yendo de lámpara en lámpara. Sé que su espíritu de pesquisa intelectual es muy fuerte. Médico estudioso, apasionado por las novedades y los enigmas, le será muy fácil moverse en la nueva posición. No olvide que podrá obtener valores más preciosos y más dignos que el del simple análisis de las cosas. La curiosidad, aunque sea sana, puede ser una actividad mental muy interesante, pero, a veces, peligrosa. Dentro de ella el Espíritu que no se deslumbra, y que es leal, consigue moverse entre actividades nobles; sin embargo, los indecisos y los inexpertos pueden llegar a conocer amargos dolores sin provecho para nadie. Clarencio le ofreció ingreso en los Ministerios, comenzando por el de Regeneración. Pues bien, no se limite a observar. En vez de dar cabida a la curiosidad, medite en el trabajo y láncese a él en la primera oportunidad que se le

ofrezca. Si se le presentan oportunidades en las tareas de Regeneración, no se preocupe por alcanzar posiciones de servicio en los demás Ministerios. Aprenda a construir su círculo de simpatías y no olvide que el espíritu de investigación debe manifestarse después del espíritu de servicio. Investigar actividades ajenas, sin pruebas para el bien, puede ser un criminal atrevimiento. Muchos fracasos en las actividades del mundo se originan en semejante anomalía. Todos quieren observar, pero son raros los que quieren realizar. Solamente el trabajo digno confiere al Espíritu el merecimiento necesario para otorgar nuevos derechos. El Ministerio de Regeneración está lleno de luchas pesadas, siendo allí donde se localiza la región más baja de nuestra colonia espiritual. De allí salen todos los grupos destinados a los servicios más arduos. No se considere, por ello, humillado por atender a las tareas humildes. Recuerde que en todas nuestras esferas, desde el planeta hasta los núcleos más elevados de las zonas superiores, refiriéndonos a la Tierra, el Mayor Trabajador es el propio Cristo, y que ÉL no desdenó el pesado serrucho de una carpintería. El Ministro Clarencio lo autorizó, gentilmente, para que conozca, visite y analice; pero puede, como servidor de buen sentido, convertir la observación en tarea útil. Es posible que alguien reciba una justa negativa de los que administran, cuando pida determinado género de actividad reservado, con justicia, a los que han luchado mucho y sufrido en el capítulo de la especialización; pero nadie rehusará aceptar el concurso del espíritu de buena voluntad que ama el trabajo por el placer de servir.

Mis ojos estaban húmedos. Aquellas palabras pronunciadas con dulzura maternal caían en mi corazón como un bálsamo precioso. Pocas veces sentí en mi vida tanto interés fraternal por mi suerte. Semejante consejo iba derecho al fondo de mi alma, y como si desease atemperar con amor aquellos conceptos de tan elevado criterio, la señora Laura agregó con inflexión cariñosa:

—La ciencia de volver a empezar es de las más nobles que nuestro

Espíritu puede aprender. Son muy raros los que en la esfera terrestre la comprenden. Tenemos muy pocos ejemplos humanos en ese sentido. Recordemos el de Pablo de Tarso, Doctor del Sanedrín, esperanza de una raza por la cultura y por la juventud, blanco de general atención en Jerusalén, que fue un día al desierto para recomenzar la experiencia humana como tejedor rústico y pobre.

No pude más. Le tomé las manos como un hijo agradecido y las cubrí con el llanto jubiloso que me inundaba el corazón.

La madre de Lisias, con los ojos fijos ahora en el horizonte, murmuró:

–Muy agradecida, hermano mío. Creo que usted no vino a esta casa obedeciendo al mecanismo de la casualidad. Estamos todos entrelazados en la tela de la amistad secular. Dentro de poco tiempo, volveré al círculo de la carne; pero, continuaremos siempre unidos por el corazón. Espero verlo animado y feliz antes de mi partida. Haga suya esta casa. Trabaje y anímese confiando en Dios.

Levanté los ojos llenos de lágrimas, miré su expresión cariñosa, experimenté la felicidad que nace de los afectos puros y tuve la impresión de conocer a mi interlocutora, desde muy viejos tiempos, aunque intentase, inútilmente, identificar su cariño a las más distantes reminiscencias. Quise besarla muchas veces con el enternecimiento filial del corazón, pero en ese instante alguien tocó a la puerta.

Me miró la señora Laura mostrando indefinible ternura maternal y dijo:

–Es Rafael que viene a buscarlo. Vaya, amigo mío, pensando en Jesús. Trabaje para el bien de los demás, para que pueda encontrar su propio bien.

Nuevas perspectivas

Ponderando las sugerencias cariñosas y sabias de la madre de Lisias, acompañé a Rafael convencido de que iría no para visitas de observaciones sino para aprendizaje y servicio útil.

Anotaba sorprendido los magníficos aspectos de la nueva región, rumbo al local donde me aguardaba el Ministro Genesio; seguía a Rafael en silencio, extraño ahora al placer de las numerosas indagaciones. En compensación, experimentaba un nuevo género de actividad mental. Me daba por enterado a la oración, pidiendo a Jesús que me auxiliase en los nuevos caminos con el fin de que no me faltase el trabajo y las fuerzas para realizarlo. En el pasado era renuente a las manifestaciones de la oración, ahora la utilizaba como valioso punto de referencia sentimental a los propósitos de servicio.

El propio Rafael de cuando en cuando me lanzaba una mirada curiosa, como si no debiera esperar de mí una actitud semejante.

El aerobús nos dejó al frente de un espacioso edificio.

Descendimos en silencio.

A los pocos minutos me hallaba ante el respetable Genesio, un viejecito simpático, cuyo semblante revelaba singular energía.

Rafael me presentó fraternalmente.

–¡Ah, sí! –dijo el generoso Ministro–, ¿es nuestro hermano André?

–Para servirlo –respondí.

–Tengo un aviso de Laura con respecto a su visita.

En ese ínterin, el compañero se aproximó respetuosamente y se despidió, abrazándome enseguida. Era esperado con urgencia en el sector de tareas a su cargo.

Fijando en mí sus lúcidos ojos, Genesio comenzó a decir:

–Clarencio me habló de usted con interés. Casi siempre recibimos personal del Ministerio de Auxilio, en visitas de observación, que en su mayor parte redundan en pasantías de servicio.

Comprendí la sutil alusión y contesté:

–Este es mi mayor deseo. He suplicado a las Fuerzas Divinas que ayuden a mi Espíritu frágil, permitiendo que mi permanencia en este Ministerio sea convertida en estación de aprendizaje.

Genesio parecía conmovido con mis palabras y, valiéndome de las inspiraciones que me inclinaban a la humildad, rogué con ojos húmedos:

–Señor Ministro, comprendo ahora que mi paso por el Ministerio de Auxilio se verificó por efecto de la gracia misericordiosa del Altísimo, tal vez debido a la constante intercesión de mi consagrada y santa madre. Pero noto que sólo vengo recibiendo beneficios, sin producir nada útil. En verdad, mi lugar es aquí, en las actividades regeneradoras. Si es posible haga, en obsequio mío, que la concesión de visitar sea transformada en posibilidad de servir. Comprendo hoy más que nunca, la necesidad de regenerar mis propios valores. ¡Perdí mucho tiempo

en la vanidad inútil, hice enormes gastos de energía en la ridícula adoración de mí mismo!...

Satisfecho, notaba él, en el fondo de mi corazón, la sinceridad viva. Cuando yo recurriera al Ministro Clarencio, no estaba aún bastante consciente de lo que pedía. Quería servicio pero tal vez no desease servir. No comprendía el valor del tiempo ni atisbaba las bendiciones santificadoras de la oportunidad. En el fondo, lo que deseaba era continuar siendo lo que había sido hasta ahora: el médico orgulloso y respetado, ciego en las pretensiones descabelladas del egoísmo en que vivía, encarcelado en las propias opiniones. En tanto, ahora, ante lo que viera y oyera, comprendiendo la responsabilidad de cada hijo de Dios en la obra infinita de la Creación, ponía en los labios cuánto poseía de mejor. Era sincero, en fin. No me preocupaba el género de tarea; procuraba el contenido sublime del espíritu de servicio.

El anciano me miró sorprendido y preguntó:

–¿Es usted el ex médico?

–Sí –murmuré humilde.

Genesio calló por un momento como buscando solución al caso, diciendo entonces:

–Alabo sus propósitos y pido igualmente al Señor que lo conserve en esa digna posición.

Como preocupado en levantar mi ánimo y encender en mi Espíritu nuevas esperanzas, agregé:

–Cuando el discípulo está preparado, el Padre envía al Instructor. Eso mismo sucede con el trabajo. Cuando el servidor está preparado el servicio aparece. Mi amigo ha recibido enormes recursos de la Providencia. Está bien dispuesto para la

colaboración, comprende la responsabilidad y acepta el deber. Tal actitud es sumamente favorable para la realización de sus deseos. En los círculos carnales, acostumbramos a felicitar a un hombre cuando alcanza prosperidad financiera o excelente relevancia externa, pero aquí la situación es diferente. Se estima la comprensión, el esfuerzo propio y la humildad sincera.

Identificando mi ansiedad concluyó:

–Es posible obtener ocupaciones justas. Por ahora es preferible que visite, observe y examine.

Y luego, dirigiéndose al próximo gabinete, habló en voz alta:

–Solicito la presencia de Tobías, antes que se dirija a las Cámaras de Rectificación.

No pasaron muchos minutos cuando se asomó a la puerta un señor de maneras desenvueltas.

–Tobías –explicó Genesio, atento–, aquí tiene un amigo que viene del Ministerio de Auxilio en tarea de observación. Creo de mucho provecho para él, el contacto con las actividades de las Cámaras de Rectificación.

Extendí la mano mientras el desconocido me correspondía afirmando gentil:

–A sus órdenes.

–Condúzcalo –prosiguió el Ministro, evidenciando gran bondad–. André necesita integrarse en un conocimiento más íntimo de nuestras tareas. Facúltele toda oportunidad de que pueda disponer.

Tobías, revelando la mayor buena voluntad, contestó:

–Estoy en camino si desea acompañarme...

–Perfectamente –respondí satisfecho.

El Ministro Genesisio me abrazó conmovido con palabras de animación.

Seguí a Tobías resueltamente.

Atravesamos extensas construcciones, donde los numerosos edificios parecían colmenas de servicio intenso. Percibiendo mi silenciosa indagación, el nuevo amigo esclareció:

–Tenemos aquí las grandes fábricas de Nuestro Hogar. La preparación de jugos, de tejidos y de artefactos en general, da trabajo a más de cien mil criaturas, que se regeneran y se iluminan al mismo tiempo.

En pocos minutos, penetramos en un edificio de aspecto noble. Numerosos servidores iban y venían. Después de recorrer extensos pasillos, nos encontramos con una vastísima escalera que comunicaba con los pavimentos inferiores.

–Descendamos –dijo Tobías en tono grave.

Notando mi extrañeza me explicó solícito:

–Las Cámaras de Rectificación están situadas en las vecindades del Umbral. Los necesitados que ahí se reúnen no toleran las luces, ni la atmósfera de arriba durante los primeros tiempos de su permanencia en Nuestro Hogar.

Por fin, el trabajo

Nunca hubiera podido imaginar el cuadro que ahora aparecía ante mis ojos. No era ni el hospital de sangre ni el instituto de tratamiento normal para la salud orgánica. Se trataba de una serie de vastas cámaras unidas entre sí y repletas de verdaderos despojos humanos.

Singular vocerío llenaba el aire. Gemidos, sollozos, frases dolorosas pronunciadas al azar... Rostros cadavéricos, manos esqueléticas, facies monstruosas que dejaban translucir terrible miseria espiritual.

Tan angustiosas fueron mis primeras impresiones que tuve que recurrir a la oración para no flaquear.

Tobías, imperturbable, llamó a una vieja servidora que acudió atentamente:

–Veo pocos auxiliares –dijo admirado–, ¿Qué sucedió?

–El Ministro Flacus –aclaró la viejecita en tono respetuoso– determinó que la mayoría acompañase a los Samaritanos (1) para los servicios de hoy, en las regiones del Umbral.

–Hay que multiplicar las energías –volvió a decir con serenidad–, no tenemos tiempo que perder.

–¡Hermano Tobías!... ¡Hermano Tobías!... ¡Por caridad!, –gritó un anciano, gesticulando, agarrado al lecho, a la manera de un

(1) Organización de Espíritus benefactores en Nuestro Hogar. (Nota del Autor Espiritual)

loco-. ¡Estoy sofocado! Esto es mil veces peor que la muerte en la Tierra. . . ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Quiero salir, salir!. . . ¡Quiero aire, mucho aire!

Tobías se aproximó, lo examinó con atención y preguntó:

–¿Por qué Ribeiro habrá empeorado tanto?

–Experimentó una crisis de grandes proporciones –explicó la servidora–, y el Asistente Gonçalves esclareció que la carga de pensamientos sombríos, emitidos por los parientes encarnados, era la causa fundamental de que se hubiera agravado en su perturbación. Hallándose aún muy débil y sin haber acumulado fuerza mental suficiente para desprenderse de los lazos fuertes del mundo, el pobre no ha podido resistir como sería de desear.

Mientras el generoso Tobías le acariciaba la frente, la servidora prosiguió aclarando:

–Hoy, muy temprano, él se ausentó sin consentimiento nuestro corriendo de modo excesivo. Gritaba que exigían su presencia en el hogar, que no podía olvidar a la esposa y a los hijos llorosos; que era cruel retenerlo aquí, distante de su hogar. Lorenzo y Hermes se esforzaron por hacerlo volver al lecho pero fue imposible. Resolví entonces aplicarle algunos pases de postración. Le substraje las fuerzas y el movimiento para su propio beneficio.

–Hizo muy bien –acentuó Tobías pensativo–, voy a pedir medidas contra la actitud de la familia. Es necesario que reciba mayor cantidad de preocupaciones para que nos deje a Ribeiro en paz.

Miré al enfermo procurando descubrir su íntima expresión, verificando la legítima manifestación de un demente. Él había llamado a Tobías como la criatura que conoce al bienhechor, pero acusaba profundo desconocimiento de cuanto se decía a su respecto.

Observando mi admiración el nuevo orientador me explicó:

–El pobrecito permanece en la fase de las pesadillas, en la cual el alma ve y oye poco más que sus propias aflicciones. El hombre, mi querido amigo, encuentra en la vida real lo que amontonó para sí mismo. Nuestro Ribeiro se dejó entusiasmar por numerosas ilusiones.

Quise indagar sobre el origen de sus padecimientos; conocer la procedencia y la historia de su situación, pero recordé acertadas recomendaciones de la madre de Lisias, relativas a la curiosidad, y callé. Tobías dirigió al enfermo generosas palabras de optimismo y de esperanza. Le prometió que iría en busca de recursos y mejoras, pidiéndole que se mantuviera en calma para beneficio propio y que no se aborreciese por estar sujeto a la cama. Ribeiro, muy trémulo, con el rostro como la cera, esbozó una sonrisa muy triste y agradeció con lágrimas.

Seguimos a través de numerosas filas de camas bien cuidadas, sintiendo la desagradable exhalación del ambiente, oriunda, como vine a saber más tarde, de las emanaciones mentales de los que allí se congregaban, con las dolorosas impresiones de la muerte física y, muchas veces, bajo el imperio de bajos pensamientos.

–Se reservan estas cámaras –me explicó el compañero bondadosamente– sólo para entidades de naturaleza masculina.

–¡Tobías! ¡Tobías!... ¡Estoy muriéndome de hambre y de sed!
–gritaba un internado.

–¡Socorro, hermano!...–Gritaba otro.

–¡Por amor de Dios!... ¡No puedo soportar más!... –exclamaba un tercero.

Con el corazón lacerado ante el sufrimiento de tantos seres no pude contener la penosa expresión siguiente:

–Amigo mío, ¡qué triste es la reunión de tantos dolientes y torturados! ¿Por qué este cuadro angustioso?

Tobías sin perturbarse respondió:

–No debemos observar aquí solamente el dolor y la desolación. Recuerde, hermano mío que estos enfermos están atendidos y que

ya fueron retirados del Umbral, donde tantas celadas aguardan a los desprevenidos, descuidados de sí mismos. En estos pabellones al menos se preparan ya para obtener servicio regenerador. En cuanto a las lágrimas que vierten, recordemos que deben a sí mismos esos padecimientos. La vida del hombre estará centralizada donde él centralice su corazón.

Y después de una pausa, en la que parecía sordo a tantos clamores, acentuó:

–Son contrabandistas en la vida eterna.

–¿Cómo? –interrumpí interesado.

El interlocutor sonrió y contestó con voz firme:

–Creían que las mercaderías propiamente terrestres tendrían el mismo valor en los planos del Espíritu. Suponían que el placer criminal, que el poder del dinero, la rebeldía contra la ley y la imposición de los caprichos atravesarían las fronteras de la tumba y tendrían vigencia aquí también, ofreciéndoles oportunidades para nuevas atrocidades. Fueron comerciantes desprevenidos. Olvidaron cambiar las posesiones materiales por los créditos espirituales. No aprendieron las más simples operaciones de cambio en el mundo. Cuando iban a Londres, cambiaban millones de contos de reis (*) por libras esterlinas; sin embargo, ni siquiera con la seguridad matemática de la muerte carnal, se animaban a adquirir los valores de la espiritualidad. Y ahora... ¿qué hacer? Tenemos aquí a los millonarios de las sensaciones físicas transformados en mendigos del alma.

¡Realmente Tobías no podía ser más lógico!

Mi nuevo instructor, después de distribuir consuelo y esclarecimiento a granel, me condujo a una vasta cámara anexa, al modo de una gran enfermería, notificando:

–Veamos algunos de los infelices semimuertos.

Narcisa, la servidora, nos acompañaba solícita. Se abrió la

(*) Moneda brasileña vigente en la época en que se escribió el libro.

puerta y casi me tambaleé ante la angustiosa sorpresa. Treinta y dos hombres de semblante patibulario permanecían inertes en lechos muy bajos, evidenciando apenas leves movimientos de respiración.

Haciendo un gesto significativo con el índice Tobías aclaró:

–Estos sufridores padecen un sueño más pesado que otros de nuestros hermanos ignorantes. Les llamamos creyentes negativos. En lugar de aceptar al Señor eran vasallos intransigentes del egoísmo; en lugar de creer en la vida, en el movimiento, en el trabajo, admitían solamente la nada; la inmovilidad y la victoria del crimen. Convirtieron la experiencia humana en constante preparación para un gran sueño, y como no tenían la más ligera idea del valor del bien, al servicio de la colectividad, no tienen otro recurso que el de dormir largos años en pesadillas siniestras.

No conseguía manifestar mi espanto.

Con mucho cuidado Tobías comenzó a aplicar pases de fortalecimiento bajo mi mirada atónita. Terminada la operación en los dos primeros, comenzaron ambos a expeler una substancia negra por la boca, una especie de vómito obscuro y viscoso con terribles emanaciones cadavéricas.

–Son fluidos venenosos lo que secretan –explicó Tobías con mucha calma.

Narcisa hacía lo posible por atender prontamente la tarea de limpieza, pero era en balde. Gran número de ellos dejaba escapar la misma substancia negra y fétida. Fue entonces que instintivamente tomé los utensilios de higiene y me lancé al trabajo con ardor.

La servidora parecía contenta con el auxilio humilde del nuevo hermano, al paso que Tobías me dispensaba miradas de satisfacción y de agradecimiento.

El servicio continuó durante todo el día, costándome bendito sudor; y ningún amigo en el mundo podría valorar la alegría sublime del médico que recomenzaba la educación de sí mismo en una rudimentaria enfermería.

En servicio

Terminada en el crepúsculo la oración colectiva, Tobías conectó el receptor con el fin de oír a los Samaritanos que se hallaban en actividad en el Umbral.

Sumamente curioso, vine a saber que los grupos de operaciones de esa naturaleza se comunicaban con las retaguardias de la tarea en horas convencionales.

Sentíame algo cansado por los intensos esfuerzos realizados, pero mi corazón entonaba himnos de alegría interna. Al fin había recibido la ventura del trabajo. Y el espíritu de servicio suministra tónicos de misterioso vigor.

Establecido el contacto eléctrico, el pequeño aparato que se hallaba a mi vista, después de algunos minutos de espera comenzó a transmitir el siguiente recado:

—¡Samaritanos del Ministerio de Regeneración!...
¡Samaritanos del Ministerio de Regeneración!... Hay mucho trabajo en los abismos de la sombra. Fue posible transferir gran cantidad de infelices, secuestrando de las tinieblas espirituales a veintinueve hermanos. Veintidós en desequilibrio mental y siete en completa inacción psíquica. Nuestros grupos están organizando el transporte... Llegaremos algunos minutos después de la media noche... Pedimos instrucciones...

Notando que Tobías y Narcisa cruzaban sus miradas profundamente admirados, tan pronto como silenció aquella extraña voz, no pude contener la pregunta que brotaba de mis labios:

–¿Cómo puede ser eso? ¿Por qué ese transporte en masa? ¿No son todos Espíritus?

Tobías sonrió y explicó:

–El hermano olvida que no llegó al Ministerio de Auxilio de otro modo. Conozco el episodio de su venida. Es preciso recordar, siempre, que la Naturaleza no da saltos y que, en la Tierra o en los círculos del Umbral, nos hallamos revestidos de fluidos pesadísimos. Tanto el avestruz como la golondrina son aves y tienen alas; no obstante, la primera apenas puede subir a las alturas si es transportada, mientras que la segunda corta aceleradamente las vastas regiones del cielo.

Dejando percibir que el momento no era para divagaciones, se dirigió a Narcisa diciendo:

–Es muy grande el rescate de esta noche. Necesitamos tomar medidas inmediatas.

–¡Serán necesarios muchos lechos! –murmuró la servidora algo pesarosa.

–No se aflija –respondió Tobías con resolución–, alojaremos a los turbados en el Pabellón 7 y a los debilitados en la Cámara 33.

Enseguida, se llevó la diestra a la frente como para pensar en algo muy serio y exclamó:

–Resolveremos fácilmente la cuestión de la hospitalidad; pero lo mismo no se dará en lo que concierne a la asistencia. Nuestros auxiliares más fuertes fueron requeridos para garantizar los servicios de Comunicaciones en las esferas de la Tierra, en vista de las nubes de tinieblas que ahora envuelven al mundo

de los encarnados. Necesitamos personal de servicio nocturno, porque los operarios en funciones con los Samaritanos, llegarán extremadamente fatigados.

–Me ofrezco, con placer, para lo que pueda aprovechar – exclamé espontáneo.

Tobías me dirigió una mirada de profunda simpatía mezclada de gratitud, haciéndome experimentar dulce alegría íntima.

–Pero, ¿está decidido a permanecer en las Cámaras durante la noche? –preguntó admirado.

–¿No hacen otros lo mismo? –indagué a mi vez–. Sintiéndome dispuesto y fuerte necesito recuperar el tiempo perdido.

El generoso amigo me abrazó agregando:

–Pues bien, acepto confiado la colaboración. Narcisa y los demás compañeros quedarán también de guardia. Además, mandaré a Venancio y a Salustio, dos hermanos de mi confianza. No puedo permanecer aquí, en servicio nocturno, en vista de los compromisos anteriores que tengo, pero, en caso necesario, usted o alguno de los nuestros, me comunicará cualquier ocurrencia de mayor gravedad. Trazaré el plan de trabajo facilitando en todo lo que sea posible su ejecución.

Y se develó gran número de providencias. Mientras cinco servidores operaban en compañía de Narcisa, preparando ropa adecuada y pertrechos de enfermería, Tobías y yo movíamos pesado material en el Pabellón 7 y en la Cámara 33.

No podía explicar lo que pasaba conmigo: A pesar de la fatiga de los brazos, experimentaba júbilo indecible en el corazón.

En el taller donde la mayoría busca el trabajo, comprendiendo su sublime valor, servir constituye una alegría

suprema. No pensaba, francamente, en la compensación de los bonus hora, en las recompensas inmediatas que me pudiesen advenir del esfuerzo; pero, mi satisfacción era profunda, reconociendo que podría comparecer feliz y honrado ante mi madre y los benefactores que había encontrado en el Ministerio de Auxilio.

Al despedirse Tobías volvió a abrazarme y me dijo:

–Les deseo mucha paz con Jesús, una buena noche y un servicio útil. Mañana, a las ocho, usted podrá descansar. El máximo de trabajo, cada día, es de doce horas, pero ahora estamos en circunstancias especiales.

Respondí que las determinaciones tomadas me llenaban de sincera alegría.

Ya a solas con gran número de enfermeros, pasé a interesarme por los enfermos con más cariño. Entre los auxiliares presentes me impresionó la bondad espontánea de Narcisca que atendía a todos maternalmente. Atraído por su generosidad, traté de aproximarme a ella con interés. No fue difícil alcanzar el placer de su conversación cariñosa y simple. Aquella viejecita amable se asemejaba a un libro sublime de bondad y de sabiduría.

–¿Hace mucho tiempo que la hermana trabaja aquí? ,– pregunté a cierta altura de la amistosa conversación.

–Sí, permanezco en las Cámaras de Rectificación, en servicio activo, desde hace seis años y algunos meses. Todavía me faltan más de tres años para realizar mis deseos.

Ante la silenciosa indagación de mi mirada, Narcisca continuó amablemente:

–Necesito un aval muy importante.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Necesito encontrar algunos Espíritus amados, en la Tierra,

para realizar servicios de elevación en conjunto. Por mucho tiempo, en razón de mis desvíos pasados, rogué, en vano, la posibilidad necesaria a mis fines. Vivía turbada, afligida. Me aconsejaron recurrir a la Ministra Veneranda, y nuestra benefactora de Regeneración me prometió que recomendaría mis propósitos al Ministerio de Auxilio, pero me exigió diez años consecutivos de trabajos aquí para que yo pueda corregir ciertos desequilibrios del sentimiento. En un primer momento, quise rehusarme, considerando demasiado grande la exigencia, luego reconocí que ella tenía razón. Después de todo, el consejo no la beneficiaba a ella y sí a mí. Así gané mucho aceptando su indicación. Me siento más equilibrada y más humana, y creo que viviré con dignidad espiritual mi futura experiencia en la Tierra.

Iba a manifestar mi profunda admiración cuando uno de los enfermeros próximos gritó:

–¡Narcisa! ¡Narcisa!

No me correspondía retener, por simple curiosidad personal, a aquella hermana dedicada, transformada en madre espiritual de los sufridores.

La visión de Francisco

Mientras Narcisa consolaba a un afligido enfermo, fui informado de que me llamaban por el aparato de comunicaciones urbanas.

Era la señora Laura pidiendo noticias. De hecho, olvidara avisarle sobre las deliberaciones del servicio nocturno. Pedí disculpas a mi benefactora, y le suministré escueto relato verbal de la nueva situación. A través del hilo, la madre de Lisias, parecía encantada participando en mi justa alegría.

Al término de nuestra ligera conversación me dijo con bondad;

–¡Muy bien, hijo mío! ¡Apasiónese por su trabajo, embriéguese en el servicio útil! Solamente así es que podremos atender a nuestra edificación eterna. No obstante, recuerde que esta casa le pertenece.

Aquellas palabras me llenaron de nobles estímulos.

Regresando al contacto directo con los enfermos, noté que Narcisa estaba luchando heroicamente para calmar a un hombre joven que revelaba singulares disturbios.

Procuré ayudarla.

El pobrecito, con la mirada perdida en el espacio, gritaba, espantado:

–¡Ayúdenme, por amor de Dios! ¡Tengo miedo, mucho miedo!

Con los ojos desorbitados de los que experimentan profundas sensaciones de pavor, acentuaba:

–¡Hermana Narcisa, allá viene él, el monstruo! ¡Siento los gusanos de nuevo! ¡É! ¡É!... ¡Líbreme de él, hermana! ¡No quiero, no quiero!

–Calma, Francisco –pedía la compañera de los infortunados–, usted va a liberarse, a ganar mucha serenidad y alegría, pero todo depende de su esfuerzo. Hágase cuenta que su mente es una esponja embebida en vinagre. Es necesario expeler esa sustancia agria. Yo lo ayudaré a lograrlo, pero el trabajo más intenso le corresponde a usted mismo.

El enfermo mostraba buena voluntad; se calmaba al oír los consejos cariñosos, pero enseguida volvía a la misma palidez de antes prorrumpiendo en nuevas exclamaciones:

–Pero, hermana, observe bien...él no me deja. ¡Ya volvió a atormentarme! ¡Véalo, véalo!

–Lo estoy viendo, Francisco –respondía ella con prudencia–, pero es indispensable que usted me ayude a expulsarlo.

–¡Este fantasma diabólico!... –agregaba, llorando como una criatura y provocando compasión.

–Confíe en Jesús y olvide al monstruo –decía la hermana de los infelices, piadosamente–. Vamos a los pases. El fantasma huirá de nosotros.

Le aplicó fluidos saludables y reconfortantes, que Francisco agradeció, manifestando inmensa alegría en la mirada.

–Ahora –dijo él después de terminada la operación magnética–, estoy más tranquilo.

Narcisa le arregló las almohadas y mandó a que otra servidora le trajera agua magnetizada.

Aquel ejemplo de la enfermera me enterneció. El bien, como el mal, en todas partes establece misterioso contagio.

Observando mi sincero deseo de aprender, Narcisa se aproximó más, mostrándose dispuesta a iniciarme en los sublimes secretos del servicio.

—¿A quién se refiere el enfermo? —indagué impresionado. ¿Acaso está siendo asediado por alguna sombra, invisible a mi vista?

La veterana servidora de las Cámaras de Rectificación, sonrió cariñosamente y dijo:

—Se trata de su propio cadáver.

—¿Qué dice? —repliqué espantado.

—El pobrecito era excesivamente apegado a su cuerpo físico, y vino a la esfera espiritual después de un desastre, originado por pura imprudencia. Estuvo durante muchos días al lado de los despojos, en pleno sepulcro, sin conformarse con su nueva situación. Quería, firmemente, levantar el cuerpo yerto. Tal era el imperio de la ilusión en que viviera que, en ese triste esfuerzo, gastó mucho tiempo. Se amedrentaba con la idea de enfrentar lo desconocido y no conseguía acumular ni siquiera el más mínimo desapego a las sensaciones físicas. De nada valieron los socorros que le prodigaron desde las altas esferas, pues cerraba la zona mental a todo pensamiento relacionado con la vida eterna. Por fin, los gusanos le hicieron experimentar tales sufrimientos, que el pobre se apartó del sepulcro, lleno de horror. Comenzó entonces a peregrinar por las zonas inferiores del Umbral; en tanto los que habían sido sus padres en la Tierra, poseen aquí grandes créditos espirituales, y rogaron que se le internase en la

colonia. Lo trajeron los Samaritanos, casi a la fuerza. Pero, su estado es aún tan grave que no podrá ausentarse todavía de las Cámaras de Rectificación. El amigo que fue su padre en la carne está actualmente en una arriesgada misión, lejos de Nuestro Hogar...

–¿Y viene a visitar al enfermo? –pregunté.

–Ya vino dos veces y experimentó gran conmoción observando su sufrimiento. Es tal la turbación del joven que no reconoció al generoso y dedicado padre. Gritaba afligido poniendo de manifiesto una dolorosa demencia. El padre, que vino a verlo en compañía del Ministro Padua, del Ministerio de Comunicaciones, parecía muy superior a la condición humana, mientras se encontraba con el amigo que obtuviera la hospitalidad para el infeliz hijo. Se demoraron bastante comentando la situación espiritual de los recién llegados desde los círculos carnales. Pero, cuando el Ministro Padua se retiró compelido por circunstancias del servicio, el padre del muchacho me pidió que le perdonase el gesto humano, y se arrodilló delante del enfermo. Le tomó las manos con ansiedad, como si procurase transmitirle vigorosos fluidos vitales, y le besó la cara llorando copiosamente. No pude contener las lágrimas y me retiré dejándolos solos. No sé lo que pasó entre ambos, pero noté que desde ese día Francisco mejoró bastante. La demencia total se redujo a crisis que son ahora cada vez más espaciadas.

–¡Cómo conmueve todo esto! –exclamé bajo fuerte impresión. ¿Cómo puede perseguirlo la imagen del cadáver?

–La visión de Francisco –aclaró la anciana con atención–, es la pesadilla de muchos Espíritus, después de la muerte carnal. Se apegan demasiado al cuerpo, no alcanzan otra cosa, viviendo de él y para él, dedicándole verdadero culto; y cuando llega el soplo renovador, se niegan a abandonarlo. Repelen cualquier idea de espiritualidad y luchan desesperadamente por

conservarlo. No obstante, surgen los gusanos voraces y los expulsan. A esa altura, se horrorizan del cuerpo y adoptan nueva actitud extremista. La visión del cadáver, como fuerte creación mental de ellos mismos, los atormenta en lo íntimo del alma. Sobrevienen perturbaciones y crisis más o menos largas, y sufren mucho hasta la eliminación integral de su fantasma.

Notando mi conmoción, Narcisa agregó:

–Gracias al Padre, estoy aprovechando bastante estos últimos años de servicio. ¡Ah, cómo es de profundo el sueño espiritual de la mayoría de nuestros hermanos en la carne! Esto, desde luego, debe preocuparnos pero no herirnos. La crisálida se adhiere a la materia inerte, pero la mariposa alzará el vuelo; la simiente es casi imperceptible, mientras que el roble será gigantesco. La flor muerta vuelve a la tierra, pero el perfume vive en el cielo. Todo embrión de la vida parece dormir. No debemos olvidar estas lecciones.

Narcisa se calló sin que yo me atreviese a interrumpir su silencio.

Herencia y Eutanasia

Aún no había vuelto en mí de la profunda sorpresa, cuando Salustio se aproximó a Narcisa informando:

–Nuestra hermana Paulina desea ver al padre enfermo en el Pabellón 5. Antes de atenderla, juzgué conveniente consultarla, porque el enfermo continúa en una crisis muy aguda.

Mostrando los gestos de bondad que la caracterizaban, Narcisa indicó:

–Mándela a entrar sin demora. Ella tiene permiso de la Ministra, en vista de haber consagrado su tiempo disponible a la tarea de reconciliación con sus familiares.

Mientras el mensajero se despedía apresurado, la bondadosa enfermera, dirigiéndose a mí añadía:

–¡Verá usted qué hija más dedicada!

No había transcurrido un minuto y Paulina estaba ante nosotros, esbelta y linda. Vestía una túnica muy leve, tejida en seda luminosa. Angelical belleza caracterizaba sus trazos fisonómicos, pero sus ojos demostraban extrema preocupación. Narcisa me la presentó delicadamente, y sintiendo tal vez que podía confiar en mi presencia, preguntó con alguna inquietud:

–¿Cómo está papá, amiga mía?

–Un poco mejor –aclaró la enfermera–, no obstante, aún acusa fuertes desequilibrios.

–Es lamentable –contestó la joven–, ni él ni los otros ceden en el estado mental en que se hallan. Siempre el mismo odio y la misma displicencia.

Narcisa nos invitó a acompañarla y, minutos después, tenía delante de mí a un viejo de fisonomía desagradable. De mirada dura, cabellos desgredados, arrugas profundas y labios retraídos, inspiraba más piedad que simpatía. Con todo, procuré vencer las vibraciones inferiores que me dominaran, con el fin de observar, por encima del ser sufridor, al hermano espiritual. De inmediato desapareció la impresión de repugnancia, aclarándose mi raciocinio. Apliqué la lección a mí mismo. ¿Cómo habría llegado, a mi vez, al Ministerio de Auxilio? Debería haber sido horrible mi semblante de desesperado. Cuando examinamos la desventura de alguien recordando las propias deficiencias, hay siempre asilo para el amor fraterno en el corazón.

El viejo enfermo no tuvo una palabra de ternura para la hija que lo saludó cariñosa. A través de la mirada, que evidenciaba aspereza y rebeldía, se asemejaba a una fiera humana enjaulada.

–Papá, ¿se siente mejor? –le preguntó con extremado cariño filial.

–¡Ay...Ay... –gritó el enfermo con voz estentórea–, no puedo olvidar al infame, no puedo descansar el pensamiento!... ¡Aún lo veo a mi lado suministrándome el veneno mortal!

–No diga eso, papá –respondió la joven delicadamente–; recuerde que Edelberto entró en nuestra familia como hijo enviado por Dios.

–¿Hijo mío? –gritó el infeliz– ¡Nunca! ¡Nunca!... ¡Es un criminal sin perdón, un hijo del infierno!...

Paulina hablaba, ahora, con los ojos inundados de lágrimas:

–Oigamos, papá, la lección de Jesús que recomienda que

nos amemos unos a los otros. Atravesamos experiencias consanguíneas en la Tierra, para adquirir el verdadero amor espiritual. Además, es indispensable reconocer que sólo existe un Padre realmente eterno, que es Dios; pero el Señor de la Vida nos permite la paternidad o la maternidad en el mundo, a fin de que aprendamos a sentir la fraternidad sin mácula. Nuestros hogares terrestres son crisoles de purificación de los sentimientos o templos de unión sublime, camino a la solidaridad universal. Luchamos y padecemos mucho hasta adquirir el verdadero título de hermano. Somos todos una sola familia en la Creación bajo la bendición providencial de un Padre único.

Oyendo aquella voz dulce, el enfermo se puso a llorar convulsivamente.

—¡Perdone a Edelberto, papá! Procure ver en él no al hijo liviano, sino al hermano necesitado de esclarecimiento. Estuve en nuestra casa hoy, observando allá extremadas perturbaciones. Desde aquí, desde este lecho, usted envuelve a todos los nuestros en fluidos de amargura y de incomprensión, y ellos le hacen a usted lo mismo, de idéntico modo. El pensamiento, en vibraciones sutiles, alcanza el blanco, por grandes que sean las distancias. La permuta de odio y desentendimiento causa ruina y sufrimiento a las almas. Mamá se recogió, hace unos días, en un hospicio, atormentada de angustia. Amalia y Casilda entraron en lucha judicial con Edelberto y Agenor, en virtud de los grandes patrimonios que usted juntó en las esferas de la carne. Un cuadro terrible cuyas sombras podrían disminuir, si su mente vigorosa no estuviese sumergida en propósitos de venganza. Aquí, lo vemos en grave estado; en la Tierra, mamá loca y los hijos turbados, odiándose entre sí. En medio de tantas mentes desequilibradas, una fortuna inmensa... ¿Y qué vale eso si no hay un átomo de felicidad en ninguno?

–Pero yo legué enorme patrimonio a la familia –respondió el infeliz rencorosamente–, deseando el bienestar de todos...

Paulina no lo dejó terminar volviendo a tomar la palabra:

–No siempre sabemos interpretar lo que es beneficio, en el capítulo de la riqueza transitoria. Si usted hubiese asegurado el futuro de los nuestros, garantizándoles la tranquilidad moral y el trabajo honesto, su esfuerzo sería de valiosa providencia; pero, a veces, papá, acostumbramos a ahorrar el dinero por espíritu de vanidad y de ambición. Queriendo vivir por encima de los demás, no nos acordamos de eso sino en las expresiones externas de la vida. Son muy pocos los que se preocupan por adquirir conocimientos nobles, cualidades de tolerancia, luces de humildad, bendiciones de comprensión. Imponemos a otros nuestros caprichos, nos apartamos de los servicios del Padre, y olvidamos la lapidación de nuestro Espíritu. Nadie nace en el planeta simplemente para acumular monedas en los cofres o valores en los bancos. Es natural que la vida humana pida el concurso de la previsión, y es justo que no prescindamos de la contribución de mayordomos fieles, que sepan administrar con sabiduría; pero nadie será mayordomo del Padre con avaricia y propósitos de dominación. Tal género de vida arruinó nuestra casa. En vano, en otro tiempo, busqué llevar socorro espiritual al ambiente doméstico. Mientras usted y mamá se sacrificaban por aumentar los haberes, Amalia y Casilda olvidaban el servicio útil, y como ociosas dadas a la banalidad social, encontraron perezosos que las desposaron buscando ventajas financieras. Agenor repudió el estudio serio, entregándose a malas compañías. Edelberto conquistó el título de médico, alejándose por completo de la Medicina y ejerciéndola solamente de tiempo en tiempo, a la manera del trabajador que visita el servicio por curiosidad. Todos arruinaron bellas posibilidades espirituales, distraídos por el dinero fácil y apegados a la idea de la herencia.

El enfermo tomó una expresión de pavor y agregó:

–¡Maldito Edelberto! ¡Hijo criminal e ingrato! ¡Me mató sin

piEDAD cuando necesitaba aún regularizar mis disposiciones testamentarias! ¡Malvado!... ¡Malvado!...

–¡Calle papá! ¡Tenga compasión de su hijo; perdone y olvide!...

Empero, el viejo continuó maldiciendo en voz alta. La joven se preparaba para discutir, pero Narcisa le dirigió una significativa mirada, llamando a Salustio para socorrer al enfermo en crisis. Se calló Paulina, acariciando la frente paterna y conteniendo con gran esfuerzo las lágrimas. Después de algunos instantes, me retiraba en compañía de ambas bajo fuerte impresión.

Las dos amigas cambiaron por algunos minutos sus confianzas, despidiéndose Paulina con mucha generosidad en las frases, pero con mucha tristeza en la mirada llena de justa preocupación.

Volviendo a la intimidad, Narcisa, bondadosa me dijo:

–Los casos de herencia, por regla general, son extremadamente complicados. Con raras excepciones acarrear enorme peso a los legadores y a los legatarios. En este caso no solamente vemos esto sino también la eutanasia. La ambición por el dinero, creó en toda la familia de Paulina rencores y desavenencias. A los padres avarientos les toca sufrir hijos derrochadores. Fui a casa de nuestra amiga cuando el hermano, Edelberto, médico de apariencia distinguida, empleó, en su padre casi moribundo, la llamada “muerte suave”. Nos esforzamos por evitarlo, pero todo fue en vano. El pobre individuo deseaba de hecho, apresurar el desenlace, por cuestiones de orden financiero, y ahí tenemos ahora la imprevisión y el resultado –el odio y la molestia.

Y con expresivo gesto, Narcisa remató:

–Dios creó seres y cielos, pero nosotros nos acostumbramos a transformarnos en Espíritus diabólicos, creando nuestros infiernos individuales.

Vampiro

Eran las veintiuna horas. Todavía no habíamos descansado, no siendo en momentos de rápida conversación, necesaria para la solución de problemas espirituales. Aquí un enfermo pedía alivio; allí, otro necesitaba pases de confortamiento. Cuando fuimos a atender a dos enfermos, en el Pabellón 11, escuché una gritería próxima. Hice instintivo movimiento de aproximación, pero Narcisa atenta, me detuvo:

–No siga –dijo–; se localizan allí los desequilibrados del sexo. El cuadro sería extremadamente doloroso para sus ojos. Guarde esa emoción para más tarde.

No insistí. Mientras tanto hervían en mi cerebro mil interrogaciones. Se abría un mundo nuevo a mi pesquisa intelectual. Era necesario recordar, a cada momento, el consejo de la madre de Lisias para no desviarme de la justa obligación.

Después de las veintiuna horas, llegó alguien desde el fondo del enorme parque. Era un hombrecillo de semblante singular, que evidenciaba la condición de un humilde trabajador. Narcisa lo recibió con gentileza preguntándole:

–¿Qué sucede, Justino? ¿Qué novedades trae?

El servidor, que integraba el cuerpo de centinelas de las Cámaras de Rectificación, respondió afligido:

–Vengo a comunicarle que una infeliz mujer está pidiendo

socorro, en el gran portón que da acceso a los campos de cultura. Creo que ha pasado desapercibida a los vigilantes de las primeras líneas...

–¿Por qué no la atendió? –interrogó la enfermera.

El servidor hizo un gesto de escrúpulo y explicó:

–De acuerdo con las órdenes que nos rigen, no pude hacerlo porque la pobrecita está rodeada de puntos negros.

–¿Qué dice? –replicó Narcisa asustada.

–Sí, señora.

–Entonces el caso es muy grave.

Con gran curiosidad seguí a la enfermera a través del campo alumbrado por la luna. La distancia no era pequeña. Lado a lado se veía la arboleda tranquila de aquel extenso parque agitada por un viento suave y acariciador. Habíamos recorrido más de un kilómetro, cuando alcanzamos la gran cancela a la que se refiriera el trabajador.

Vimos entonces la miserable figura de una mujer que imploraba socorro desde el otro lado. No vi otra cosa que el bulto de la infeliz cubierta de andrajos, con el rostro horrendo y las piernas en llagas vivas; pero Narcisa parecía divisar otros detalles imperceptibles a mi mirada, dado el asombro que se reflejó en su fisonomía, de ordinario en calma.

–¡Hijos de Dios –gritó la mendiga al divisarnos–, dad abrigo a este Espíritu cansado! ¿Dónde está el paraíso de los electos para que yo pueda disfrutar de esa paz tan deseada?

Aquella voz suplicante sensibilizaba mi corazón. Narcisa a su vez se mostraba conmovida, pero habló en tono confidencial:

–¿No está viendo los puntos negros?

–No –respondí.

–Su visión espiritual aún no está suficientemente educada.

Después de una ligera pausa continuó:

–Si estuviese en mis manos abriría inmediatamente nuestra puerta; pero cuando se trata de criaturas en estas condiciones, nada puedo resolver por mí misma. Necesito recurrir al Vigilante Jefe en misión de servicio.

Aproximándose a la infeliz le indicó en tono fraterno:

–Haga el favor de esperar unos minutos.

Volvimos apresuradamente al interior. Por primera vez entré en contacto con el director de los centinelas de las Cámaras de Rectificación. Narcisa me presentó y dio cuenta de lo que ocurría. Él esbozó un gesto significativo y manifestó:

–Hizo muy bien comunicándome el hecho. Vamos hasta allá.

Nos dirigimos los tres hacia el lugar indicado.

Llegados a la cancela, el hermano Pablo, orientador de los vigilantes, examinó atentamente a la recién llegada del Umbral y dijo:

–Esta mujer, por ahora, no puede recibir nuestro socorro. Se trata de uno de los más fuertes vampiros que he visto hasta hoy. Es preciso dejarla a su propia suerte.

Me sentí escandalizado. ¿No sería faltar a los deberes cristianos abandonar a aquella sufriendora al azar del camino? Narcisa, que recibió mi impresión, parecía compartirla y se adelantó suplicante:

–Pero, hermano Pablo, ¿no habrá medios de acoger a esa miserable criatura en las Cámaras?

–Permitirlo –aclaró él– sería traicionar mi función de vigi-

lante.

Indicando a la mendiga que esperaba la decisión, gritando impaciente, expresó a la enfermera:

–¿Ha notado, Narcisa, alguna cosa más aparte de los puntos negros?

Ahora era mi instructora en el servicio la que respondía negativamente.

–Pues veo más –respondió el Jefe de los Vigilantes.

Bajando el tono de voz, recomendó:

–Cuenta las manchas negras.

Narcisa fijó la mirada en la infeliz y después de algunos minutos, respondió:

–Cincuenta y ocho.

El Hermano Pablo, con la paciencia de los que saben esclarecer con amor, explicó:

–Esos puntos oscuros representan cincuenta y ocho criaturas asesinadas al nacer. En cada mancha veo la imagen mental de un bebé aniquilado, unos por golpes aplastantes y otros por asfixia. Esa desventurada mujer fue profesional en ginecología. Con el pretexto de aliviar las conciencias ajenas se entregaba a crímenes nefandos, explotando infelices jóvenes inexpertas. La situación suya es peor que la de los suicidas y homicidas, que a veces presentan notables atenuantes.

Recordé asombrado, los procesos de la medicina, en que muchas veces vi la necesidad de eliminar a los fetos para salvar el organismo materno, en las ocasiones peligrosas; pero, leyendo mi pensamiento, el Hermano Pablo agregó:

–No hablo de determinaciones legítimas que constituyen aspectos de pruebas redentoras; me refiero al crimen de asesinar a los que dan comienzo a la trayectoria de su experiencia terres-

tre, con el sublime derecho a la vida.

Demostrando la sensibilidad de las almas nobles Narcisa rogó:

–Hermano Pablo, también yo erré mucho en el pasado. Atendamos a esta desventurada. Si me lo permite yo le prodigaré cuidados especiales.

–Reconozco, amiga mía –respondió el director de la vigilancia impresionado por la sinceridad–, que todos somos Espíritus endeudados; pero tenemos en nuestro favor el reconocimiento de las propias flaquezas y la buena voluntad de rescatar nuestras deudas; pero esta criatura, por ahora, no desea otra cosa que perturbar al que trabaja. Los que traen los sentimientos endurecidos por la hipocresía emiten fuerzas destructoras. ¿Para qué nos sirve aquí un servicio de vigilancia?

Sonriendo expresivamente exclamó:

–Busquemos la prueba.

El Jefe de los vigilantes se aproximó a la infeliz y preguntó:

–¿Qué desea la hermana de nuestro concurso fraterno?

–¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!... –respondió llorando.

–Amiga mía –ponderó acertadamente–, es necesario saber aceptar el sufrimiento rectificador. ¿Por qué razón cortó tantas veces la vida a criaturitas frágiles que iban a la lucha con el permiso de Dios?

Oyéndolo inquieta exhibió terrible carantoña de odio y gritó:

–¿Quién me atribuye esa infamia? ¡Mi conciencia está tranquila, canalla!... Empleé mi existencia auxiliando a la maternidad en la Tierra. Fui cariñosa y creyente, buena y pura...

–No es eso lo que se observa en la fotografía viva de sus pensamientos y actos. Creo que la hermana ni siquiera recibió aún el beneficio del remordimiento. Cuando abra su alma a las

bendiciones de Dios, reconociendo sus propias necesidades, vuelva aquí.

Airada la interlocutora respondió:

–¡Demonio! ¡Hechicero! ¡Secuaz de Satanás!... ¡No volveré jamás!... Estoy esperando el cielo que me prometieron y que espero encontrar.

Asumiendo una actitud más firme, el Jefe de Vigilantes le dijo con autoridad:

–Haga entonces el favor de retirarse. No tenemos aquí el cielo que usted desea. Estamos en una casa de trabajo donde los enfermos reconocen su mal y tienen el propósito de curarse al lado de servidores de buena voluntad.

La mendiga objetó atrevidamente:

–No le pedí remedio ni servicio. Estoy buscando el paraíso que hice por merecer practicando buenas obras.

Dirigiéndonos fulminantes miradas de cólera perdió el aspecto de enferma ambulante, retirándose a paso firme como quien permanece absolutamente dueño de sí mismo.

El Hermano Pablo la acompañó con la vista durante unos minutos y volviéndose hacia nosotros agregó:

–¿Observaron el vampiro? Exhibe la condición de criminal y se declara inocente; es profundamente mala y afirma ser buena y pura; sufre desesperadamente y alega tranquilidad; creó un infierno para sí misma y asegura que está buscando el cielo.

Ante el silencio con que escuchábamos su lección, el Jefe de los Vigilantes concluyó:

–Es imprescindible tener mucho cuidado con las buenas y las malas apariencias. Naturalmente la infeliz será atendida más adelante por la Bondad Divina, pero por principio de caridad legítima, en la posición en la que me encuentro no podía abrirle nuestras puertas.

Noticias de Veneranda

Al penetrar ahora en el parque bañado de luz, experimentaba singular fascinación.

Aquellos árboles acogedores, aquellas florecientes sementeras, me reclamaban en todo momento. De manera indirecta, provocaba explicaciones de Narcisa, enunciando preguntas veladas.

–En el gran parque –decía ella– no hay solamente caminos para el Umbral o simple cultivo de vegetación destinada a los jugos alimenticios. La Ministra Veneranda creó planos excelentes para nuestros procesos educativos.

Observando mi sana curiosidad continuó aclarando:

–Se trata de los “salones verdes” para servicio de educación. Entre las grandes hileras de árboles, hay recintos de maravillosos contornos para las conferencias de los Ministros de Regeneración; otros para Ministros visitantes y para estudiosos en general, reservándose uno de señalada belleza para las conversaciones del Gobernador, cuando él se digna venir hasta nosotros. Periódicamente los vigorosos árboles se cubren de flores dando la idea de pequeñas torres coloreadas llenas de encantos naturales. Tenemos así en el firmamento, el techo acogedor, con las bendiciones del Sol o de las estrellas distantes.

–Deben ser prodigiosos esos palacios de la Naturaleza –
agregué.

–Sin duda –prosiguió la enfermera con el mayor entusiasmo–; el proyecto de la Ministra despertó, según me informaron, francos aplausos en toda la colonia. Supe que eso había acontecido hace cuarenta años. Se inició entonces la campaña del “salón natural”. Todos los Ministerios pidieron cooperación, incluso el de la Unión Divina, que solicitó el concurso de Veneranda en la organización de los recintos de ese orden en el Bosque de las Aguas. Surgieron deliciosos rincones, por todas partes. Los más interesantes, a mi juicio, son los que se instituyeron en las escuelas. Varían en las formas y en las dimensiones. En los parques de educación del Ministerio de Esclarecimiento instaló la Ministra un verdadero castillo de vegetación, en forma de estrella, dentro del cual se acogen cinco numerosas clases de aprendizaje y cinco de instructores diferentes. En el centro, funciona un enorme aparato destinado a demostraciones por la imagen, a la manera del cinematógrafo terrestre, con el cual es posible llevar a efecto cinco distintas proyecciones de forma simultánea. Esa iniciativa mejoró considerablemente a la ciudad, uniendo en el mismo esfuerzo, el servicio provechoso de la utilidad práctica a la belleza espiritual.

Valiéndome de la pausa natural interpelé:

–¿Y el mobiliario de los salones? ¿Es parecido a los de los grandes recintos terrestres?

Narcisa sonrió y añadió:

–Hay diferencia. La Ministra ideó los cuadros evangélicos del tiempo que señaló el pasaje del Cristo por el Mundo y sugirió recursos de la propia Naturaleza. Cada “salón natural” tiene bancos y poltronas esculpidas en la substancia del suelo, forrados de yerba olorosa y suave. Eso imprime hermosura y disposiciones

características. Dice la organizadora que sería justo recordar las prédicas del Maestro, en plena playa, cuando daba sus divinas excursiones junto al Tiberíades; y de esa recordación surgió la instauración del “mobiliario natural”. La conservación exige cuidados permanentes, pero la belleza de los cuadros representa vasta compensación.

A esta altura se interrumpió la bondadosa enfermera, pero identificando mi silencioso interés prosiguió:

–El más bello recinto de nuestro Ministerio es el reservado a las disertaciones del Gobernador. La Ministro Veneranda descubrió que a él siempre le gustaron los paisajes de gusto helénico, más antiguo, y decoró el salón a trazos especiales formados en pequeños canales de agua fresca, puentes graciosos, lagos minúsculos, palanquines de arboleda y frondosa vegetación. Cada mes del año muestra colores diferentes, en razón de las flores que se van modificando en especie de treinta en treinta días. La Ministra reserva el más hermoso aspecto para el mes de diciembre, en conmemoración de la Natividad de Jesús, cuando la ciudad recibe los más hermosos pensamientos y las más vigorosas promesas de nuestros compañeros encarnados en la Tierra, y envía, a su vez, ardientes afirmaciones de esperanza y de servicio a las esferas superiores en homenaje al Maestro de los Maestros. Ese salón es nota de júbilo para nuestros Ministerios. Tal vez sepa ya que el Gobernador viene aquí, casi semanalmente, los domingos. Permanece largas horas conferenciando con los Ministros de Regeneración, conversando con los trabajadores, ofreciendo valiosas sugerencias, examinando nuestras vecindades con el Umbral, recibiendo nuestros votos y visitas y confortando enfermos convalecientes. Por la noche, cuando puede demorarse, oye música y asiste a números de arte, ejecutados por jóvenes y niños de nuestros centros de educación. La mayoría de los

forasteros que se hospedan en Nuestro Hogar, acostumbran venir aquí sólo con el propósito de conocer este “palacio natural” que acomoda confortablemente a más de treinta mil personas.

Oyendo los interesantes informes experimentaba una mezcla de alegría y de curiosidad.

–El salón de la Ministra Veneranda –continuó diciendo Narcisa animadamente– es también espléndido recinto, cuya conservación nos merece especial cariño. Todo nuestro servicio será poco para retribuir la dedicación de esa abnegada servidora de Nuestro Señor. Gran número de beneficios en este Ministerio fueron creados por ella para atender a los más infelices. Su modo tradicional de trabajo en Nuestro Hogar es considerado como de los más digno por la Gobernación. Es ella la entidad con mayor número de horas de servicio en la colonia, y la figura más antigua del Gobierno y del Ministerio, en general. Permanece en tarea activa, en esta ciudad, hace más de doscientos años.

Impresionado por las informaciones aduje:

–¡Cómo debe ser respetada esa benefactora!...

–Dice usted bien –contestó Narcisa con reverencia–, es una de las entidades más elevadas de nuestra colonia espiritual. Los once Ministros que con ella actúan en Regeneración, la oyen antes de tomar cualquier determinación de importancia. En numerosos procesos, la Gobernación recurre a sus opiniones. Con excepción del Gobernador, la Ministra Veneranda es la única entidad en Nuestro Hogar que ya vio a Jesús en las Esferas Resplandecientes; pero nunca comentó ese hecho de su vida espiritual, y elude la menor información al respecto. Además, hay otra nota interesante con relación a ella. Un día, hace cuatro años, Nuestro Hogar amaneció de fiesta. Las Fraternidades de la Luz, que rigen los destinos cristianos de América, homenajearon a Veneranda confiriéndole la medalla del Mérito al Servicio, la primera entidad en la colonia que consiguió, hasta hoy semejante

triunfo, presentando un millón de horas de trabajo útil, sin interrupción, sin reclamos y sin desmayar. Generosa comisión vino a traerle la honrosa merced, pero en medio del júbilo, reunidos en la Gobernación, los Ministerios y la multitud en la plaza mayor, la Ministra Veneranda lloró en silencio. Entregó enseguida el trofeo a los Archivos de la ciudad, afirmando que no merecía tal distinción, y transmitiéndolo a la personalidad colectiva de la colonia, a pesar de las protestas del Gobernador. Desistió de todo homenaje festivo con que se pretendía conmemorar el hecho, no comentando, jamás, la honrosa conquista.

–¡Extraordinaria mujer! –dije yo–. ¿Por qué no se encamina a las altas esferas?

Narcisa bajó el tono de la voz y declaró:

–Discretamente, ella vive en zonas muy superiores a la nuestra y permanece en Nuestro Hogar por espíritu de amor y sacrificio. Supe que esa benefactora sublime, viene trabajando hace más de mil años por un grupo de corazones muy amados que está en la Tierra, a los que espera con paciencia.

–¿Cómo podré conocerla? –pregunté impresionado.

Narcisa que parecía alegrarse con mi interés, explicó satisfecha:

–Mañana, al atardecer, después de las oraciones, la Ministra vendrá al salón con el fin de ilustrar a algunos aprendices sobre el pensamiento.

Curiosas observaciones

Pocos minutos antes de la medianoche, Narcisa permitió que me fuera al gran portón de las Cámaras. Los Samaritanos debían hallarse ya en la vecindad. Era imprescindible observar su regreso para tomar providencias.

¡Con qué emoción volví al camino cercado de árboles frondosos y acogedores! Aquí troncos que recordaban el vetusto roble de la Tierra, allí hojas caprichosas que rememoraban la acacia y el pino. Aquel aire embalsamado se me hacía una bendición. En las Cámaras, a pesar de las amplias ventanas, no experimentaba tanta impresión de bienestar. Seguía caminando silencioso bajo las cariñosas frondas. Vientos frescos las agitaban suavemente envolviéndome en sensaciones de reposo.

Sintiéndome a solas, ponderé todos los acontecimientos que me sobrevinieran, desde el primer contacto con el Ministro Clarencio. ¿Dónde estaría el paraje del sueño? ¿En la Tierra o en aquella colonia espiritual? ¿Qué le habría sucedido a Celia y a los hijitos? ¿Por qué razón me prestaban allí tan grandes esclarecimientos sobre las más variadas cuestiones de la vida, pero, omitiendo cualquier noticia sobre mi antiguo hogar? Mi propia madre me había aconsejado el silencio, absteniéndose de darme cualquier información directa.

Todo indicaba la necesidad de olvidar los problemas

carnales para renovarme intrínsecamente, y no obstante, penetrando en lo más íntimo del ser, encontraba la nostalgia viva de los míos. Deseaba ardientemente volver a ver a la esposa muy amada y recibir de nuevo el beso de los hijitos... ¿Por qué decisiones del destino estábamos ahora separados, como si yo fuese un náufrago en playa desconocida? De manera simultánea ideas generosas me confortaban lo íntimo. Yo no era un náufrago abandonado. Si mi experiencia podía clasificarse como naufragio, no debía tal desastre sino a mí mismo. Ahora que observaba en Nuestro Hogar vibraciones nuevas de trabajo intenso y constructivo, me admiraba de haber perdido tanto tiempo en frioleras de toda clase.

En verdad amé mucho a la compañera de luchas y sin duda dispensaba a los hijitos ternuras incesantes; pero examinando desapasionadamente mi situación de esposo y de padre, reconocí que nada había creado de sólido y de útil en el espíritu de mi familia. Tarde verificaba ese descuido. Quien atraviesa un campo sin organizar la siembra necesaria para el pan y sin proteger la fuente que sacia la sed, no puede volver con la intención de abastecerse. Tales pensamientos se me fijaban en el cerebro con vehemencia irritante. Al dejar los círculos carnales, encontré las penurias de la incomprensión. ¿Qué había sucedido a mi esposa e hijitos, distanciados de la segura estabilidad doméstica y llevados a las sombras de la viudez y la orfandad? Inútil era la interrogación.

El viento calmado parecía susurrar concepciones grandiosas, como si tuviera deseos de despertar mi mente para llevarla a estados más altos.

Me torturaban las interrogaciones internas, pero, apegándome entonces a los imperativos del justo deber, me aproximé a la gran cancela investigando más allá, a través de los campos de cultivo.

¡Todo era luna y serenidad, cielo sublime y belleza silenci-

osa! Extasiándome en la contemplación del cuadro, demoré algunos minutos entre la admiración y la oración.

Instantes después divisé a lo lejos, dos bultos enormes que me impresionaron vivamente. Parecían dos hombres de substancia indefinible, semiluminosa. De los pies y de los brazos les colgaban filamentos extraños, y de la cabeza parecía que se les escapaba un largo cordón de singulares proporciones. Tuve la impresión de que me hallaba ante dos auténticos fantasmas. No pude soportarlo. Con los cabellos erizados volví apresuradamente al interior. Inquieto y amedrentado expuse a Narcisa lo ocurrido, notando que ella mal contenía la risa.

–¿Qué le sucedió, amigo mío? –dijo por fin, mostrando buen humor–, ¿no reconoció aquellos personajes?

Fundamentalmente desilusionado, nada conseguí responder, pero Narcisa continuó:

–También yo, en otros tiempos, experimenté la misma sorpresa. Aquellos son nuestros propios hermanos de la Tierra. Se trata de poderosos Espíritus que viven en la carne en misión redentora y pueden, como nobles iniciados en la Eterna Sabiduría, abandonar el vehículo corpóreo transitando libremente por nuestros planos. Los filamentos y cordones que observó son singularidades que los diferencian de nosotros. No se preocupe. Pues los encarnados que consiguen alcanzar estos parajes, son entidades extraordinariamente espiritualizadas, a pesar de ser oscuras o humildes en la Tierra.

Dándome valor, bondadosamente agregó:

–¡Vamos hasta allá! Tenemos cuarenta minutos pasada la medianoche. Los Samaritanos no deben tardar.

Satisfecho volví con ella al gran portón.

Se vislumbraban todavía a enorme distancia los dos bultos que se apartaban de Nuestro Hogar tranquilamente.

La enfermera los contempló e hizo un gesto expresivo de reverencia y exclamó:

–Están envueltos en claridad azul. Deben ser mensajeros muy elevados que se hallan en la esfera carnal en tarea que no podemos conocer.

Allí nos quedamos parados por varios minutos en la contemplación de los silenciosos campos. De pronto, la bondadosa amiga indicó un punto oscuro en el horizonte alumbrado por la luna y observó:

–¡Allá vienen ellos!

Distinguí la caravana que avanzaba en nuestra dirección bajo la suave claridad del cielo. De repente oí ladrar perros a gran distancia.

–¿Qué es eso? –interrogué asombrado.

–Los perros –dijo Narcisa– son auxiliares preciosos en las regiones oscuras del Umbral, donde se encuentran no solamente los hombres desencarnados, sino también verdaderos monstruos que no corresponde ahora describir.

La enfermera con voz activa, llamó a los servidores que se hallaban a distancia, enviando uno de ellos al interior, transmitiendo avisos.

Miré atentamente aquel grupo extraño que se acercaba despacio.

Seis grandes carretas, formata diligencia, precedidas de cuadrillas de perros alegres y alborotadores, eran tiradas por animales que, de lejos, me parecían iguales a los mulos terrestres. Pero la nota más interesante era la de las grandes bandadas de aves de cuerpo voluminoso que volaban a corta distancia, por encima de las carretas, produciendo singulares ruidos.

Sin contenerme me dirigí a Narcisa preguntando:

–¿Dónde está el aerobús? ¿No sería posible utilizarlo en el Umbral?

Al decirme que no, indagué las razones.

Siempre atenta la enfermera me explicó:

–Es cuestión de densidad de la materia. Usted puede hacerse un ejemplo con el agua y el aire. El avión que atraviesa la atmósfera del planeta no puede hacer lo mismo en la masa líquida. Podríamos construir determinadas máquinas como el submarino, pero por espíritu de compasión hacia los que sufren, los núcleos espirituales superiores prefieren aplicar aparatos de transición. Además, en muchos casos, no se puede prescindir de la colaboración de los animales.

–¿Cómo puede ser eso? –pregunté sorprendido.

–Los perros facilitan el trabajo, los mulos soportan las cargas con paciencia y suministran calor en zonas donde es necesario, y aquellas aves –agregó indicándolas en el espacio– que denominamos ibis viajeras, son excelentes auxiliares de los Samaritanos, pues devoran las formas mentales odiosas y perversas, entrando en lucha franca con las tinieblas del Umbral.

La caravana venía acercándose.

Narcisa me miró con bondadosa atención y concluyó:

–Por ahora no se permiten informaciones minuciosas. Podrá recibir valiosas lecciones sobre los animales, pero no aquí sino en el Ministerio de Esclarecimiento, donde están situados los parques de estudio y de experimentación.

Distribuyendo órdenes de servicio, aquí y allá, se preparaba para recibir a nuevos enfermos del espíritu.

Con los recién llegados del umbral

Estacaran la jauría de perros a nuestro lado, conducida por trabajadores de pulso firme.

A los pocos minutos estábamos todos enfrentando los enormes corredores que daban ingreso a las Cámaras de Rectificación. Los servidores se movían con prontitud. Algunos enfermos eran llevados al interior bajo fuerte amparo. No sólo Narcisa sino Salustio y otros compañeros, se lanzaban a la lid llenos de amor fraternal; también los Samaritanos movilizaban sus energías con el afán de socorrer. Algunos enfermos se portaban con humildad y resignación, pero otros, reclamaban en alta voz.

Ejecutando igualmente el servicio, noté que una anciana procuraba bajar del último carro, con mucha dificultad. Observándome cerca, exclamó con espanto:

–¡Tenga piedad, hijo mío! ¡Ayúdeme por amor de Dios!

Me aproximé con interés.

–¡Dios mío! –continuó persignándose–. Gracias a la Providencia Divina me alejé del Purgatorio... ¡Ah! ¡Qué malditos demonios me atormentaban allá! ¡Qué infierno! Pero los ángeles del Señor siempre llegan.

La ayudé a bajar con extrema curiosidad. Por primera vez oía referencias sobre infierno y purgatorio salidas de labios que me parecía calmados y juiciosos. Tal vez obedeciendo a la malicia que me era peculiar, interrogué:

–¿Viene de tan lejos?

Hablando de ese modo afecté aires de profundo interés personal, como acostumbraba hacer en la Tierra, olvidando por completo en aquel instante, las sabias recomendaciones de la madre de Lisias. La pobre señora, percibiendo mi interés, comenzó a explicarse:

–De gran distancia. Fui en la Tierra, hijo mío, mujer de muy buenas costumbres; hice mucha caridad, recé incesantemente como sincera devota. Pero ¿quién puede con las artes de Satanás? Al salir del mundo me vi rodeada de seres monstruosos que me arrebataban en verdadero torbellino. Al principio imploré la protección de los Arcángeles Celestes. Sin embargo, aquellos Espíritus diabólicos me conservaron enclaustrada. Pero yo no perdía la esperanza de ser libertada de un momento a otro, porque dejé suficiente dinero para la celebración de misas mensuales por mi descanso.

Atendiendo al impulso vicioso de continuar asuntos que nada tenían que ver conmigo insistí:

–¡Qué interesantes sus observaciones! Pero, ¿no procuró saber las razones de haber demorado en aquellos parajes?

–¡En absoluto! –respondió persignándose–. Como le dije, mientras estuve en la Tierra hice lo posible por ser una buena religiosa. Usted sabe que nadie está libre de pecar. Mis esclavos provocaban ribalidades y contiendas, y aunque la fortuna me proporcionaba una vida en calma, de cuando en cuando era necesario aplicar disciplinas. Los capataces eran excesivamente escrupulosos y yo no podía vacilar en las órdenes de cada día.

No era raro que algún negro muriera en el tronco para escarmiento general; otras veces era obligada a vender madres cautivas, separándolas de los hijos por cuestiones de armonía doméstica. En esas ocasiones sentía que mi conciencia me remordía, pero me confesaba todos los meses cuando el sacerdote Amancio visitaba la hacienda y, después de la comunión, estaba libre de esas faltas venales, porque recibiendo la absolución en el confesionario e ingiriendo la sagrada partícula, estaba nuevamente al día con todos mis deberes para con el mundo y para con Dios.

A esa altura, escandalizado con aquella exposición comencé a adoctrinar:

–Hermana mía, esa razón de paz espiritual era falsa. Los esclavos eran igualmente nuestros hermanos. Ante el Padre Eterno los hijitos de los siervos son iguales a los demás hombres, iguales a los de sus señores.

Oyéndome golpeó el pie autoritariamente y habló irritada:

–¡Eso sí que no! Esclavo es esclavo. Si así no fuera, la religión nos enseñaría lo contrario. Si había cautivos en las casas de los obispos, ¿por qué no habría de haberlos en nuestras haciendas? ¿Quién habría de sembrar la tierra, sino ellos? Y, ¡créame, siempre les concedí mis cabañas como un verdadero privilegio!... En mi hacienda nunca vinieron al salón de las visitas sino para cumplir mis órdenes. El Padre Amancio, nuestro virtuoso sacerdote, me dijo en confesión que los africanos son los peores seres del mundo, nacidos exclusivamente para servir a Dios en cautiverio. ¿Piensa, pues, que podía llenar de escrúpulos en mi trato con esa especie de seres? ¡No tenga duda alguna; los esclavos son seres perversos, hijos de Satanás! Me admiro de la paciencia con que toleré a esa gente en la Tierra. Debo declarar que salí casi inesperadamente del cuerpo, ante el choque que me produjo la determinación de la Princesa libertando a esos

bandidos. Pasaron muchos años pero lo recuerdo perfectamente. Me hallaba enferma, hacía muchos días, y cuando el Padre Aman-
cicio me trajo la noticia de la ciudad, empeoré súbitamente. ¿Cómo
podríamos quedar en el mundo viendo a esos criminales en
libertad? Seguramente ellos desearían esclavizarnos a su vez, y
antes de servir a gente de esa laya, ¿no sería mejor morir?
Recuerdo que me confesé con dificultad, recibí las palabras de
alivio de nuestro sacerdote; pero parece que los demonios son
también africanos y vivían al acecho, viéndome obligada a sufrir
su presencia hasta hoy...

–¿Y cuándo vino?

–En mayo de 1888.

Experimenté extraña sensación de espanto.

La interlocutora fijó su mirada sin brillo en el horizonte y
dijo:

–Es posible que mis sobrinos hayan olvidado de pagar las
misas, pese a haberlo dispuesto en mi testamento.

Iba a contestarle llevando su modo de razonar a una zona
superior, suministrándole nuevas ideas de fraternidad y de fe,
pero Narcisa se aproximó y me dijo con bondad:

–André, amigo mío, ¿olvida que estamos proporcionando
alivio a enfermos y perturbados? ¿Qué provecho saca de tales
informaciones? Los dementes hablan incesantemente y quien
los oye gastando interés espiritual, no puede estar menos loco.

Aquellas palabras fueron dichas con tanta bondad que
enrojecí de vergüenza y sin valor para responder.

–No se impresione –dijo la enfermera delicadamente–,
atendamos a los hermanos perturbados.

–Pero, ¿usted opina que yo estoy en ese número? –preguntó

la anciana con melindres.

Narcisa, demostrando sus excelentes condiciones de psicóloga, tomó expresión de fraternidad cariñosa y exclamó:

–No, amiga mía, no digo eso. Creo, cuando más, que usted debe estar muy cansada; su esfuerzo purgatorial fue muy largo...

–Justamente, justamente –aclaró la recién llegada del Umbral–, no puede imaginarse lo que he sufrido torturada por los demonios...

La pobre entidad iba a continuar repitiendo la misma historia, pero Narcisa, enseñándome como proceder en tales circunstancias intervino:

–No comente el mal. Ya sé todo lo que le ocurrió de amargo y de doloroso. Descanse pensando que voy a atenderla.

En el mismo instante, se dirigió a uno de los auxiliares diciéndole sin alteración:

–Zenobio, vaya al departamento femenino y llame a Nemesia, en mi nombre, para que conduzca a una hermana más a los lechos de tratamiento.

Encuentro singular

Se estaban guardando los pertrechos de la excursión y se recogían los animales de servicio, cuando la voz de alguien se hizo oír cariñosamente a mi lado:

–¡André! ¿Usted aquí? ¡Muy bien! ¡Qué agradable sorpresa!...

Me di vuelta sorprendido y reconocí en el Samaritano que así hablaba, al viejo Silveira, persona conocida quien mi padre, como negociante inflexible, despojara un día de todos los bienes.

Justa vergüenza me dominó, entonces. Quise saludarlo, corresponder al gesto afectuoso, pero el recuerdo del pasado me paralizó de súbito. No podía fingir en aquel ambiente nuevo, donde la sinceridad transparentaba en todos los semblantes. Fue el propio Silveira quien, comprendiendo la situación, vino en mi socorro agregando:

–Francamente, ignoraba que hubiera dejado el cuerpo y menos aún pensaría encontrarlo en Nuestro Hogar.

Identificándole su amabilidad espontánea, lo abracé conmovido, murmurando palabras de reconocimiento.

Quise ensayar algunas explicaciones referentes al pasado, pero no lo conseguí. En el fondo, deseaba pedir disculpas por el procedimiento de mi padre, llevándole al extremo de una quiebra

desastrosa. En aquel instante yo revivía mentalmente la escena del pretérito. La memoria exhibía de nuevo, el vivo cuadro del pasado. Me parecía oír aún a la señora Silveira, cuando fue a nuestra casa, suplicante, a aclarar su situación. El marido estaba enfermo en cama, desde hacía mucho tiempo, agravándosele la penuria con la enfermedad de los dos hijitos. Las necesidades eran grandes y los tratamientos exigían sumas considerables. La pobrecita lloraba llevando el pañuelo a los ojos. Pedía un nuevo plazo para el pago; imploraba concesiones justas. Se humillaba dirigiéndose a mi madre con miradas de dolor, como rogándole comprensión y socorro en su corazón de mujer. Recordé que mi madre intercedió, atentamente, y pidió a mi padre que olvidase los documentos firmados, absteniéndose de cualquier acción judicial. Pero mi padre, acostumbrado a transacciones importantes y siempre favorecido por la suerte, no podía comprender la situación del minorista. Se mantuvo irreductible. Declaró que lamentaba lo ocurrido, que ayudaría al cliente y amigo de otro modo, pero, resaltando que en lo tocante a la deuda reconocida, no veía otra alternativa que la de cumplir religiosamente las disposiciones legales. No podía, afirmaba, quebrar las normas y precedentes de su establecimiento comercial. Las letras de cambio tendrían efecto legal. Y consolaba a la esposa afligida, comentando la situación de otros clientes que, a su modo de ver, se encontraban en peores condiciones que Silveira. Recordé las miradas de simpatía que mi madre dirigió a la desventurada señora ahogada en lágrimas. Mi padre manifestó profunda indiferencia a todas las súplicas y, cuando la pobre mujer se despidió, reprendió a mi madre austeramente, prohibiéndole cualquier intromisión en la esfera de sus negocios. La pobre familia tuvo que sufrir la ruina financiera completa. Recordaba, perfectamente, el instante en que el propio piano de la señorita Silveira fue retirado de la residencia para satisfacer las últimas exigencias del acreedor implacable.

Quería disculparme pero no encontraba frases justas, porque en aquella ocasión, también yo había aconsejado a mi padre consumir el inicuo atentado. Consideraba a mi madre excesivamente sentimental y lo induje a proseguir en la acción hasta el fin. Muy joven todavía, la vanidad se había posesionado de mí. No quería saber si otros sufrían; no conseguía entrever las necesidades ajenas. Veía, solamente, los derechos de mi casa y nada más. En ese punto, había sido inexorable. Consideraba inútil cualquier argumentación materna.

Derrotados en la lucha, los Silveira habían buscado un rincón humilde en el interior del país, amargados por el desastre financiero y la extrema penuria. Nunca había vuelto a tener noticias de aquella familia que, con seguridad, nos debía odiar.

Esas reminiscencias se alineaban en mi cerebro con la rapidez de segundos. En un momento, reconstituyera todo el pasado de sombras.

Mientras yo disimulaba mal mi desazón, Silveira, sonriendo, me llamaba a la realidad:

–¿Ha visitado al viejo?

Aquella pregunta, evidenciando extraño cariño espontáneo, aumentaba mi vergüenza. Aclaré que, a pesar del inmenso deseo, no había conseguido aún tal satisfacción.

Silveira identificó mi dificultad y, apiadándose tal vez de mi estado íntimo, procuró apartarse.

Me abrazó caballerosamente y volvió al trabajo activo.

Muy desconcertado, busqué a Narcisa, ansioso de consejos. Le expuse lo ocurrido, detallando los sucesos terrenales.

Ella me escuchó con paciencia y observó cariñosamente:

–No me extrañó el hecho. Me vi, hace tiempo, en las

mismas condiciones. Ya tuve la felicidad de encontrar por aquí al mayor número de personas que ofendí en el mundo. Sé, hoy, que eso es una bendición del Señor, que renueva la oportunidad de restablecer la simpatía interrumpida, recomponiendo hilos rotos, de la corriente espiritual.

Y, tornándose más categórica en la enseñanza, preguntó:

–¿Aprovechó usted la hermosa oportunidad?

–¿Qué quiere decir? –indagué.

–¿Se disculpó con Silveira? –preguntó–. Mire que es una gran felicidad reconocer los propios errores. Ya que puede examinarse a sí mismo con bastante luz de entendimiento, identificándose como antiguo ofensor, no pierda la oportunidad de hacerse de un amigo. Vaya, mi amigo, y abrácelo de otra manera. Aproveche el momento, porque Silveira está siempre ocupadísimo y quizás no se le ofrezca en mucho tiempo otra oportunidad.

Notando mi indecisión, Narcisa agregó:

–No tema un fracaso. Siempre que ofrecemos razonamiento y sentimiento al bien, Jesús nos concede todo aquello que se hace necesario para el éxito. Tome la iniciativa. Emprender acciones dignas, cualquiera que ellas sean, representa una honra legítima para el alma. Recuerde el Evangelio y busque el tesoro de la reconciliación.

No vacilé más. Corrí al encuentro de Silveira y le hablé abiertamente, rogándole que perdonara a mi padre y a mí, las ofensas y los errores cometidos.

–Como puede comprender, nosotros estábamos ciegos –acentué–. En tal estado nada conseguíamos vislumbrar a no ser el propio interés. Cuando el dinero se une a la vanidad, Silveira, difícilmente puede el hombre apartarse del mal camino.

Silveira conmovidísimo, no me dejó terminar:

–¡Vamos, André! ¿Quién está exento de faltas? ¿Puede usted creer que yo vivía exento de errores? Además, su padre fue mi verdadero instructor. Mis hijos y yo le debemos benditas lecciones de esfuerzo personal. Sin aquella actitud enérgica que nos substrajo a debilidades materiales, ¿qué sería de nosotros en lo tocante al progreso del espíritu? Aquí renovamos todos los viejos conceptos de la vida humana. Nuestros adversarios no son propiamente enemigos y sí benefactores. No se entregue a recuerdos tristes. Trabajemos con el Señor, reconociendo lo infinito de la vida.

Emocionado, mirando fijamente mis ojos húmedos, me acarició paternalmente y concluyó:

–No pierda el tiempo con eso. Dentro de poco, quiero tener la satisfacción de visitar a su padre, junto con usted.

Entonces, abracé en silencio, experimentando nueva alegría en mi alma. Me pareció que en uno de los escondrijos del corazón, se me había encendido una divina luz para siempre.

El sueño

Prosiguieron los servicios de manera incesante con enfermos que exigían cuidados, y perturbados que reclamaban atenciones.

Al caer de la noche, ya me sentía integrado en el mecanismo de los pases, aplicándolos a los necesitados de toda suerte.

Por la mañana regresó Tobías a las Cámaras y, más por generosidad que por otro motivo, me estimuló con palabras animosas.

–¡Bien, André! –exclamó contento–, lo voy a recomendar al Ministro Genesio, y por los servicios iniciales, recibirá el doble de bonus.

Ensayaba palabras de reconocimiento, cuando la señora Laura y Lisias llegaban y me abrazaban.

–Nos sentimos profundamente satisfechos –dijo la generosa señora sonriendo–. Lo acompañé en Espíritu durante la noche y su estreno en el trabajo es motivo de justa alegría en nuestro círculo doméstico. Tuve la satisfacción de llevar la noticia al Ministro Clarencio, que me recomendó que lo cumplimentase en su nombre.

Cambiaron observaciones afectuosas con Tobías y Narcisa. Me pidieron un relato verbal de las impresiones, y yo no cabía en

mí de contento.

Pero más sublimes alegrías se reservaban para después.

No obstante la invitación amable de la progenitora de Lisias para que regresase a casa a descansar, Tobías puso a mi disposición un apartamento de reposo ubicado junto a las Cámaras de Rectificación, aconsejándome algún descanso. De hecho sentía gran necesidad de dormir. Narcisa me preparó el lecho con desvelos de hermana.

Recogido en aquel cuarto confortable y espacioso, oré al Señor de la Vida agradeciéndole la bendición de haber sido útil. La “provechosa fatiga” de los que cumplen el deber no me dejó oportunidad para una vigilia desagradable.

A los pocos instantes sensaciones de suavidad invadieron mi alma y tuve la impresión de ser arrebatado en un pequeño barco rumbo a regiones desconocidas. ¿Adónde me dirigía? Imposible responder. A mi lado un hombre silencioso sostenía el remo. Cual niño que no puede enumerar ni definir las bellezas del camino, me dejaba conducir sin hacer exclamación alguna, aunque extasiado con las magnificencias del paisaje. Me parecía que la embarcación seguía aceleradamente a pesar de los movimientos de ascensión.

Transcurridos algunos minutos, me vi frente a un puerto donde alguien me llamó con especial cariño:

–¡André!... ¡André!...

Desembarqué con precipitación verdaderamente infantil. Reconocería aquella voz entre millares. En un momento, abrazaba a mi madre en transportes de júbilo.

Fui conducido por ella a un prodigioso bosque donde las flores estaban dotadas de singular propiedad: la de retener la luz revelando la fiesta permanente del perfume y del color. Tapetes

dorados y luminosos se extendían bajo los árboles que susurraban al viento. Mis impresiones de felicidad y de paz eran indecibles. El sueño no se verificaba como sucede en la Tierra. Yo sabía que había dejado mi vehículo inferior en el apartamento de las Cámaras de Rectificación en Nuestro Hogar y tenía la absoluta conciencia de aquel movimiento en un plano distinto. Mis nociones de espacio y de tiempo eran exactas. La riqueza de emociones, a su vez, se afirmaba a cada instante con más intensidad. Después de dirigirme sagrados incentivos de espiritualidad, mi madre declaró bondadosamente:

–Mucho rogué a Jesús que me permitiese tenerte a mi lado en el primer día de tu servicio. Como puedes ver, hijo mío, el trabajo es un tónico divino para el corazón. Numerosos compañeros nuestros, después de dejar la Tierra, se demoran en actitudes contraproducentes aguardando milagros que jamás se verificarán. De ese modo reducen hermosas capacidades a simples expresiones parasitarias. Algunos se dicen descorazonados por la soledad; otros, como sucedía en la Tierra, se declaran en desacuerdo con el medio a que fueron llamados para servir al Señor. Es indispensable, André, convertir toda oportunidad de la vida en motivo de atención a Dios. En los círculos inferiores, hijo mío, el plato de sopa al hambriento, el bálsamo al leproso, el gesto de amor al desilusionado son servicios que nunca quedarán olvidados en la Casa de Nuestro Padre. Aquí, igualmente, la mirada de comprensión al culpable, la promesa evangélica a los que viven en desesperación y la esperanza al afligido, constituyen bendiciones de trabajo espiritual que el Señor observa y registra a nuestro favor...

La fisonomía de mi madre estaba más bella que nunca. Sus ojos de virgen parecían irradiar sublime luminosidad; sus manos me transmitían, en gestos de ternura, fluidos creadores de nuevas energías, a la vez que cariñosas emociones.

–El Evangelio de Jesús, André –continuó diciendo amorosamente–, nos recuerda que hay mayor alegría en dar que en recibir. Aprendamos a concretizar semejante principio en el esfuerzo diario al que somos conducidos por nuestra propia felicidad. Da siempre, hijo mío. Sobre todo jamás olvides darte a ti mismo en tolerancia constructiva, en amor fraternal y en divina comprensión. La práctica del bien exterior es una enseñanza y una llamada para que lleguemos a la práctica del bien interior. Jesús dio más de sí para el engrandecimiento de los hombres que todos los millonarios de la Tierra congregados en el servicio sublime de la caridad material. No te avergüences de amparar a los ilagosos y esclarecer a los locos que penetren en las Cámaras de Rectificación, donde observé espiritualmente tus servicios durante la pasada noche. Trabaja, hijo mío, haciendo el bien. En todas nuestras colonias espirituales, así como en las esferas del globo, viven almas inquietas, ansiosas de novedades y distracción. Pero, siempre que puedas, olvida el entretenimiento y busca el servicio útil. Así como yo, indigente como soy, puedo ver, en Espíritu, tus esfuerzos en Nuestro Hogar y seguir las penas de tu padre en las zonas umbralinas, Dios nos ve y acompaña a todos, desde el más esclarecido embajador de su bondad, hasta los últimos seres de la Creación, muy por debajo aún de los gusanos de la Tierra.

Mi madre hizo una pausa que deseé aprovechar para decir alguna cosa, pero no pude. Lágrimas de emoción embargaban mi voz. Ella me dirigió una cariñosa mirada comprendiendo la situación y continuó:

–Conocemos aquí en la mayoría de las colonias espirituales, la remuneración del servicio por el bonus hora. Nuestra base de compensación une dos factores esenciales. El bono representa la posibilidad de recibir alguna cosa de nuestros hermanos en lucha o bien remunerar a alguien que encontremos en nuestras

misiones; pero el criterio en cuanto al valor de la hora pertenece exclusivamente a Dios. En la bonificación exterior puede haber muchos errores de nuestra personalidad falible, considerando nuestra posición de criaturas en labores de evolución, como sucede en la Tierra; pero en lo concerniente al contenido espiritual de la hora, hay correspondencia directa entre el Servidor y las Fuerzas Divinas de la Creación. Es por eso, André, que nuestras actividades experimentales, en el progreso común, a partir de la esfera carnal, sufren continuas modificaciones todos los días. Tablas, cuadros y pagos son modalidades de experimentación de los administradores a quienes el Señor concedió la oportunidad de cooperar en sus Obras Divinas de la Vida, así como concede a la criatura el privilegio de ser padre o madre por algún tiempo en la Tierra y en otros mundos. Todo administrador sincero es celoso de los servicios que le competen; todo padre consciente está lleno de desvelado amor. Dios también, hijo mío, es Administrador vigilante y Padre devotísimo. A nadie olvida y se reserva el derecho de entenderse con el trabajador en cuanto al verdadero provecho en el tiempo de servicio. Toda compensación exterior afecta a la personalidad en experiencia; pero todo valor de tiempo interesa a la personalidad eterna, a aquella que permanecerá siempre en nuestros círculos de vida, en marcha hacia la gloria de Dios. ¡Es por esta razón que el Altísimo concede sabiduría al que gasta el tiempo en aprender y da más vida y más alegría a los que saben renunciar!...

Mi madre calló mientras yo me enjugaba los ojos. Entonces ella me tomó en sus brazos acariciándome con desvelo. Como el niño que se adormece después de la lección, perdí la conciencia de mí mismo para despertar más tarde en las Cámaras de Rectificación, experimentando vigorosas sensaciones de alegría.

La conferencia de la ministra

En el curso de los trabajos del día inmediato, grande era mi interés por la conferencia de la Ministra Veneranda. Consciente de que necesitaría permiso me entendí con Tobías al respecto.

–A esas aulas –dijo él–, van a oír solamente los Espíritus sinceramente interesados. Los instructores aquí no pueden perder el tiempo. Queda usted autorizado para comparecer con los demás oyentes, que se cuentan por centenares, entre servidores y acogidos a los Ministerios de Regeneración y de Auxilio.

Con un gesto afectuoso y de estímulo concluyó:

–Le deseo excelente provecho.

El nuevo día transcurrió en servicio activo. El contacto con mi madre y sus bellas observaciones relacionadas con la práctica del bien, llenaban mi Espíritu de sublime confortamiento.

Al principio, después de despertar, aquellas aclaraciones sobre el bonus hora habían suscitado en mí ciertas interrogaciones importantes. ¿Cómo podría ser que la compensación de la hora se hallase afectada a Dios? ¿No era la distribución y cuenta del tiempo una atribución del administrador espiritual o humano? Tobías vino a esclarecer mi inteligencia hambrienta de luz. Los

administradores en general, tienen a su cargo la obligación de contar el tiempo de los servicios, siendo justo, igualmente que instituyan elementos de respeto y consideración al mérito del trabajador; pero en cuanto al valor esencial del aprovechamiento sólo las Fuerzas Divinas lo pueden determinar con exactitud. Hay servidores que después de cuarenta años de actividad especial, se retiran de ella como si fuesen incipientes de la primera hora, probando que gastaron el tiempo sin emplearse ni dedicarse espiritualmente, así como existen hombres que alcanzando cien años de existencia, salen de ella con la misma ignorancia de su edad infantil.

–Tan precioso es el concepto de su madre –dijo Tobías– que basta recordar las horas de los hombres buenos y de los malos. En los primeros se transforman en graneros de bendiciones del Eterno, en los segundos en látigos de tormento y remordimiento, como si fuesen seres malditos. Cada hijo rinde cuentas al Padre, de conformidad con el empleo de la oportunidad o según sean sus obras.

Esa contribución al esclarecimiento me auxilió a ponderar el valor del tiempo en todos los sentidos.

Llegada la hora destinada a la conferencia de la Ministra, que se efectuó después de la oración vespertina, me dirigí en compañía de Narcisa y de Salustio hacia el gran salón situado en plena Naturaleza.

Era una verdadera maravilla aquel recinto verde, donde grandes bancos de yerba nos acogieron confortablemente. Flores diversas brillando a la luz de bellos candelabros exhalaban delicado perfume.

Calculé la asamblea en más de mil personas. En la disposición común de la gran reunión noté que veinte entidades se hallaban sentadas en sitio destacado entre nosotros y cerca de la eminencia

florida donde se veía la poltrona de la instructora.

A una pregunta mía Narcisa explicó:

–Estamos en la asamblea de oyentes. Aquellos hermanos que se hallan en lugar preferente son los más adelantados en la materia que se va a tratar hoy; compañeros que pueden interpelar a la Ministra. Adquirieron ese derecho por la aplicación al tema, condición que podemos alcanzar también nosotros mismos.

–¿No puede usted figurar entre ellos? –indagué.

–No. Por ahora sólo me podré sentar allí, cuando la instructora verse sobre el tratamiento a los Espíritus perturbados. Hay hermanos que permanecen allí, mientras se desarrollan las más diversas tesis, de acuerdo a la cultura que ya hayan adquirido.

–Es muy interesante el proceso –expresé.

–El Gobernador –prosiguió la enfermera– determinó esa medida en las clases y charlas de todos los Ministros, para que los trabajos no se convirtiesen en desviaciones de personalismo, sin base justa y con pérdida de tiempo para el conjunto. Cualquier duda, cualquier punto de vista verdaderamente útil, podrá ser aclarado o aprovechado teniendo en vista el momento adecuado.

Acababa ella de hablar cuando la Ministra penetró en el recinto, en compañía de dos señoras de aspecto distinguido, que Narcisa informó que eran Ministras de Comunicaciones.

Veneranda esparció con sólo su presencia, enorme alegría en todos los semblantes. No mostraba la fisonomía de una anciana, lo cual contrastaba con el nombre; pero sí el semblante de una noble señora de edad madura llena de sencillez y sin afectación.

Después de conversar ligeramente con los veinte compañeros, como para tomar informes sobre las necesidades dominantes en la asamblea general, con relación al tema de la noche, comenzó a decir:

–Como siempre, no puedo aprovechar esta reunión para un discurso de larga duración; pero me hallo aquí para conversar con ustedes relacionando algunas observaciones sobre el pensamiento.

Se encuentran entre nosotros, en este momento, algunos centenares de oyentes que se sorprenden con nuestra esfera llena de formas análogas a las del planeta. ¿No habían aprendido que el pensamiento es el lenguaje universal? ¿No habían sido informados de que la creación mental lo es casi todo en nuestra vida? Son numerosos los hermanos que formulan semejantes preguntas. Todavía encuentran aquí la habitación, el utensilio y el lenguaje terrestre. Con todo, esta realidad no debe causar sorpresa a nadie. No podemos olvidar que hemos vivido hasta ahora (refiriéndonos a la existencia humana), en viejos círculos de antagonismo vibratorio. El pensamiento es la base de las relaciones espirituales de los seres, pero no podemos olvidar que somos millones de almas dentro del Universo, algo insumisas aún a las leyes universales. No somos todavía comparables a los hermanos más viejos y más sabios, próximos a lo Divino, pero sí millones de entidades viviendo en los caprichosos “mundos inferiores” de nuestro Yo. Los grandes instructores de la Humanidad carnal, enseñan principios divinos y exponen verdades eternas y profundas en los círculos del globo. Pero, en general, en las actividades terrestres recibimos noticias de esas leyes sin someternos a ellas, y tomamos conocimiento de esas verdades sin consagrarles nuestras vidas.

¿Sería creíble que, tan sólo por admitir el poder del pensamiento, quedase el hombre libre de toda condición inferior? ¡Imposible!

Una existencia secular, en la carne terrestre, representa un período demasiado corto para que podamos aspirar a la posición de cooperadores esencialmente divinos. Nos informamos con respecto a la fuerza mental en el aprendizaje mundano, pero olvidamos que toda nuestra energía, en este particular, ha sido empleada por nosotros en sucesivos milenios en creaciones mentales destructivas y perjudiciales a nosotros mismos.

Somos admitidos a los cursos de espiritualización en las diversas escuelas religiosas del mundo, pero con frecuencia actuamos exclusivamente en el terreno de las afirmativas verbales. Nadie podrá atender al deber sólo con palabras. Nos enseña La Biblia que el propio Señor de la Vida no se estacionó en el Verbo, y que continuó el trabajo creador en la Acción.

Todos sabemos que el pensamiento es fuerza esencial, pero no admitimos nuestro milenario vicio en el desvío de esa fuerza.

Ahora es cosa admitida que un hombre está obligado a alimentar a los propios hijos, pues en las mismas condiciones, cada Espíritu está compelido a mantener y nutrir las creaciones que le son peculiares. Una idea criminal producirá generaciones mentales de la misma naturaleza; un principio elevado, obedecerá a la misma ley. Recurramos a un símbolo más simple. Después de elevarse a las alturas, el agua vuelve purificada portando vigorosos fluidos vitales en el rocío protector o en la lluvia benéfica; si la conservamos con los detritos de la tierra, la haremos vivienda de microbios destructores.

El pensamiento es fuerza viva en todas partes; es atmósfera creadora que envuelve al Padre y a los hijos, a la Causa y a los Efectos en el Hogar Universal. En él se transforman los hombres en ángeles, camino al cielo, o se hacen genios diabólicos, camino al infierno.

¿Comprenden ustedes la importancia de todo eso? Ciertamente, en las mentes evolucionadas, tanto entre los desencarnados como entre los encarnados, basta el intercambio mental sin necesidad de las formas; y es justo destacar que el pensamiento en sí, es la base de todos los mensajes silenciosos de la idea, en los maravillosos planos de la intuición, entre seres de toda especie. Dentro de ese principio, el Espíritu que haya vivido exclusivamente en Francia, podrá comunicarse en Brasil, de pensamiento a pensamiento, prescindiendo de la forma verbal que, en este caso, será siempre la del receptor; pero ello exige también la afinidad pura. No nos hallamos todavía en esferas de absoluta pureza mental donde to-

das las criaturas tienen afinidades entre sí. Cultivamos afinidad unos con los otros, en núcleos aislados y somos compelidos a proseguir en construcciones transitorias de la Tierra, a fin de regresar a los círculos planetarios con un mayor bagaje evolutivo.

Por tanto, Nuestro Hogar, como ciudad espiritual de transición, es una bendición para nosotros concedida por “acrecimiento de misericordia”, para que algunos se preparen para la ascensión, y para que la mayoría vuelva a la Tierra para servicios redentores. Comprendamos la grandiosidad de las leyes del pensamiento y sometámonos a ellas desde hoy.

Después de una larga pausa, la Ministra sonrió al auditorio y preguntó:

–¿Quién desea aprovechar?

De inmediato, suave música llenó el recinto de exquisitas melodías.

Veneranda conversó todavía por mucho tiempo revelando amor y comprensión, delicadeza y sabiduría.

Sin solemnidad alguna en sus gestos que evidenciase el término de la charla dio por concluido el acto con aquella pregunta graciosa.

Cuando observé que los compañeros se levantaban para despedirse a los acordes de la música habitual, indagué a Narcisa sorprendido:

–¿Qué es esto? ¿Acabó ya la reunión?

La bondadosa enfermera aclaró sonriente;

–La Ministra Veneranda es siempre así. Finaliza la charla en medio del mayor interés. Ella acostumbra a afirmar que las prédicas evangélicas comenzaron con Jesús, pero que nadie puede saber cuándo y cómo terminarán.

El caso Tobías

En el tercer día de trabajo me alegró Tobías con una agradable sorpresa. Terminado el servicio al atardecer, al haberse encargado otros de la asistencia nocturna, fui fraternalmente llevado a su residencia donde me aguardaban bellos momentos de alegría y aprendizaje.

Al entrar me presentó a dos señoras: una de edad y la otra aproximándose a la edad madura. Aclaró que ésta era su esposa y la otra, hermana. Luciana e Hilda, afables y dedicadas se destacaban en gentilezas.

Reunidos en la hermosa biblioteca de Tobías, examinamos maravillosos volúmenes, tanto por su encuadernación como por su contenido espiritual.

La señora Hilda me invitó a visitar el jardín para que pudiese observar algunos canteros de caprichosas formas. Cada casa en Nuestro Hogar parecía especializarse en el cultivo de determinadas flores. En casa de Lisias las glicinas y los lirios se contaban por centenares; en la residencia de Tobías las innumerables hortensias desabrochaban entre verdes tapetes de violetas. Bellas pérgolas de delicados árboles, recordando al bambú tierno, presentaban en lo alto una trepadora interesante cuya especialidad consiste en unir frondas diversas a guisa de enormes lazos floridos, en la enramada de los árboles, formando gracioso techo.

No sabía cómo traducir mi admiración. La atmósfera estaba embalsamada de embriagador perfume. Comentábamos la belleza del paisaje en general visto desde aquel ángulo del Ministerio de Regeneración, cuando Luciana nos llamó al interior para hacer una ligera refección.

Encantado con aquel ambiente sencillo lleno de notas de sincera fraternidad no sabía cómo agradecer al generoso anfitrión.

A cierta altura de la amable conversación, Tobías dijo sonriente:

–Mi amigo, realmente usted es aún novato en nuestro Ministerio y probablemente desconozca mi caso familiar.

Las dos señoras sonrieron al mismo tiempo y observando mi silenciosa interpelación, el dueño de la casa continuó:

–Es verdad que tenemos varios grupos en las mismas condiciones. Imagínese que fui casado dos veces...

Indicando las dos compañeras presentes, prosiguió con gesto de buen humor.

–Creo que nada es necesario aclarar en cuanto a las esposas.

–¡Ah, sí! –murmuré extremadamente confundido–. ¿Quiere decir que las señoras Hilda y Luciana participaron de sus experiencias en la Tierra?...

–Eso mismo –respondió tranquilo.

En ese ínterin la señora Hilda tomó la palabra dirigiéndose a mí:

–Disculpe a nuestro Tobías, hermano André. Él está siempre dispuesto a hablar del pasado, cuando nos encontramos con alguna visita recién llegada de la Tierra.

–¿No será motivo de júbilo vencer al monstruo de los celos inferiores –adujo con el mejor buen humor–, conquistando, por lo menos, alguna expresión de real fraternidad?

–De hecho –objeté– el problema nos interesa profundamente a todos. Hay millones de personas en los círculos del planeta en estado de segundas nupcias. ¿Cómo resolver tan alta cuestión afectiva considerando la espiritualidad eterna? Sabemos que la muerte del cuerpo apenas transforma sin destruir. Los lazos del alma prosiguen a través del Infinito. ¿Cómo proceder? ¿Condenar al hombre o a la mujer que se casaron más de una vez? Encontraríamos millones de criaturas en esas condiciones. Muchas veces recordé, con interés, el pasaje evangélico en que el Maestro nos promete la vida de los ángeles, cuando se refirió al casamiento en la Eternidad.

–Es forzoso reconocer con toda nuestra veneración al Señor –atajó bondadosamente el anfitrión–, que aún no nos hallamos en la esfera de los ángeles y sí en la de los hombres desencarnados.

–Entonces, ¿cómo solucionar aquí semejante situación? –pregunté.

Tobías sonrió y consideró:

–Muy simplemente. Reconocemos que entre el irracional y el hombre hay enorme serie gradual de posiciones. Así también, entre nosotros, el camino hasta el ángel representa inmensa distancia a recorrer. Ahora, ¿cómo podemos aspirar a la compañía de los seres angelicales si aún no somos ni siquiera fraternales los unos con los otros? Claro que existen caminantes de ánimo fuerte que se revelan superiores a todos los obstáculos de la senda, por el supremo esfuerzo de la voluntad; pero la mayoría no prescinde de puentes o del socorro de guardianes caritativos. En vista de esa verdad, los casos de esa naturaleza son resueltos en los cimientos de la fraternidad legítima, reconociéndose que el verdadero casamiento es el de las almas, y que esa unión nadie podrá quebrantarla.

En ese instante Luciana que se mantenía silenciosa intervino agregando:

–Conviene explicar además que todo eso, felicidad y comprensión, lo debemos al espíritu de amor y renuncia de nuestra Hilda.

La señora Hilda demostrando digna humildad acentuó:

–Cállense. Nada de cualidades que no poseo. Trataré de hacer un sumario de nuestra historia con el fin de que nuestro huésped conozca mi doloroso aprendizaje.

Y continuó después de fijar un gesto de narradora amable:

–Tobías y yo nos casamos en la Tierra cuando éramos todavía muy jóvenes, en obediencia a sagradas afinidades espirituales. Creo innecesario describir la felicidad de dos almas que se unen y se aman verdaderamente en el matrimonio. Pero la muerte, al parecer celosa de nuestra ventura, me substrajo del mundo, al nacer nuestro segundo hijito. Nuestro tormento fue indescriptible. Tobías lloraba sin remedio mientras yo me veía sin fuerzas para sofocar la propia angustia. Pesados días de sombras se abatieron sobre mí. No tuve otro remedio sino continuar agarrada al marido y a la pareja de hijitos, sorda a todas las aclaraciones que los amigos espirituales me enviaban por intuición.

Quería luchar como la gallina al lado de sus polluelos. Reconocía que el esposo necesitaba reorganizar el ambiente doméstico y que los pequeñitos reclamaban asistencia maternal. La situación se tornaba francamente insoportable. Mi cuñada soltera no toleraba a los niños y la cocinera apenas fingía dedicación. Dos mujeres jóvenes pautaban su conducta personal por la insensatez. No pudo Tobías aplazar la solución justa y transcurrido un año de aquella situación, se casó con Luciana contrariando mis caprichos. ¡Ah! ¡Si supiese cómo me rebelé! Me asemejaba a una loba herida. Mi ignorancia llegó al extremo de luchar contra la pobrecita, intentando aniquilarla. Entonces Jesús me concedió la visita providencial de mi abuela materna, desencarnada hacía muchos años. Ella se me presentó como quien no deseaba nada, llenándome de sorpresa; se sentó a mi lado, me apretó contra su pecho, como en otro tiempo y me preguntó lacrimosa: “¿Qué haces nieta

mía? ¿Qué papel es el tuyo en la vida? ¿Eres una leona o un alma consciente de Dios? Pues nuestra hermana Luciana les sirve de madre a tus hijitos; trabaja como una criada en la casa; es jardinera de tu jardín, soportando la bilis de tu marido. Y ¿cómo es que no puede asumir el lugar provisional de compañera de luchas, al lado de él? ¿Es así cómo tu corazón agradece los beneficios divinos y remunera a aquellos que le sirven? ¿Quieres una esclava y desprecias a una hermana? ¡Hilda! ¡Hilda! ¿Dónde dejas la religión del Crucificado que aprendiste? ¡Mi pobre nieta! ¡Pobrecita mía!...” Me abracé anegada en lágrimas, a aquella viejecita santa, y abandoné el antiguo ambiente doméstico quedando en compañía de ella para los servicios de Nuestro Hogar. Desde esa época, tuve en Luciana una hija más. Trabajé entonces intensamente. Me consagré al estudio serio, al mejoramiento moral de mí misma; busqué oportunidades para ayudar a todos, sin distinción, en nuestro antiguo hogar terrestre. Constituyó Tobías una nueva familia que pasó a pertenecerme por los sagrados lazos espirituales. Más tarde, volvió él, reuniéndose conmigo, acompañado de Luciana, que vino también a reunirse con nosotros para nuestra completa alegría. Esta es, amigo mío, nuestra historia...

Entretanto, Luciana tomó la palabra y observó:

–Pero ella no ha dicho cuánto se ha sacrificado, enseñándome con ejemplos.

–¿Qué dices, hija? –preguntó la señora Hilda acariciando su mano derecha.

Luciana sonrió agregando:

–Gracias a Jesús y a ella, aprendí que hay casamientos por amor, por fraternidad, prueba y deber y, el día en que Hilda me besó perdonándome sentí que mi corazón se libraba del monstruo que constituye el celo inferior. El matrimonio espiritual se realiza alma con alma, representando lo demás simples conciliaciones, indispensables para la solución de necesidades o procesos rectificadores, aunque todos sean sagrados.

–Así es que hemos construido nuestro nuevo hogar, basado en la legítima fraternidad –agregó el dueño de la casa.

Aprovechando el ligero silencio que se hiciera indagué:

–¿Cómo se procesa el casamiento aquí?

–Por combinación vibratoria –aclaró Tobías atentamente– o, para ser más explícito, por afinidad máxima o completa.

Incapaz de soportar mi curiosidad, olvidé la lección de buen tono e interrogué:

–Pero, ¿cuál es la posición de nuestra hermana Luciana en este caso?

Antes que los cónyuges espirituales respondieran, lo hizo la propia interesada, explicando:

–Cuando me casé con Tobías, viudo, ya debía estar segura de que, con todas las posibilidades, mi casamiento sería una unión fraternal por encima de todo. Eso fue lo que me costó comprender. Además, es lógico que si los consortes sufren inquietud, desentendimiento y tristeza es porque se hallan unidos físicamente, pero no integrados en el matrimonio espiritual.

Quería preguntar algo más, pero no hallaba palabras que revelasen la ausencia de impertinente indiscreción. La señora Hilda parece que comprendiendo mi pensamiento explicó:

–Esté tranquilo, Luciana está en pleno noviazgo espiritual. Su noble compañero de muchas etapas terrestres, la precedió hace algunos años, regresando al círculo de la carne. En el próximo año, ella seguirá igualmente a su encuentro. Creo que el momento feliz se efectuará en la ciudad de San Pablo.

Todos sonreímos alegremente.

En ese instante Tobías fue llamado con urgencia para atender un caso grave en las Cámaras de Rectificación.

De ese modo, era preciso, concluir la conversación.

Oyendo a la señora Laura

El caso de Tobías me había impresionado profundamente.

Aquella casa basada en nuevos principios de unión fraterna, me preocupaba como un asunto obsesionante. A final de cuentas, me sentía aún señor del hogar terrestre y evaluaba cuán difícil sería para mí mismo semejante situación. ¿Tendría el valor de proceder como Tobías, imitándole la conducta? Admitía que no. A mi modo de ver, no sería capaz de aborrecer tanto a mi querida Celia, y tampoco aceptaría tal imposición por parte de mi esposa.

Aquellas observaciones de la casa de Tobías torturaban mi cerebro. No conseguía encontrar esclarecimientos justos que pudiesen satisfacerme.

Tan preocupado me sentí que al siguiente día resolví visitar a Lisias en un momento de descanso, ansioso de las explicaciones que pudiera darme la señora Laura a quien tenía filial confianza.

Recibido con enormes demostraciones de alegría, esperé el momento propicio en que pudiese oír a la madrecita de Lisias con calma y serenidad.

Después que se ausentaron los jóvenes, camino de sus

entretenimientos habituales, expuse a la generosa amiga lo que me preocupaba, no sin la natural vergüenza.

Ella sonrió con su gran experiencia de la vida y comenzó a decir:

–Hace usted bien en traer la cuestión a nuestro estudio recíproco estudio. Todo problema que torture el alma pide cooperación amiga para ser resuelto.

Después de ligera pausa prosiguió atentamente:

–El caso de Tobías es apenas uno de los innumerables que conocemos aquí, y en otros grupos espirituales, que se caracterizan por el pensamiento elevado.

–Pero nos choca ese sentimiento, ¿no es verdad? –intervine con interés.

–Cuando nos atenemos a puntos de vista propiamente humanos, esas cosas hasta producen escándalo; mientras tanto, amigo mío, es necesario sobreponer a todo los principios de naturaleza espiritual. En ese sentido, André, necesitamos comprender el espíritu de secuencia que rige los cuadros evolutivos de la vida. Si hemos atravesado la larga escala de la animalidad, es justo que ella no desaparezca de un día para otro. Hemos empleado muchos siglos para emerger de las capas inferiores. El sexo participa del patrimonio de facultades divinas, que demoramos en comprender. No será fácil para usted, por el momento, penetrar el sentido elevado de la organización doméstica que visitó en el día de ayer. No obstante, la felicidad allí es muy grande por la atmósfera de comprensión que se desarrolló entre los personajes del drama terrestre. No todos consiguen, en tan poco tiempo, substituir cadenas de sombra por lazos de luz.

–Pero ¿tenemos en eso una regla general? –indagué–. Todo hombre y toda mujer que se haya casado dos veces o más, ¿restablecen aquí el grupo doméstico haciéndose acompañar de

todos los afectos que hayan conocido?

Esbozando un gesto de gran paciencia, la interlocutora me explicó:

–No sea tan radical. Es indispensable seguir lentamente. Mucha gente puede tener afecto y no tener comprensión. No olvide que nuestras construcciones vibratorias son mucho más importantes que las de la Tierra. El caso de Tobías es el caso de la victoria de la fraternidad real, por parte de las tres almas interesadas en la adquisición de un justo entendimiento. Quien no se adapte a la ley de fraternidad y comprensión, lógicamente no atravesará esas fronteras. Las regiones oscuras del Umbral están llenas de entidades que no resistieron semejantes pruebas. Mientras odien se asemejarán a agujas magnéticas bajo los más antagónicos influjos; mientras no entiendan la verdad, sufrirán el imperio de la mentira y, consecuentemente, no podrán penetrar en zonas de actividad superior. Son incontables los seres que padecen por largos años, sin algún alivio espiritual, simplemente porque se esquivan a la fraternidad legítima.

–¿Qué sucede entonces? –interrogué valiéndome de la pausa de la interlocutora– si no son admitidos en los núcleos espirituales de noble aprendizaje, ¿dónde se localizarán esas pobres almas sujetas a experiencias de ese orden?

–Después de sufrir padecimientos verdaderamente infernales, por las creaciones inferiores que inventan para sí mismas –arguyó la madre de Lisias–, van a realizar en la experiencia carnal lo que no consiguieron hacer en ambiente extraño al cuerpo terrestre. La Bondad Divina les concede el olvido del pasado en la nueva organización física del planeta, toda vez que vuelven a recibir, por los lazos de la consanguinidad, a aquellos de quien se apartaron deliberadamente por el veneno del odio o de la incompreensión. De ahí se infiere la oportunidad, cada vez más viva, de la recomendación de Jesús cuando nos

aconseja la inmediata reconciliación con los adversarios. El consejo, ante todo, nos interesa a nosotros mismos. Debemos observarlo en provecho propio. Quien se sabe valer del tiempo, concluida la experiencia terrenal, aunque necesite regresar a los círculos de la carne, puede efectuar sublimes construcciones espirituales, con relación a la paz de conciencia, regresando a la materia grosera, soportando menor bagaje de preocupaciones. Hay muchos Espíritus que gastan siglos intentando deshacer animosidades y antipatías en la existencia terrestre y rehaciéndolas después de la desencarnación. El problema del perdón, con Jesús, mi querido André, es un problema serio. No se resuelve con conversaciones. Perdonar verbalmente es cuestión de palabras; pero, aquél que perdona realmente, necesita remover los pesados fardos de otras edades dentro de sí mismo.

A esta altura la señora Laura silenció como quien necesita meditar más la amplitud de los conceptos emitidos. Aprovechando la ocasión, aduje:

–Por lo que observo, la experiencia del matrimonio es muy sagrada.

La interlocutora no se sorprendió con mi afirmación y dijo:

–A los Espíritus que se hallan todavía en la simple experiencia de tipo animal, nuestra conversación no les interesa; pero a nosotros que comprendemos la necesidad de la iluminación con el Cristo, nos es indispensable destacar no sólo la experiencia del matrimonio, sino también toda la experiencia del sexo, por afectar profundamente la vida del alma.

Oyendo la observación no dejé de ruborizarme recordando mi pasado de hombre común. Mi esposa había sido para mí un objeto sagrado y que yo sobreponía a todos los afectos; no obstante, al oír a la madre de Lisias, venían a mi mente las palabras del Antiguo Testamento: “No codiciarás la casa de tu

prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su jumento, ni su buey, ni cosa alguna que le pertenezca". En un instante, me sentí incapaz de proseguir extrañando el caso de Tobías. La interlocutora percibiendo mi íntima perturbación, continuó:

–Donde el esfuerzo de concertar es tarea de casi todos, debe haber lugar para mucha comprensión y mucho respeto a la misericordia divina, que nos ofrece tantos caminos para alcanzar rectificaciones justas. Toda experiencia sexual de la criatura que ya recibió alguna luz del Espíritu, es un acontecimiento de enorme importancia para sí misma. Es por eso que el entendimiento fraterno precede a cualquier trabajo de verdadera salvación. Hace poco tiempo, oí a un gran instructor del Ministerio de Elevación asegurar que, si pudiese, iría a materializarse en los planos carnales, a fin de decir a los religiosos, en general, que toda caridad para ser divina necesita apoyarse en la fraternidad.

A esa altura, la dueña de la casa me invitó a visitar a Eloísa que se hallaba todavía recogida en el interior doméstico, dando a entender que no deseaba extenderse en otras explicaciones sobre el asunto; y después de verificar la mejoría que se había acentuado en la joven recién llegada del planeta, volví a las Cámaras de Rectificación, sumergido en profundas meditaciones.

Ahora ya no me preocupaba la situación de Tobías ni las actitudes de Hilda y Luciana. Me impresionaban, sí, las imponentes cuestiones de la fraternidad humana.

Quien siembra, recogerá

Yo no sabía explicarme por qué sentía tanta atracción y tanto deseo por visitar el departamento femenino de las Cámaras de Rectificación. Hablé con Narcisa sobre eso y ella me satisfizo enseguida.

–Cuando el Padre nos convoca a determinado lugar –dijo, bondadosa–, es que allí nos aguarda alguna tarea. Cada situación en la vida tiene una finalidad definida... No deje de observar este principio en sus visitas aparentemente casuales. Siempre que nuestros pensamientos objetiven la práctica del bien, no será difícil identificar las sugerencias divinas.

Ese mismo día la enfermera me acompañó en busca de Nemesia, prestigiosa cooperadora de aquel sector de servicio.

No fue difícil encontrarla.

Hileras de lechos muy blancos y bien cuidados exhibían mujeres que más se asemejaban a guiñapos humanos. Aquí y allá, gemidos desgarradores, acullá angustiosas exclamaciones. Nemesia que se caracterizaba por la misma generosidad de Narcisa, habló bondadosamente:

–Usted ya debe estar habituado a estos escenarios. En el departamento masculino la situación es casi la misma.

Y, haciendo un gesto significativo a la compañera, afirmó:

–Narcisa, haga el favor de acompañar a nuestro hermano y mostrarle los servicios que estime convenientes para su aprendizaje.

Mi amiga y yo comentábamos la vanidad humana, siempre inclinada a los placeres físicos, enumerando observaciones y enseñanzas, cuando alcanzamos el Pabellón 7. Se encontraban allí algunas decenas de mujeres, en camas separadas, una a una y a regular distancia.

Estudiaba yo la fisonomía de las enfermas, cuando me fijé en una que me despertó la más viva atención. ¿Quién sería aquella mujer amargada y de apariencia original? Una vejez que parecía prematura reflejaba su semblante, en cuyos labios aparecía un rictus mezcla de ironía y resignación. Sus ojos, hundidos y tristes, parecían defectuosos. Con la memoria inquieta y el corazón oprimido, en pocos instantes la localicé en el pasado. ¡Era Elisa!. Aquella misma Elisa que conociera en los tiempos de la juventud. Estaba modificada por el sufrimiento, pero no había lugar a dudas. Recordé perfectamente el día en que ella, humilde, penetrara en nuestra casa llevada por una vieja amiga de mi madre, que aceptó las recomendaciones que traía, y la admitiera para los servicios domésticos. Al principio el ritmo era común y nada de extraordinario; después, la intimidad excesiva, de quien abusa de la facultad de mandar sobre la condición de quien tiene que servir. Elisa me parecía bastante liviana y, cuando estaba a solas conmigo, comentaba sin escrúpulos ciertas aventuras de su juventud, agravando con eso la irreflexión de nuestros pensamientos. Recordé el día en que mi madre me llamó para darme justos consejos. Aquella intimidad, decía, no estaba bien. Era razonable que dispensáramos a la sirvienta generosidad afectuosa, pero convenía pautar nuestras relaciones con sano criterio. Sin embargo, atolondradamente llevaba muy lejos nuestra camaradería. Bajo enorme angustia moral Elisa abandonó más tarde nuestra casa sin valor para echarme en cara acusación alguna. El tiempo pasó, reduciendo el hecho, en mi pensamiento, a un episodio fortuito de la existencia humana. No obstante, el

episodio, como algo de la vida, estaba también vivo. ¡A mi frente tenía a Elisa vencida y humillada! ¿Por dónde había andado la mísera criatura, tan pronto lanzada al doloroso capítulo de los sufrimientos? ¿De dónde venía? ¡Ah!... En aquel caso no me encontraba frente a Silveira, con quien había podido compartir la deuda de mi padre. Ahora, la deuda era enteramente mía. Llegué a temblar avergonzado ante la exhumación de aquellas reminiscencias y, cual criatura ansiosa de perdón por las faltas cometidas, me dirigí a Narcisa, pidiéndole orientación. Yo mismo me admiraba de la confianza que aquellas santas mujeres me inspiraban. Tal vez nunca hubiera tenido valor de pedir al Ministro Clarencio las explicaciones que pidiera a la madre de Lisias, y posiblemente otra sería mi conducta en aquel instante si tuviese a Tobías a mi lado. Considerando que la mujer generosa y cristiana es siempre madre, me volví hacia la enfermera confiando más que nunca. Narcisa, por la mirada que me dirigió, parecía comprenderlo todo. Comencé a hablar conteniendo el llanto, pero a cierta altura de la confesión mi amiga dijo:

–No necesita continuar. Adivino el epílogo de la historia. No se entregue a pensamientos destructivos. Me doy cuenta de su martirio moral, por experiencia propia. Entretanto, si el Señor permitió que reencontrase a esta hermana, es que lo considera ya en condiciones de rescatar la deuda.

Viendo mi indecisión prosiguió:

–No tema. Aproxímese a ella y reconfórtela. Todos nosotros, hermano mío, encontramos en el camino los frutos del bien o del mal que hemos sembrado. Esta afirmativa no es una frase doctrinaria, es realidad universal. He recogido mucho provecho de situaciones iguales a esta. Bienaventurados los deudores que ya se hallan en condiciones de pagar.

Percibiendo mi firme resolución de emprender el ajuste de cuentas agregó:

–Vaya, pero no se dé a conocer, por ahora. Esto no le será difícil por el hecho de hallarse ella casi ciega, temporalmente. Por las fuerzas que la envuelven, le noto la triste característica de las madres fracasadas y de las mujeres de nadie.

Nos aproximamos. Tomé la iniciativa de la palabra confortadora. Elisa se identificó dando su propio nombre y suministrando de buena voluntad, otras informaciones. Hacía tres meses que fuera recogida en las Cámaras de Rectificación. Interesado en castigarme a mí mismo ante Narcisa, para que la lección penetrara en mi alma con caracteres indelebles, pregunté:

–¿Cuál es su historia, Elisa? Debe haber sufrido mucho...

Notando la inflexión afectuosa de la pregunta, sonrió muy resignada y dijo desahogándose:

–¿Para qué recordar cosas tan tristes?...

–Las experiencias dolorosas enseñan siempre –objeté.

La infeliz, que presentaba profunda modificación moral meditó algunos momentos como quien reunía ideas y dijo:

–Mi experiencia fue la de todas las mujeres livianas que cambian el pan bendito del trabajo por la hiel venenosa de la ilusión. En los tiempos de mi mocedad lejana, como hija de un hogar paupérrimo, me valí del empleo en la casa de un comerciante adinerado, donde la vida me impuso inmensa transformación. Ese negociante tenía un hijo tan joven como yo, y después de la intimidad establecida entre nosotros, cuando toda la reacción de mi parte sería inútil, olvidé criminalmente que Dios reserva el trabajo a todos los que amen la vida sana, por falsos que hayan sido, y me entregué a experiencias dolorosas que no es preciso comentar. Conocí de cerca el placer, el lujo, el bienestar material y, a continuación, el horror de mí misma, la sífilis, el hospital, el abandono de todos y las tremendas desilusiones que culminaron en la ceguera y en la muerte del cuerpo. Erré, mucho tiempo, en terrible desesperación, pero un

día tanto rogué el amparo de la Virgen de Nazaret, que mensajeros del bien me recogieron por amor a su nombre, trayéndome a esta casa de bendito consuelo.

Conmovidísimo hasta las lágrimas, pregunté:

–¿Y él? ¿Cómo se llama el hombre que la hizo tan infeliz?

Entonces, la oí pronunciar mi nombre y el de mis padres.

–¿Usted lo odia? –indagué dolorido.

Ella sonrió tristemente y respondió:

–En el período de mi sufrimiento anterior maldecía su recuerdo nutriendo por él un odio mortal; pero la hermana Nemesia me modificó. Para odiarlo tendría que odiarme a mí misma. En mi caso la culpa debe ser repartida. No debo pues recriminar a nadie.

Aquella humildad me sensibilizó. Tomé su diestra sobre la cual, sin que lo pudiese evitar, rodó una lágrima de arrepentimiento y de remordimiento.

–Oiga, amiga mía –le dije bajo fuerte emoción–, también yo me llamo André y necesito ayudarla. Cuente conmigo de ahora en adelante.

–Y su voz –dijo Elisa ingenuamente– parece la de él.

–Pues bien –continué conmovido– hasta ahora no tengo propiamente dicho una familia en Nuestro Hogar. Pero usted será aquí mi hermana del corazón. Cuente con mi devoción de amigo.

En su semblante de sufridora una sonrisa apareció que semejaba una gran luz.

–¡Cuánto se lo agradezco! –dijo ella enjugando las lágrimas–. ¡Hace muchos años que nadie me habla así, en ese tono familiar, dándome el consuelo de la amistad sincera!... Que Jesús lo bendiga.

En ese instante, cuando mis lágrimas se hicieron más abundantes, Narcisa me tomó las manos maternalmente y repitió:

–Que Jesús lo bendiga.

Convocados para la lucha

En los primeros días de septiembre de 1939, Nuestro Hogar sufrió, igualmente, el choque que alcanzara a diversas colonias espirituales, ligadas a la civilización americana. Era la guerra europea, tan destructora en los círculos de la carne, cuán perturbadora en el plano del Espíritu. Numerosas entidades comentaban los desarrollos bélicos en perspectiva sin disfrazar el inmenso terror de que se hallaban poseídas.

Sabíase desde mucho tiempo atrás, que las Grandes Fraternidades del Oriente soportaban las vibraciones antagónicas de la nación japonesa, experimentando grandes dificultades. Se anotaban hechos curiosos de alto tenor educativo. Así como los nobles círculos espirituales de la vieja Asia luchaban en silencio, se preparaba Nuestro Hogar para el mismo género de servicio. Además de valiosas recomendaciones en el campo de la fraternidad y de la simpatía, determinó el Gobernador que tuviésemos cuidado en la esfera del pensamiento, preservándonos de cualquier inclinación poco digna, de orden sentimental.

Reconocí que los Espíritus superiores, en esas circunstancias, consideran a las naciones agresoras no como enemigas sino como pendercieras, cuya actividad criminal es imprescindible reprimir.

–Infelices los pueblos que se embriagan con el vino del

mal –me dijo Salustio–; aunque consigan victorias temporales, ellas servirán únicamente para agravar su ruina, acentuando sus derrotas fatales. Cuando un país toma la iniciativa de la guerra, encabeza el desorden en la casa del Padre y pagará por ello un precio terrible.

Observé entonces, que las zonas superiores de la vida se vuelcan en defensa justa, contra las tentativas de la ignorancia y la sombra, congregados para la anarquía y, consecuentemente, para la destrucción. Me aclararon los colegas de trabajo que, en los acontecimientos de esa naturaleza, los países agresores se convierten, naturalmente, en núcleos poderosos de centralización de las fuerzas del mal. Sin percatarse de los peligros inmensos, esos pueblos, con excepción de los Espíritus nobles y sabios que integran los cuadros de servicio, se embriagan al contacto de los elementos de perversión que invocan de zonas sombrías. Colectividades laboriosas se convierten en autómatas del crimen. Legiones infernales se precipitan sobre los grandes talleres del progreso común, transformándolos en campos de perversidad y de horror. Pero, mientras los bandos oscuros se apoderan de la mente de los agresores, las agrupaciones espirituales de la vida noble se mueven en auxilio de los agredidos.

Si debemos sentir lástima por la criatura que se opone a la ley del bien, con mayor motivo debemos lamentarnos del pueblo que olvidó la justicia.

Después de los primeros días que señalaron la caída de las primeras bombas en tierra polaca, me encontraba, al atardecer, en las Cámaras de Rectificación junto a Tobías y Narcisa, cuando inolvidable clarín se hizo oír por más de un cuarto de hora. Profunda emoción nos invadiera a todos.

–Es la convocatoria superior a los servicios de socorro a la Tierra, –explicó Narcisa bondadosamente:

–Tenemos la señal de que la guerra proseguirá, con terribles tormentos para el Espíritu humano –exclamó Tobías inquieto–; pese a la distancia toda la vida psíquica americana tuvo su origen en Europa. Tendremos gran trabajo para preservar al Nuevo Mundo.

El toque de clarín se hacía oír con modulaciones extrañas e imponentes. Noté que un profundo silencio había caído sobre todo el Ministerio de Regeneración.

Atento a mi actitud de angustiosa expectativa Tobías informó:

–Cuando suena el clarín de alerta en nombre del Señor, es necesario hacer callar los ruidos de abajo, para que la llamada se grave en nuestros corazones.

Cuando el misterioso instrumento lanzó su última nota, fuimos al gran parque con el fin de observar el cielo. Profundamente conmovido, vi innumerables puntos luminosos que parecían focos resplandecientes y lejanos como suspendidos en el firmamento.

–Ese clarín –dijo Tobías igualmente emocionado– es utilizado por Espíritus vigilantes, de elevada expresión jerárquica.

Regresando al interior de las Cámaras, sentí la atención atraída hacia grandes rumores provenientes de las zonas más altas de la colonia donde se hallan las vías públicas.

Tobías confió a Narcisa ciertas actividades de importancia junto a los enfermos, y me invitó a salir para observar el movimiento popular.

Una vez llegados a los pavimentos superiores, desde donde nos podríamos encaminar a la Plaza de la Gobernación, notamos intenso movimiento en todos los sectores. Comprendiendo mi asombro natural mi compañero explicó:

–Estos enormes grupos se dirigen al Ministerio de Comunicaciones en busca de noticias. El clarín que acaba de sonar, solamente llega hasta nosotros en circunstancias muy graves. Todos sabemos que se trata de la guerra, pero es posible que Comunicaciones nos ofrezca algún detalle especial. Observe a los transeúntes.

A nuestro lado venían dos señores y cuatro señoras en conversación animada.

–Imagínese –decía una– lo que será de nosotros en Auxilio. Hace muchos meses consecutivos, que el movimiento de súplicas ha sido extraordinario. Experimentamos justa dificultad para atender a todos los deberes.

–¿Y nosotros, en Regeneración? –objetaba el caballero de más edad–. Los servicios aumentan considerablemente. En mi sector la vigilancia contra las vibraciones del Umbral nos reclama incesantes esfuerzos. Estoy imaginando lo que vendrá sobre nosotros...

Tobías me tocó el brazo suavemente y exclamó:

–Adelantémonos un poco. Oigamos lo que dicen otros grupos.

Aproximándonos a dos hombres oí a uno de ellos preguntar:

–¿Será posible que la calamidad alcance a todos?

El interpelado, que parecía dueño de gran equilibrio espiritual, replicó con serenidad:

–De cualquier modo no veo motivo para precipitaciones. La única novedad será el aumento de servicio que, en el fondo, constituirá una bendición. Por lo demás, todo es natural a mi modo de ver. La enfermedad es maestra de la salud; el desastre dará ponderación. La China está bajo la metralla desde hace mucho tiempo, y no mostró usted ninguna demostración de

asombro.

–Pero ahora –objetó el compañero decepcionado– parece que me veré obligado a modificar mi programa de trabajo.

El otro sonrió y respondió:

–Helvecio, olvidemos “mi programa” para pensar en “nuestros programas”.

Atendiendo a un nuevo gesto de Tobías que me llamaba la atención, observé a tres señoras que iban en la misma dirección, a nuestra izquierda, verificando que lo pintoresco no faltaba en aquel crepúsculo de inquietud.

–La cuestión me impresiona sobremanera –decía la más joven– porque Everardo no debe regresar ahora del mundo.

–Pero la guerra, por lo que parece, no alcanzará a la Península. Portugal está muy lejos del teatro de los acontecimientos.

–Entre tanto –indagó la otra componente del trío– ¿por qué semejante preocupación? Si Everardo viniese ¿qué sucedería?

–Temo –aclaró la más joven– que él me solicite en condición de esposa. No lo podría soportar. Es ignorante y, en modo alguno, me sometería a nuevas crueldades.

–¡Qué tonta eres! –comentó la compañera–, ¿olvidaste que Everardo será arrastrado por el Umbral o algo peor?

Tobías, sonriendo informó:

–Ella teme la liberación de un marido imprudente y perverso.

Pasados varios minutos durante los cuales observábamos a la multitud espiritual, alcanzamos el Ministerio de Comunicaciones, deteniéndonos ante enormes edificios consagrados al trabajo informativo.

Millares de entidades se aglomeraban afligidas. Todas pedían informaciones y esclarecimientos. Pero era imposible un acuerdo general. Extremadamente sorprendido ante aquel vocerío enorme, vi que alguien subía a un balcón a gran altura, reclamando la atención popular. Era un anciano de aspecto imponente anunciando que dentro de diez minutos, se haría oír una llamada del Gobernador.

–Es el Ministro Espiridión –informó Tobías atendiendo a mi curiosidad.

Lograda la calma, en algunos momentos, se oyó la voz del propio Gobernador a través de numerosos altoparlantes.

–Hermanos de Nuestro Hogar, no os entreguéis a disturbios de pensamiento o de palabra. La aflicción no construye, la ansiedad no edifica. Sepamos ser dignos del clarín del Señor, atendiéndole en su Bondad Divina para un trabajo silencioso en nuestros respectivos puestos.

Aquella voz clara y vehemente, de quien hablaba con autoridad y amor, operó singular efecto en la multitud. En el corto espacio de una hora, toda la colonia regresaba a la serenidad habitual.

La palabra del gobernador

Para el domingo siguiente al toque del clarín, el Gobernador prometió la realización del culto del Evangelio en el Ministerio de Regeneración. El objetivo esencial de la medida –esclareció Narcisa–, sería la preparación de nuevas escuelas de asistencia en Auxilio y de núcleos de adiestramiento en Regeneración.

–Necesitamos organizar –decía ella– determinados elementos para el servicio hospitalario urgente, aunque el conflicto se haya manifestado tan lejos, así como ejercicios adecuados contra el miedo.

–¿Contra el miedo? –pregunté admirado.

–¿Cómo no? –objetó la enfermera, atenta–. Tal vez le extrañe, como le sucede a mucha gente, el elevado porcentaje de existencias humanas estranguladas simplemente por vibraciones destructivas de terror, que es tan contagioso como cualquier molestia de peligrosa propagación. Clasificamos el miedo como uno de los peores enemigos de la criatura, porque se aloja en la ciudadela del alma, atacando las fuerzas más profundas.

Observando mi extrañeza continuó:

–No tenga duda alguna. La Gobernación, en las actuales

emergencias, coloca el tratamiento contra el miedo muy por encima de las propias lecciones de enfermería. La calma es la garantía del éxito. Más tarde llegará usted a comprender los significados de este servicio.

No encontré argumentos para contestar.

En la víspera del gran acontecimiento tuve la honra de integrar el cuadro de numerosos cooperadores en el trabajo de limpieza y ornamentación natural del gran salón consagrado al jefe mayor de la colonia.

Experimentaba entonces justa ansiedad. Iba a ver, por vez primera, a mi lado, al noble conductor que merecía la veneración general. No me sentía solo en semejante expectativa, pues había innumerables compañeros en las mismas condiciones.

Tuve la impresión de que toda la vida social de nuestro Ministerio convergía al gran salón natural, desde el amanecer del domingo, cuando verdaderas caravanas de todos los departamentos regeneradores llegaban a dicho local. El Gran Coro del Templo de la Gobernación, uniéndose a los Niños Cantores de las Escuelas de Esclarecimiento, inició la festividad con el maravilloso himno titulado "Siempre Contigo, Señor Jesús", cantado por dos mil voces al mismo tiempo. Otras melodías de singular belleza llenaron la amplitud del gran salón. El dulce murmullo del viento, conduciendo ondas de perfume, parecía responder a las suaves armonías.

Había permiso general de ingreso al enorme recinto verde, para todos los servidores de Regeneración, porque de acuerdo con el programa establecido, el culto del Evangelio estaba dedicado especialmente a ellos, compareciendo los demás Ministerios, por numerosas delegaciones.

Por primera vez tuve frente a mi vista a algunos cooperadores de los Ministerios de Elevación y de Unión Divi-

na, que me parecieron vestidos de brillantes claridades.

La festividad excedía a todo lo que yo pudiese soñar en belleza y deslumbramiento. Instrumentos musicales de sublime poder vibratorio arrullaban con sus melodías el perfumado ambiente.

A las diez horas llegó el Gobernador acompañado por los doce Ministros de Regeneración.

Nunca olvidaré la figura noble e imponente de aquel anciano de cabellos de nieve, que parecía estampar en la fisonomía, al mismo tiempo, la sabiduría del longevo y la energía del joven; la ternura del santo y la serenidad del administrador consciente y justo. Alto, delgado, vistiendo una túnica muy blanca, ojos penetrantes y maravillosamente lúcidos, se apoyaba en un bordón, aunque caminaba con aplomo juvenil.

Satisfaciendo mi curiosidad Salustio me informó:

–El Gobernador, siempre estimó las actitudes patriarcales, considerando que se debe administrar con amor paterno.

Al sentarse en la tribuna suprema, se elevaron las voces infantiles seguidas de arpas acariciadoras, entonando el himno: “Para ti Señor, nuestras vidas”.

El viejecito enérgico y amoroso, paseó la mirada por la compacta asamblea formada por millares de asistentes. Enseguida abrió un libro luminoso que el compañero me informó era el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hojeó con atención y después leyó con voz pausada:

–Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad, que no os asustéis, porque es menester que todo eso acontezca, mas aún no será el fin. Palabras del Maestro en Mateo, capítulo 24, versículo 6.

Con voz considerablemente aumentada por las vibraciones

eléctricas, el jefe de la ciudad oró conmovido, invocando las bendiciones del Cristo y saludando a los representantes de Unión Divina, de Elevación, de Esclarecimiento, de Comunicaciones y de Auxilio, dirigiéndose con especial atención, a todos los colaboradores en los trabajos de nuestro Ministerio.

Imposible describir la entonación dulce y enérgica, amorosa y convincente de aquella voz inolvidable, como imposible también plasmar, en el papel humano, las consideraciones divinas del comentario evangélico, basado en profundo sentimiento de veneración por las cosas sagradas.

Al finalizar en medio de respetuoso silencio, se dirigió el Gobernador, de manera particular, a los servidores de Regeneración, expresándose, más o menos en estos términos:

—Es para vosotros, hermanos míos, cuyas labores se aproximan a las actividades terrestres, que con más propiedad formulo esta llamada personal, esperando mucho de vuestra noble dedicación. Elevemos al máximo nuestro patrón de valor y espíritu de servicio. Cuando las fuerzas de la sombra agravan las dificultades de las esferas inferiores, es imprescindible encender nuevas luces que disipen, en la Tierra, las densas tinieblas. Consagré el culto de hoy a todos los servidores de este Ministerio, dedicándoles de modo particular la confianza de mi corazón. No me dirijo, pues, en estos momentos, a los hermanos cuyas mentes funcionan ya en zonas más altas de la vida, sino a vosotros, que traéis en las sandalias de los recuerdos las señales de la polvareda del mundo, para exaltar la tarea gigantesca. Nuestro Hogar necesita de treinta mil servidores adiestrados en el servicio defensivo, treinta mil trabajadores que no sientan necesidad de reposo, ni conveniencias personales, mientras dure nuestra batalla con las fuerzas desencadenadas del crimen y de la ignorancia. Habrá servicio para todos, en las regiones de límite vibratorio, entre nosotros y los planos inferiores, porque no podemos esperar al adversario en nuestra morada espiritual. En las organizaciones colectivas, es forzoso considerar la medicina preventiva como medida primordial en la

preservación de la paz interna. Somos en Nuestro Hogar, más de un millón de entidades consagradas a los designios superiores y al mejoramiento moral de nosotros mismos. ¿Sería caridad permitir la invasión de varios millones de Espíritus desordenados? Por tanto, no podemos dudar en lo que se refiere a la defensa del bien. Sé que muchos de vosotros recordáis en este instante, al Gran Crucificado. Sí, Jesús se entregó a la turba de amotinados y criminales, por amor a la redención de todos nosotros, mas no entregó el mundo al desorden y al aniquilamiento. Todos debemos estar dispuestos para el sacrificio individual, pero no podemos entregar nuestra morada a los malhechores. Es lógico que nuestra tarea esencial sea de confraternidad y de paz, de amor y alivio a los que sufren; claro que interpretamos todo mal como desperdicio de energía, y todo crimen como enfermedad del alma; entretanto Nuestro Hogar es un patrimonio divino, que necesitamos defender con todas las energías del corazón. Quien no sabe preservar no es digno de usufructuar. Preparemos pues, legiones de trabajadores que operen esclareciendo y consolando, en la Tierra, en el Umbral y en las Tinieblas, en misiones de amor fraternal; mas precisamos organizar, en este Ministerio, antes de todo, una legión especial de defensa, que nos garantice las realizaciones espirituales, en nuestras fronteras vibratorias.

Continuó discurriendo así por largo tiempo, tomando medidas de carácter fundamental, tejiendo consideraciones que jamás conseguiría describir aquí. Ultimando los comentarios, repitió la lectura del versículo de Mateo, invocando de nuevo, las bendiciones de Jesús y las energías de los oyentes, para que ninguno de nosotros recibiese dádivas en vano.

Conmovidó y deslumbrado, oí a los niños entonar el himno que la Ministra Veneranda titulara "La Gran Jerusalén". El Gobernador descendió de la tribuna bajo vibraciones de intensa esperanza, entonces comenzaron a soplar brisas acariciadoras sobre los árboles, trayendo desde lejos pétalos de rosas diferentes, en maravilloso azul, que se deshacían suavemente al tocar nuestras frentes, llenándonos el corazón de intenso júbilo.

En conversación

El Ministerio de Regeneración continuó lleno de expresiones festivas, aún después de haberse retirado el Gobernador a su círculo íntimo.

Comentábanse los acontecimientos. Centenares de compañeros se ofrecían para los arduos trabajos de la defensa, correspondiendo así a la llamada del gran jefe espiritual.

Busqué a Tobías para consultarlo sobre la posibilidad de mi aprovechamiento, pero el generoso hermano sonrió a causa de mi ingenuidad y dijo:

–André, usted está comenzando ahora una tarea nueva. No se precipite solicitando aumento de responsabilidades. El Gobernador nos dijo que habrá servicio para todos. No se olvide que nuestras Cámaras de Rectificación, constituyen núcleos de servicio activo día y noche. No se aflija. Recuerde que treinta mil servidores van a ser convocados para la vigilancia permanente. De este modo en la retaguardia serán muy grandes los claros que habrá de llenarse.

Comprendiendo mi desilusión, el bondadoso compañero, con mejor humor agregó después de una ligera pausa:

–Conténtese con pertenecer a la escuela contra el miedo. Tenga la seguridad de que eso le hará enorme bien.

En ese ínterin recibí un gran abrazo de Lisias que integraba, en la fiesta, la diputación del Ministerio de Auxilio.

Con el permiso de Tobías me retiré en compañía de Lisias para disfrutar de una conversación más íntima.

–¿Conoce usted –indagó él– al Ministro Benevenuto, aquí en Regeneración, el mismo que llegó antenoche de Polonia?

–No tengo ese placer.

–Vamos a su encuentro –replicó Lisias envolviéndome en vibraciones de intenso cariño fraterno–. Hace mucho que tengo la honra de tenerlo en el círculo de mis relaciones personales.

Pasados algunos momentos estábamos en el gran recinto verde, consagrado a los trabajos de ese Ministro de Regeneración, que yo apenas conocía de vista.

Numerosos grupos de visitantes intercambiaban ideas bajo la copa de grandes árboles. Lisias me condujo al núcleo mayor, donde Benevenuto cambiaba impresiones con varios amigos, presentándome con generosas palabras. El Ministro me acogió, cortés, admitiéndome en la rueda con extrema bondad.

La conversación continuó por rumbos naturales, notando que se discutía sobre la situación existente en la esfera terrestre.

–Es muy doloroso el cuadro que vimos –comentaba Benevenuto en tono grave–; habituados al servicio de paz en América, ninguno de nosotros imaginaba lo que podía ser el trabajo de socorro espiritual en los campos de Polonia. Todo oscuro, todo difícil. Allí, no se pueden esperar claridades y fe en los agresores, tampoco en la mayoría de las víctimas, que se entregan totalmente a pavorosas impresiones. Los encarnados no nos ayudan, apenas consumen nuestras fuerzas. Desde el comienzo de mi Ministerio, nunca vi sufrimientos colectivos

tan grandes.

–¿Y la comisión se demoró mucho por allá? –preguntó uno de los compañeros con interés.

–Todo el tiempo disponible –acotó el Ministro–. El jefe de la expedición, nuestro colega de Auxilio, juzgó conveniente que permaneciéramos exclusivamente atentos a la tarea encomendada, para adquirir informaciones y aprovechar mejor la experiencia. En efecto, las condiciones no podrían ser mejores. Creo que nuestra posición está muy distante de la extraordinaria capacidad de resistencia de los abnegados servidores espirituales que se encuentran allí de servicio. Todas las tareas de asistencia inmediata funcionan perfectamente, a despecho del aire asfixiante, saturado de vibraciones destructoras. El campo de batalla, invisible a nuestros hermanos terrestres, es un verdadero infierno de indescriptibles proporciones. Nunca como en la guerra evidencia el espíritu humano la condición de alma caída, presentando características esencialmente diabólicas. Vi a hombres inteligentes e instruidos localizar con minuciosa atención, determinados sectores de actividad pacífica para lograr lo que llaman “impactos directos”. Bombas de alto poder explosivo destruyen edificios pacientemente edificadas. A los fluidos venenosos de la metralla, se unen las emanaciones pestilentes del odio que hacen casi imposible cualquier trabajo. Pero, lo que más nos contristó fue la triste condición de los militares agresores, cuando alguno de ellos abandonaba la vestidura carnal compelido por las circunstancias. Dominados en su mayoría por fuerzas tenebrosas, huían de los Espíritus misioneros llamándolos a todos “fantasmas de la cruz”.

–¿Y no eran recogidos para el justo esclarecimiento? –inquirió alguien interrumpiendo al narrador.

Benevenuto esbozó un gesto significativo y respondió:

–Será siempre posible atender a los locos pacíficos, en el hogar, ¿pero qué remedio podrá reservarse a locos furiosos como no sea el hospicio? Para tales criaturas, no había otro recurso que dejarlas en precipicios de tinieblas donde serán compelidos a reajustarse moralmente, dando oportunidad a dignos pensamientos. Por tanto, es razonable que las misiones de auxilio recojan apenas a los predispuestos a recibir el socorro elevado. Los espectáculos entrevistados fueron extremadamente dolorosos por muchas razones.

Valiéndose de un ligero intervalo otro compañero opinó:

–Es casi increíble que Europa, con tantos patrimonios culturales, se haya lanzado a semejante calamidad.

–Falta de preparación religiosa, mis amigos –definió el Ministro con expresiva inflexión de voz–, no basta al hombre la inteligencia esmerada, le es necesario iluminar raciocinios para la vida eterna. Las iglesias son siempre santas en sus fundamentos y el sacerdocio será siempre divino, cuando cuida esencialmente de la Verdad de Dios; pero el sacerdocio político jamás atenderá la sed espiritual de la civilización. Sin el soplo divino, las personalidades religiosas podrán inspirar respeto y admiración pero no la fe y la confianza.

–Pero ¿y el Espiritismo? –preguntó abruptamente uno de los circunstantes–. ¿No surgieron sus primeras floraciones doctrinarias en América y Europa hace más de cincuenta años? ¿No continúa ese movimiento nuevo al servicio de las verdades eternas?

Benevenuto sonrió, esbozó un gesto extremadamente significativo y aclaró:

–El Espiritismo es nuestra gran esperanza y por todos sus títulos, es el Consolador de la Humanidad encarnada; pero nuestra marcha es todavía muy lenta. Se trata de una dádiva sublime

para la cual la mayoría de los hombres aún no posee “ojos para ver”. Un porcentaje aplastante de los nuevos aprendices se aproxima a esa fuente divina para copiar antiguos vicios religiosos. Quieren recibir provechos pero no se disponen a dar cosa alguna de sí mismos. Invocan la verdad, pero no se encaminan al encuentro de ella. Mientras muchos estudiosos reducen a los médiums a conejillos de indias, numerosos creyentes proceden a la manera de ciertos enfermos que, aunque curados, creen más en la enfermedad que en la salud, y nunca utilizan sus propios pies. En fin, se procura la materialización de los Espíritus para obtener un fenomenismo pasajero, mientras que nosotros vivimos en busca de hombres espiritualizados para el trabajo serio.

Estas palabras arrancaron expresiones de aceptación general, agregando el Ministro gravemente:

–Nuestros servicios son astronómicos. Pero, no olvidemos que todo hombre es semilla de la divinidad. Emprendamos la ejecución de nuestros deberes con esperanza y optimismo, y estemos siempre convencidos de que, si hacemos bien nuestra parte, podemos permanecer en paz, porque el Señor hará el resto.

Las tinieblas

Enriqueciendo las alegrías de la reunión, Lisias me dio a conocer nuevos valores de su cultura y sensibilidad. Tocando con maestría las cuerdas de la cítara, nos hizo recordar viejas canciones y melodías de la Tierra.

¡Era un día verdaderamente maravilloso! Se sucedían los júbilos espirituales como si estuviéramos en pleno paraíso.

Cuando me vi a solas con el bondadoso enfermero de Auxilio, procuré transmitirle mis sublimes impresiones.

–No le quepa duda –dijo sonriendo–, cuando nos reunimos con aquellos que amamos, ocurre algo confortador y constructivo en nuestro fuero íntimo. Es el alimento del amor, André. Cuando numerosas almas se congregan en el círculo de tal o cual actividad, sus pensamientos se entrelazan, formando núcleos de fuerza viva, a través de los cuales cada uno recibe su porción de alegría o de sufrimiento, de la vibración general. Es por esa razón que, en el planeta, el problema del ambiente es siempre un factor ponderable en el camino de cada hombre. Cada criatura vivirá de aquello que cultiva. Quien se ofrece diariamente a la tristeza, en ella se moverá; quien enaltece la enfermedad, sufrirá los daños.

Observando mi extrañeza, concluyó:

–En esto no hay misterio alguno. Es ley de la vida, tanto en los esfuerzos del bien, como en los movimientos del mal. De las reuniones de fraternidad, de esperanza, de amor y de alegría, saldremos con la fraternidad, la esperanza, el amor y la alegría de todos; pero de toda asamblea de tendencias inferiores, en las que predominan el egoísmo, la vanidad o el crimen, saldremos envenenados por las vibraciones de esos sentimientos.

–Tiene razón –exclamé conmovido–; en eso veo, igualmente, los principios que rigen la vida en los hogares humanos. Cuando hay comprensión recíproca, vivimos en la antecámara de la ventura celeste, y si permanecemos en el desentendimiento y la maldad, tendremos el infierno vivo.

Lisias tuvo una expresión de buen humor que confirmó con una sonrisa.

Entonces me acordé de interpellarlo sobre algo que me estaba torturando la mente desde unas horas atrás. El Gobernador cuando nos dirigió la palabra se había referido a los círculos de la Tierra, del Umbral y de las Tinieblas; pero no había tenido yo hasta entonces, noticia alguna de este último plano. ¿No sería región tenebrosa el propio Umbral donde había vivido yo mismo en densas sombras, durante años consecutivos? ¿No veía en las Cámaras a numerosos desequilibrados y enfermos de toda especie, procedentes de la zona del Umbral? Recordando que Lisias me había dado nociones muy valiosas de mi propia situación al iniciar mi experiencia en Nuestro Hogar, le confié mis íntimas dudas exponiéndole la perplejidad en la que me encontraba.

Él esbozó una fisonomía bastante significativa, y habló:

–Llamamos Tinieblas a las regiones más inferiores que conocemos. Considere a las criaturas humanas como viajeras de la vida. Algunos, muy pocos, siguen con resolución el objetivo esencial de la jornada. Son los Espíritus muy nobles, que

descubrieron la esencia divina en sí mismos, marchando hacia el blanco sublime, sin vacilaciones. Pero, la mayoría se estaciona. Tenemos entonces multitud de almas que se demoran siglos y siglos, recapitulando experiencias. Los primeros siguen líneas rectas. Los segundos caminan describiendo grandes curvas. En ese movimiento, repitiendo marchas y rehaciendo viejos esfuerzos, quedan a merced de innumerables vicisitudes. Así es como muchos acostumbran a perderse en plena floresta de la vida, perturbados en el laberinto que trazan para sus propios pies. Se clasifican así a millones de seres que deambulan por el Umbral. Otros, prefiriendo caminar a oscuras, por la preocupación egoísta que los absorbe, suelen caer en precipicios estacionándose en el fondo del abismo por tiempo indeterminado. ¿Comprendió?

Las explicaciones no podían ser más claras.

Sensibilizado por la extensión del asunto y su complejidad, ponderé:

–De todas maneras, ¿qué me dice de esas caídas? ¿Se verifican solamente en la Tierra? ¿Solamente los encarnados son susceptibles de esa precipitación en el despeñadero?

Lisias pensó un minuto y respondió:

–Su observación es oportuna. En cualquier lugar el Espíritu puede precipitarse en los abismos del mal; pero hay que destacar que en las esferas superiores las defensas son más fuertes, por lo que, consecuentemente, es mayor la intensidad de culpa en la falta cometida.

–Entre tanto –objeté–, la caída siempre me pareció imposible en las regiones extrañas al cuerpo terrenal. El ambiente divino, el conocimiento de la verdad, el auxilio superior, se me figuraban antídotos infalibles al veneno de la vanidad y de la tentación.

El compañero sonrió y esclareció:

–El problema de la tentación es más complejo. Los paisajes del planeta terrestre, están llenos de ambiente divino, del conocimiento de la verdad y del auxilio superior. No son pocos los que comparten allí batallas destructoras entre árboles acogedores y campos primaverales; muchos cometen homicidios a la luz de la luna, insensibles a la profunda sugestión de las estrellas; otros explotan a los más débiles, desoyendo revelaciones de la verdad superior. En la Tierra, no faltan paisajes y expresiones esencialmente divinos.

Las palabras del enfermero penetraban profundamente en mi Espíritu. En verdad los guerreros prefieren la destrucción en la primavera o el estío, cuando la Naturaleza extiende por la tierra y el firmamento maravillas de color, perfume y luz; los robos y los homicidios son practicados preferentemente por la noche, cuando la Luna y las estrellas hinchen el planeta de divina poesía. La mayor parte de los verdugos de la Humanidad, se constituye de hombres eminentemente cultos, que desprecian la inspiración divina. Renovando mi concepción referente a la caída espiritual, agregué:

–De todas maneras, Lisias, ¿podrá darme usted una idea de la localización de esa zona de Tinieblas? Si el Umbral está vinculado a la mente humana ¿dónde quedará semejante lugar de sufrimiento y pavor?

–Hay esferas de la vida en todas partes –dijo él solícito–. El vacío siempre ha de ser una mera imagen literaria. Por doquiera hay energías vivientes y cada especie de seres funciona en determinada zona de la vida.

Después de pequeño intervalo, en que me pareció meditar profundamente, continuó:

–Naturalmente, como nos sucedió a nosotros, usted situó como región de existencia más allá de la muerte del cuerpo,

solamente a círculos que van de la superficie del globo hacia arriba, olvidando su bajo nivel. No obstante, la vida palpita en la profundidad de los mares y en el interior de la tierra. Además, tal como sucede con los cuerpos materiales, hay principios de gravitación para los Espíritus. La Tierra no es solamente el campo que podemos herir o menospreciar a nuestro placer. Es una organización viva, poseedora de ciertas leyes que nos esclavizarán o nos liberarán, según nuestras obras. Es claro que el alma aplastada por sus propias culpas no podrá subir a la superficie del lago maravilloso de la vida. Resumiendo, debo recordar que las aves libres ascienden a las alturas; las que se embarazan en el lodazal, se sienten impedidas para el vuelo, y las que se prenden a un peso considerable, son simples esclavas de lo desconocido. ¿Comprende?

Lisias no precisaba hacerme esta pregunta. Pues, de pronto evalué el cuadro inmenso de luchas purificadoras, diseñándose ante mis ojos espirituales, en las zonas más bajas de la existencia.

Como alguien que necesita meditar bastante antes de expresarse, el compañero pensó y concluyó:

–Tal como nos sucede a nosotros, que traemos en nuestro íntimo lo superior y lo inferior, también el planeta trae en sí expresiones altas y bajas, con las que corrige al culpable y da paso al triunfador para la vida eterna. Usted sabe, como médico humano, que hay elementos en el cerebro del hombre que presiden su sentido de dirección. Pero, hoy reconoce que esos elementos no son propiamente físicos y sí espirituales en su esencia. Quien estime vivir exclusivamente en las sombras, embotará su sentido divino de dirección. Por tanto, no está demás que se precipite en las Tinieblas, porque el abismo atrae al abismo, y cada uno de nosotros llegará al sitio hacia el cual está dirigiendo sus propios pasos.

En el campo de la música

Por la tarde Lisias me invitó para que lo acompañara al Campo de la Música.

–¡Es necesario distraerse un poco, André! –dijo gentilmente.

Viéndome indeciso agregó:

–Hablaré a Tobías. La propia Narcisa consagró el día de hoy al descanso. ¡Vamos!

Pero yo observaba en mí mismo un singular fenómeno. No obstante la escasez de mis días de servicio, ya dedicaba gran amor a aquellas Cámaras. Las visitas diarias del Ministro Genesio, la compañía de Narcisa, la inspiración de Tobías, y la camaradería de los compañeros, todo eso me hablaba particularmente al Espíritu. Narcisa, Salustio y yo aprovechábamos todos los momentos de holgura para mejorar el interior, aquí y allí, suavizando la situación de los enfermos, que estimábamos de todo corazón como si fuesen nuestros hijos. Considerando la nueva posición en que me encontraba me acerqué a Tobías, a quién el enfermero de Auxilio dirigió la palabra con respetuosa intimidad. Al recibir la solicitud, mi iniciador en el trabajo consintió satisfecho:

–¡Óptimo programa! André necesita conocer el Campo de

la Música. Y, abrazándome añadió:

–No lo dude. ¡Aproveche! Vuelva por la noche, cuando lo desee. Todos nuestros servicios están convenientemente atendidos.

Acompañé a Lisias reconocidamente. Alcanzando su residencia en el Ministerio de Auxilio, tuve la satisfacción de volver a ver a la señora Laura e informarme sobre el regreso de la abnegada madre de Eloísa, que debería regresar del planeta, en la próxima semana. La casa estaba llena de alegría. Había más belleza en el interior doméstico, nuevas disposiciones en el jardín.

Despidiéndonos, la dueña de la casa me abrazó y habló con el mejor buen humor:

–Entonces, de ahora en adelante, la ciudad tendrá un frecuentador más en el Campo de la Música. ¡Tenga mucho cuidado con el corazón!...En cuanto a mí me quedaré hoy en casa. Me vengaré de ustedes ¡muy pronto! ¡No demoraré en buscar el alimento de mi alma en la Tierra!...

En medio de general alegría ganamos la vía pública. Las jóvenes se hacían acompañar de Polidoro y de Estacio, con los cuales hablaban animadamente. Lisias, a mi lado, tan pronto como descendimos del aerobús en una de las plazas del Ministerio de Elevación, me dijo cariñosamente:

–Al fin va a conocer a mi novia, a quien he hablado muchas veces de usted.

–Es curioso –observé intrigado– encontrar noviazgos también aquí...

–¿Cómo no? El amor sublime ¿vive en el cuerpo o en el alma eterna? Allá, en el círculo terrestre, querido mío, el amor es

una especie de oro oculto entre las piedras brutas. Tanto lo mezclan los hombres con las necesidades, los deseos y estados inferiores, que raramente se diferencia la ganga del precioso metal.

La observación era lógica. Reconociendo el efecto beneficioso de la explicación, prosiguió:

–El noviazgo es mucho más bello en la espiritualidad. No existen velos de ilusión obscureciéndonos la vista. Somos lo que somos. Lascinia y yo hemos fracasado muchas veces en las experiencias materiales. Debo confesar que casi todos los desastres del pasado tuvieron origen en mi imprevisión y falta de autodomínio. La libertad que las leyes sociales confieren al hombre en el planeta, es decir, al sexo masculino, aún no fue debidamente comprendida por nosotros. Muy raras veces alguno de nosotros la utiliza en el mundo en servicio de espiritualización. Casi siempre la convertimos en deslizamiento hacia la animalidad. Las mujeres, por el contrario, han tenido hasta ahora disciplinas rigurosas a su favor. En la existencia pasajera, nos sufren la tiranía y soportan el peso de nuestras imposiciones; pero, aquí verificamos el reajuste de los valores. **Sólo es verdaderamente libre el que aprende a obedecer.** Parece paradójico, pero es la expresión de la verdad.

Con todo –indagué– ¿tiene usted nuevos planes para los círculos carnales?

–No puede ser de otro modo –explicó él presuroso–; necesito enriquecer el patrimonio de experiencias y además mis deudas para con el planeta son todavía enormes. Lascinia y yo fundaremos aquí, dentro de poco, nuestra casita de felicidad, creyendo que volveremos a la Tierra de aquí a unos treinta años.

Habíamos alcanzado las cercanías del Campo de la Música. Luces de indescriptible belleza bañaban el extenso parque, donde se ostentaban encantamientos de verdadero cuento de

hadas. Fuentes luminosas trazaban cuadros sorprendentes: era un espectáculo absolutamente nuevo para mí.

Antes de que pudiese manifestar mi profunda admiración, Lisias me recomendó con el mejor buen humor:

–Lascinia se hace acompañar siempre de dos hermanas, a las cuales espero que rinda usted honras de caballero.

–Pero Lisias... –respondí con reticencia, considerando mi antigua posición conyugal– usted debe comprender que estoy unido a Celia...

El enfermero amigo echó a reír, agregando:

–¡Era lo que faltaba! Nadie quiere herir sus sentimientos de fidelidad. Por otra parte no creo que la unión matrimonial obligue a hacer olvidar la vida social. ¿No sabe ser hermano de alguien?

Me reí desconcertado y nada pude replicar.

En ese momento alcanzábamos la línea de entrada donde Lisias pagó gentilmente el ingreso.

Noté, allí mismo, gran número de paseantes, en torno de un pequeño templo donde un cuerpo orquestal de reducido número ejecutaba música ligera. Caminos marginados de flores aparecían a nuestro frente, dando acceso al interior del parque en varias direcciones. Observando mi admiración por las canciones que oían, el compañero explicó:

–En las extremidades del Campo tenemos ciertas manifestaciones que atienden al gusto personal de cada grupo, de los que todavía no pueden comprender el arte sublime; pero en el centro, tenemos la música universal y divina, el arte santificado por excelencia.

En efecto, después de atravesar risueñas alamedas donde

cada flor parecía poseer su reinado particular, comencé a oír maravillosa armonía que dominaba el cielo. En la Tierra hay pequeños grupos para el culto de la música fina y multitudes para la música regional. Pero, allí se verificaba lo contrario. El centro del campo estaba repleto. Yo había presenciado numerosos conglomerados de gente en la colonia; me había extasiado ante la reunión que nuestro Ministerio consagrara al Gobernador, pero lo que veía ahora excedía a todo lo que me deslumbrara hasta entonces.

Lo más sobresaliente de Nuestro Hogar se había dado cita allí en magnífica forma.

No era lujo ni exceso de naturaleza alguna lo que proporcionaba tanto brillo a aquel cuadro maravilloso. Era la expresión natural de todo, la sencillez confundida con la belleza, el arte puro y la vida sin artificios. El elemento femenino aparecía en aquel paisaje revelando extremado gusto individual, sin exageración de adornos y sin traicionar la simplicidad divina. Grandes árboles, diferentes de los que se conocen en la Tierra, guarnecían bellos recintos iluminados y acogedores.

No eran solamente las parejas afectuosas las que se hallaban en los floridos caminos; grupos de señoras y caballeros se entretenían además en conversación animada, valiosa y constructiva. No obstante sentirme sinceramente humillado por mi insignificancia ante aquella aglomeración selectísima, experimentaba el mensaje silencioso de simpatía en la mirada de cuantos encontraba. Oía frases sueltas con relación a los círculos carnales, pero en ninguna conversación noté el más ligero vestigio de malicia o de censura a los hombres. Se discutía sobre el amor, la cultura intelectual, la investigación científica, la filosofía edificante, pero todos los comentarios tendían a la esfera elevada del mutuo auxilio, sin ningún roce de opiniones.

Observé que allí el más sabio restringía las vibraciones de su poder intelectual, al paso que los menos instruidos elevaban, en lo posible, la capacidad de comprensión para absorber las dádivas del conocimiento superior. En numerosas conversaciones recogía referencias a Jesús y al Evangelio, pero lo que más me impresionaba era la nota de alegría reinante en todas las conversaciones. Nadie recordaba al Maestro con las vibraciones negativas de la tristeza inútil o del injustificable desaliento. Jesús era recordado por todos como supremo orientador de las organizaciones terrestres, visible e invisibles, lleno de comprensión y bondad, pero también consciente de la energía y la vigilancia necesarias para la preservación del orden y la justicia.

Aquella sociedad optimista me encantaba. Ante mis ojos tenía concretizadas las esperanzas de gran número de pensadores verdaderamente notables de la Tierra.

Grandemente maravillado por la sublime música oí decir a Lisias:

–Nuestros orientadores en armonía absorben rayos de inspiración en planos más altos, los grandes compositores terrestres son, a veces, traídos a esferas como la nuestra donde reciben algunas expresiones melódicas para transmitirlas, a su vez a los oídos humanos, adornando los temas recibidos con el genio que poseen. El Universo, André, está lleno de belleza y sublimidad. La antorcha resplandeciente y eterna de la vida, procede originalmente de Dios.

Sin embargo, el enfermero de Auxilio no pudo continuar, pues fuimos enfrentados por un gracioso grupo. Lascinia y las hermanas habían llegado y era preciso atender a los imperativos de la confraternidad.

Sacrificio de mujer

Pasé un año en trabajos constructivos con inmensa alegría para mí. Aprendí a ser útil encontrando placer en el servicio, experimentando creciente júbilo y confianza.

Hasta entonces no había regresado al hogar terrestre a pesar del inmenso deseo que me horadaba el corazón. Algunas veces intentaba pedir concesiones sobre ese particular, pero algo me lo impedía. ¿No había recibido el auxilio adecuado? ¿No contaba allí con el cariño y el aprecio de todos los compañeros? Por tanto, reconocía que si hubiera provecho en ello, desde hacía tiempo habría sido encaminado al viejo ambiente doméstico. Correspondía, pues, aguardar la palabra de orden. Además de todo eso, no obstante desarrollar actividades en Regeneración, el Ministro Clarencio continuaba responsabilizándose por mi permanencia en la colonia. La señora Laura y el propio Tobías no se cansaban de recordarme este hecho. En muchas ocasiones me había encontrado con el generoso Ministro de Auxilio y a pesar de ello siempre se mantenía silencioso sobre el asunto. Por otra parte, Clarencio nunca modificaba su actitud reservada en el desempeño de las obligaciones concernientes a su autoridad. Tan sólo por Navidad, cuando me encontraba en los festejos de Elevación, tocó levemente el asunto, adivinándome la nostalgia

de la esposa y de los hijitos. Comentara las alegrías de la noche y aseveraba no estar lejano el día en que me acompañaría al nido familiar. Agradecí, conmovido, esperando, lleno de buen ánimo. Mientras tanto alcanzábamos el mes de septiembre de 1940 sin ver realizados mis deseos.

No obstante me confortaba la certeza de haber llenado con servicio útil todo mi tiempo en las Cámaras de Rectificación. No descansara. Nuestras tareas proseguían siempre sin solución de continuidad.

Habituárame a cuidar de los enfermos y a interpretar sus pensamientos. No perdía de vista a la pobre Elisa, encaminándola de manera indirecta hacia mejores tentativas.

Pero a medida que consolidaba mi equilibrio emocional, se me intensificaba la ansiedad de volver a ver a los míos.

La nostalgia dolía mucho. En compensación, de tiempo en tiempo era visitado por mi madre, que nunca me abandonó a mi propia suerte, a pesar de permanecer en círculos más elevados.

La última vez que nos vimos, me dijo que quería notificarme nuevos proyectos. Aquella actitud maternal de suave conformidad, en los sufrimientos morales que le herían el alma sensible, me conmovía profundamente. ¿Qué nuevas resoluciones habría tomado? Intrigado esperé su visita ansioso de conocer sus planes.

En efecto, en los primeros días de septiembre de 1940 mi madre vino a las Cámaras, y después de las saluciones cariñosas me comunicó su propósito de volver a la Tierra. Con tono afectuoso, me explicó el proyecto. Pero sorprendido y discor dando de semejante decisión, protesté:

–No concuerdo. ¿Volver usted a la carne? ¿Por qué?

¿Internarse de nuevo en ese camino oscuro, sin necesidad inmediata?

Mostrando noble expresión de serenidad mi madre ponderó:

–¿No consideras la angustiosa condición en la que se halla tu padre, hijo mío? Hace muchos años que trabajo para levantarlo y mis esfuerzos han sido estériles. Laerte es hoy un escéptico de corazón envenenado. No podría persistir en semejante situación, so pena de sumergirse en abismos más profundos. ¿Qué hacer, André? ¿Tendrías valor para verlo en tal situación, eludiendo el socorro justo?

–No –respondí emocionado–; trabajaría por auxiliarlo; pero usted podrá ayudarlo desde aquí.

–No lo dudo. Pero los Espíritus que aman, verdaderamente, no se limitan a extender las manos de lejos. ¿De qué nos valdría toda la riqueza material, si no pudiéramos extenderla a los seres que amamos? ¿Acaso podríamos residir en un palacio relegando a los hijitos a la intemperie? No puedo permanecer a distancia. Ya que podré contar contigo desde aquí, de ahora en adelante me reuniré con Luisa a fin de auxiliar a tu padre a reencontrar el camino verdadero.

Pensé, pensé, y redarguí:

–No obstante, insistiría con usted. ¿No habría medios de evitar esa contingencia?

–No. No sería posible. Estudié detenidamente el asunto. Mis superiores jerárquicos estuvieron unánimes en el consejo. No puedo traer lo inferior a lo superior, pero puedo hacer lo contrario. ¿Qué me queda pues, sino eso? No debo dudar ni un minuto. Tengo en ti el amparo del futuro. No te resistas, hijo mío, y auxilia a tu madre cuando puedas transitar entre las esferas que nos separan de la superficie terrestre. Mientras tanto vigila a tus hermanas que

tal vez se encuentran aún en las sombras del Umbral en activo trabajo purgatorio. Volveré nuevamente al mundo, dentro de pocos días, donde me encontraré con Laerte para la realización de los servicios que el Padre nos confiara.

–Pero –indagué– ¿cómo se encontrará él con usted? ¿En Espíritu?

–No –dijo mi madre con significativa expresión fisonómica– . Con la colaboración de algunos amigos lo situé en la Tierra la semana pasada, preparando su reencarnación inmediata, sin que él identificase nuestro auxilio directo. Quiso huir de las mujeres que todavía lo subyugan, tal vez con razón, y aprovechamos esa disposición para someterlo a la nueva situación carnal.

–Pero ¿es eso posible? ¿Y la libertad individual?

Mi madre sonrió, algo triste, y respondió:

–Hay reencarnaciones que tienen carácter drástico. Aunque el enfermo no se sienta valeroso, hay amigos que lo ayudan a tomar el remedio santo, aunque sea muy amargo. Con relación a la libertad ilimitada, el alma puede invocar ese derecho solamente cuando comprenda el deber y lo practique. Por lo demás, es indispensable reconocer que el deudor es esclavo del compromiso asumido. Dios creó el libre albedrío y nosotros creamos la fatalidad. Por tanto, es necesario quebrantar las cadenas que hemos fundido para nosotros mismos.

Mientras me perdía en graves pensamientos, continuó ella, volviendo a anteriores observaciones.

–Las infelices hermanas que lo persiguen no lo abandonan, y si no fuese por la Protección Divina, por intermedio de nuestros guardianes espirituales, tal vez lo sustrajeran a la oportunidad de la nueva reencarnación.

–¡Dios mío! –exclamé–. ¿Será posible? ¿Hasta ese punto

estamos a merced del mal? ¿Somos simples juguetes en las manos de los enemigos?

–Esas interrogaciones, hijo mío –esclareció mi madre con mucha calma–, deben estar en nuestros corazones y en nuestros labios, antes de contraer cualquier débito, y antes de transformar en adversario para el camino a nuestros hermanos. No adquieras préstamos de la maldad...

–¿Qué será de esas mujeres infelices? –indagué.

Mi madre sonrió y respondió:

–Serán mis hijas, de aquí a algunos años. Es necesario que no olvides que iré al mundo en auxilio de tu padre. Nadie ayuda eficientemente intensificando fuerzas contrarias, del mismo modo que no se puede apagar en la Tierra un incendio con petróleo. ¡Es indispensable amar, André! Los que no creen pierden el rumbo verdadero, peregrinando por el desierto; los que yerran, se desvían del camino real sumergiéndose en el pantano. Tu padre es hoy un escéptico, y esas pobres hermanas soportan pesados fardos en el lodo de la ignorancia y de la ilusión. En un futuro no lejano, los colocaré a todos ellos en mi regazo materno, realizando mi nueva experiencia.

Con los ojos brillantes y húmedos, como si se hallara contemplando horizontes del porvenir, concluyó:

–Y más tarde... ¿quién sabe?, tal vez regrese a Nuestro Hogar rodeada de otros afectos sacrosantos, para obtener una gran fiesta de alegría, amor y unión...

Comprendiendo su espíritu de renuncia, me arrodillé y besé sus manos.

Desde aquella hora no sólo era mi madre. Era mucho más que eso. Era la mensajera del Amparo, que sabía convertir verdugos en hijos de su corazón, para que ellos volvieran a tomar el camino de los hijos de Dios.

El retorno de Laura

No sólo mi madre se preparaba para regresar a los círculos terrestres. También la señora Laura se encontraba en vísperas del gran acontecimiento. Avisado por algunos compañeros, me adherí a la demostración de simpatía y aprecio que diversos funcionarios, especialmente de Auxilio y de Regeneración, iban a rendir a la noble matrona, con motivo de su retorno a las experiencias humanas. Se realizó el afectuoso homenaje en la noche en que el Departamento de Cuentas le entregó la notificación del tiempo global de su servicio en la colonia.

No es posible traducir a través de palabras comunes el significado espiritual de aquella fiesta íntima.

La encantadora residencia estaba poblada de melodías y de luces. Las flores parecían más bellas.

Numerosas familias fueron a saludar a la compañera, próxima a regresar. Los visitantes, en su mayoría, la saludaron con cariño ausentándose sin más demora; en tanto, los amigos más íntimos permanecían allí, dispuestos a quedarse hasta la madrugada. Tuve entonces ocasión de escuchar observaciones curiosas y sabias.

La señora Laura me pareció más circunspecta y más grave. Se le notaba el esfuerzo que hacía para acompañar la corriente

de optimismo general. La sala de recibo estaba llena, y la madre de Lisias explicaba al representante del Departamento:

–Creo que no me demoraré más de dos días. Ya terminaron las aplicaciones del Servicio de Preparación y de Esclarecimiento...

Y con una mirada algo triste concluía:

–Como puede ver, estoy lista.

El interlocutor, con expresión de sincera fraternidad y estimulándola, agregó:

–Espero que se encuentre animada para la lucha. Es una gloria ir al mundo en sus condiciones. Millares y millares de horas de servicio cuentan a su favor ante la comunidad de más de un millón de compañeros. Además, sus hijitos han de constituir un bello estímulo en la retaguardia.

–Todo eso me reconforta –exclamó la dueña de la casa sin disfrazar la preocupación íntima–, pero debemos comprender que la reencarnación es siempre una tentativa de magna importancia. Reconozco que mi esposo me precedió en el enorme esfuerzo, y que los amados hijos serán mis amigos de todo momento. Con todo...

–¡Vamos, no se deje llevar por conjeturas! –intervino el Ministro Genesio–. Necesitamos confiar en la Protección Divina y en nosotros mismos. El manantial de la Providencia es inagotable. Es necesario romper los lentes oscuros que presenta el paisaje físico como amargo exilio. No piense en posibilidades de fracaso; mentalice, sí, las probabilidades de éxito. Además, es justo que confíe algo en nosotros, sus amigos, que no estaremos tan lejos en lo concerniente a la “distancia vibratoria”. Piense en la alegría de auxiliar a antiguos afectos; pondere en la inmensa gloria de ser útil.

La señora Laura sonrió, pareciendo más valerosa y aseveró:

–He solicitado el socorro espiritual de todos los compañeros con el fin de mantenerme vigilante en las lecciones aquí recibidas. Bien sé que la Tierra está llena de grandeza divina. Basta recordar que nuestro Sol es el mismo que alimenta a los hombres; no obstante, mi querido Ministro, siento recelo en vista del temporal olvido en el que nos precipitamos. Me siento como una enferma que se curó de numerosas heridas... En verdad, las úlceras no me molestan, pero conservo las cicatrices. Bastaría un leve rasguño para que la enfermedad volviera...

El Ministro esbozó un gesto como quien comprende el sentido de la alegación y adujo:

–No ignoro lo que representan las sombras del campo inferior, pero es indispensable tener valor y caminar hacia delante. La ayudaremos a trabajar mucho más en el bien de los demás que en la satisfacción de sí misma. El gran peligro, ahora y siempre, es la permanencia en las tentaciones del egoísmo.

–Aquí –volvió a decir la interlocutora sensatamente– contamos con las vibraciones espirituales de la mayoría de los habitantes, educados, casi todos en las luces del Evangelio Redentor; y aunque las viejas debilidades suban a tono de nuestros pensamientos, encontramos defensa natural en el propio ambiente. Pero en la Tierra, nuestra buena intención es como si fuera oscilante luz en un mar inmenso de fuerzas agresivas.

–No diga eso –interrumpió el generoso Ministro–, no dé tamaña importancia a las influencias de las zonas inferiores. Sería armar al enemigo para que nos torturase. El campo de las ideas es igualmente campo de lucha. De hecho, toda luz que encendamos en la Tierra, allá quedará para siempre, porque el vendaval de las pasiones humanas jamás apagará una sola de las luces de Dios.

Parecía que la señora lo veía todo más claro, en vista de

los conceptos oídos; cambió radicalmente de actitud mental y, cobrando nuevo aliento, dijo:

–Estoy convencida de que su visita fue providencial. Necesité levantar energías. Me faltaba esa exhortación. Es verdad: nuestra zona mental es un campo de incesante batalla. Es necesario aniquilar el mal y las tinieblas dentro de nosotros mismos; sorprenderlos en el reducto en que se recogen, sin darles la importancia que exigen. Sí ahora comprendo.

Genesio sonrió satisfecho y agregó:

–Dentro de nuestro mundo individual, cada idea es como si fuera una entidad aparte... Es necesario pensar en eso. Nutriendo los elementos del bien, ellos progresarán para felicidad nuestra; constituirán nuestros ejércitos de defensa; en cambio, alimentar cualquier elemento del mal es construir segura base para nuestros enemigos y verdugos.

A esa altura, el funcionario del Departamento de Cuentas observó:

–No podemos olvidar que Laura vuelve a la Tierra con extraordinarios créditos espirituales. Aun hoy el Gabinete de la Gobernación entregó una nota al Ministerio de Auxilio, recomendando a los operadores técnicos de la Reencarnación, el máximo cuidado en el trato con los ascendientes biológicos que van a entrar en función para constituir el nuevo organismo de nuestra hermana.

–¡Ah, es verdad! –dijo ella–, pedí esa providencia para que no me encuentre demasiado sujeta a la ley de herencia. He tenido gran preocupación con relación a la sangre.

–Considere –dijo el interlocutor solícito– que sus méritos en Nuestro Hogar son muy grandes, toda vez que el propio Gobernador determinó semejantes medidas.

–No se preocupe, pues, amiga mía –exclamó el Ministro

Genesio, sonriente—, tendrá a su lado a innumerables hermanos y compañeros colaborando en su bienestar.

—¡Gracias a Dios! —dijo la señora Laura, confortada— me faltaba oírlo, me faltaba oírlo...

Lisias y las hermanas, a las cuales se unía ahora la simpática y generosa Teresa, manifestaron sincera alegría.

—Mi madre necesitaba olvidar las preocupaciones —comentó el abnegado enfermero de Auxilio—; a fin de cuentas, no estaremos aquí durmiendo.

—Tienes razón —adujo la dueña de la casa—; cultivaré la esperanza, confiaré en el Señor y en todos ustedes.

Enseguida, los comentarios volvieron al plano de la confianza y del optimismo. Nadie comentó el retorno a la Tierra, sino como bendita oportunidad de recapitular y aprender, para el bien.

Al despedirme en altas horas de la noche, la señora Laura me dijo en tono maternal:

—Mañana por la noche, André, espero verlo de nuevo. Tendremos una pequeña reunión íntima. El Ministro de Comunicaciones me prometió la visita de mi esposo. Aunque se encuentra en los lazos físicos, Ricardo será traído hasta aquí con el auxilio fraternal de nuestros compañeros. Además, mañana he de despedirme. No falte.

Agradecí conmovido, esforzándome por ocultar las lágrimas prematuras de la nostalgia, que ya me despuntaba en el corazón.

Culto familiar

Tal vez a los practicantes del Espiritismo no les fuese tan sorprendente la reunión a la que comparecí, en casa de Lisias. Pero a mis ojos, el cuadro era inédito e interesante.

En la espaciosa sala de estar, se reunía la pequeña asamblea de poco más de treinta personas. La disposición de los muebles era de las más sencillas. Confortables poltronas se alineaban, de doce en doce, frente al estrado donde el Ministro Clarenco asumiera la posición de director, rodeándose de la señora Laura y de los hijos. A distancia de unos cuatro metros, se hallaba un gran globo cristalino, de dos metros aproximados, envuelto, en la parte inferior, en extensa serie de hilos que se conectaban a un pequeño aparato, idéntico a nuestros altoparlantes.

Numerosas indagaciones me danzaban por el cerebro.

En la extensa sala, cada cual tomara lugar adecuado, mas observara conversaciones fraternales en todos los grupos.

Hallándome al lado de Nicolás, antiguo servidor del Ministerio de Auxilio e íntimo de la familia de Lisias, osé preguntar algo. El compañero no se hizo de rogar y esclareció:

–Estamos listos; pero, aguardamos la orden de Comunicaciones. Nuestro hermano Ricardo está en la fase de la infancia terrestre y no le será difícil desprenderse de los lazos físicos más fuertes, por algunos minutos.

–¿Pero él vendrá hasta aquí?

–¿Cómo no? –acotó el interlocutor–. No todos los encarnados se encadenan al suelo de la Tierra. Como las palomas mensajeras que viven, a veces, por largo tiempo de servicio, entre dos regiones, existen Espíritus que viven por allá entre dos mundos.

Indicando el aparato a nuestro frente, informó:

–Allí está la cámara que nos lo presentará.

–¿Por qué el globo cristalino? –pregunté, curioso– ¿No podría manifestarse sin él?

–Es necesario recordar –dijo Nicolás, atento– que nuestra emotividad emite fuerzas susceptibles de perturbar. Aquella pequeña cámara cristalina está constituida de material aislante. Nuestras energías mentales no podrán atravesarla.

En ese instante, Lisias fue llamado por teléfono por funcionarios de Comunicaciones. Había llegado el momento. Se podría comenzar el trabajo culminante de la reunión.

Verifiqué, en el reloj de la pared, eran las doce y cuarenta minutos de la noche. Notándome la mirada interrogativa, dijo Nicolás en voz baja:

–Sólo ahora existe bastante paz en el reciente hogar de Ricardo, allá en la Tierra. Naturalmente, la casa descansa, los padres duermen, y él, en la nueva fase, no permanece enteramente junto a la cuna...

No le fue posible continuar. El Ministro Clarencio, se levantó y pidió homogeneidad de pensamientos y verdadera fusión de sentimientos.

Se hizo gran quietud, y Clarencio dijo una conmovedora y sencilla oración. Enseguida, Lisias se hizo oír en la cítara armoniosa, llenando el ambiente de profundas vibraciones de

paz y encantamiento. Luego, Clarenco tomó de nuevo la palabra:

–Hermanos –dijo–, enviemos ahora a Ricardo nuestro mensaje de amor.

Observé entonces con sorpresa que las hijas y la nieta de la señora Laura, acompañadas de Lisias, abandonaron el estrado, tomando posición junto a los instrumentos musicales. Judith, Yolanda y Lisias se encargaron respectivamente, del piano, del arpa y de la cítara, al lado de Teresa y Eloísa, que integraban el gracioso coro familiar.

Las cuerdas afinadas casaron los ecos de suave melodía y la música se elevó, acariciadora y divina, semejante a un gorjeo celeste. Me sentía arrebatado a esferas sublimes del pensamiento, cuando voces argentinas embelesaron el interior. Lisias y las hermanas cantaban maravillosa canción, compuesta por ellos mismos.

Será muy difícil frasear humanamente las significativas estrofas, llenas de espiritualidad y belleza, pero intentaré hacerlo para demostrar la riqueza de los afectos en los planos de la vida que se extienden más allá de la muerte:

Padre querido, mientras la noche
Trae la bendición del reposo,
Recibe, padre cariñoso,
¡Nuestro afecto y devoción!...
Mientras las estrellas cantan
En la luz que las empalidece,
Ven a unir a nuestras preces
La voz de tu corazón.

No te turbes en la senda
De sombras del olvido,
No te duela el sufrimiento,

Jamás te hieras en el mal.
No temas al dolor terrestre,
Recuerda nuestra alianza,
Conserva la flor de la esperanza
Para la ventura inmortal.

Mientras duermes en el mundo,
Nuestras almas despiertas
Recuerdan las alboradas
De esta vida superior;
Aguarda el porvenir risueño,
Espera por nosotros que, un día,
Volveremos a la alegría
Del jardín de tu amor.

Ven a nosotros, padre generoso,
Vuelve a la paz de nuestro nido,
Torna a las luces del camino,
Aunque sea para soñar;
Olvida, por un minuto, la Tierra
Y ven a sorber del agua pura
De consuelo y de ternura
De las fuentes de "Nuestro Hogar"

Nuestra casa no te olvida
El sacrificio, la bondad,
La sublime claridad
De tus lecciones en el bien;
Atraviesa la sombra espesa,
Vence, padre, la carne extraña,
Sube a la cumbre de la montaña,
Ven también con nosotros a orar...

A las últimas notas de la bella composición, noté que el globo se cubría, interiormente, de una substancia lechosa y cenicienta, presentando de inmediato la figura simpática de un hombre en la edad madura. Era Ricardo. Imposible describir la sagrada emoción de la familia, dirigiéndole amorosas saluciones.

El recién llegado, luego de hablar particularmente a la compañera y a los hijos, fijó su mirada amiga en nosotros, pidiendo que fuese repetida la suave canción filial, que oyó bañado en lágrimas. Cuando se callaron las últimas notas, habló conmovido:

—¡Oh! ¡Hijos míos, como es grande la bondad de Jesús, que nos iluminó el culto doméstico del Evangelio con las supremas alegrías de esta noche! En esta sala hemos procurado, juntos, el camino de las esferas superiores; muchas veces recibimos el pan espiritual de la vida y es otra vez aquí donde nos reencontramos para el estímulo santo. ¡Cuán feliz soy!

La señora Laura lloraba discretamente. Lisias y las hermanas tenían los ojos húmedos de llanto.

Percibí que el recién llegado no hablaba con espontaneidad y no podía disponer de mucho tiempo entre nosotros. Posiblemente, todos allí mantenían análoga impresión, porque vi a Judith abrazarse al globo cristalino, oyéndola exclamar cariñosamente:

—¡Padre querido, diga lo que necesita de nosotros, esclarezca en qué podremos ser útiles a su abnegado corazón!

Observé, entonces, que Ricardo posó su mirada profunda en la señora Laura y murmuró:

—¡Su madre vendrá pronto conmigo, hijita! ¡Más tarde, vendrán ustedes igualmente! ¿Qué más podría desear, para ser feliz, sino rogar al Maestro que nos bendiga para siempre?

Todos llorábamos, enternecidos.

Cuando el globo comenzó a presentar, de nuevo los mismos

tonos ceniza, oí a Ricardo exclamando, casi de despedida:

–¡Ah hijos míos! ¡En verdad tengo algo que pedirles desde el fondo de mi alma! ¡Rueguen al Señor para que yo nunca disponga de facilidades en la Tierra, a fin de que la luz de la gratitud y del entendimiento permanezca viva en mi Espíritu!...

Aquel pedido inesperado me sensibilizó y sorprendió al mismo tiempo. Ricardo dirigió a todos saluciones cariñosas y la cortina de substancia ceniza cubrió toda la cámara, que, enseguida volvió al aspecto normal.

El Ministro Clarencio oró con sentimiento y la sesión fue cerrada, dejándonos inmersos en indescriptible alegría.

Me dirigí al estrado para abrazar a la señora Laura, expresándole de viva voz mi profunda impresión y reconocimiento, cuando alguien me atajó los pasos casi junto a la dueña de la casa, que se ocupaba de atender a las numerosas felicitaciones de los amigos presentes.

Era Clarencio, que me habló en tono amable:

–André, mañana acompañaré a nuestra hermana Laura a la esfera carnal. Si le place, podrá venir con nosotros para visitar a su familia.

La sorpresa no podía ser mayor. Profunda sensación de alegría me extasió, pero recordé instintivamente el servicio de las Cámaras. Adivinándome el pensamiento, el generoso Ministro volvió a decir:

–Usted tiene una cantidad regular de horas de trabajo extraordinario a su favor. No le será difícil a Genesio concederle una semana de ausencia, después del primer año de cooperación activa.

Poseído de intenso júbilo, agradecí, llorando y riendo al mismo tiempo. ¡Por fin iba a ver de nuevo a la esposa y a los hijos amados!

Regresando a casa

Imitando al niño que se conduce por los pasos de los benefactores, llegué a mi ciudad, con la sensación indescriptible del viajero que retorna a su cuna natal después de larga ausencia.

Sí, el paisaje no se había modificado de manera sensible. Los viejos árboles del barrio, el mar, el mismo cielo, el mismo perfume errante. Embriagado de alegría, no noté la expresión fisonómica de la señora Laura, que denunciaba extrema preocupación, y me despedí de la pequeña caravana, que seguiría adelante.

Clarencio me abrazó y habló:

–Usted tiene una semana a su disposición. Pasaré por aquí diariamente para verlo, atento a los cuidados que debo consagrar a los problemas de la reencarnación de nuestra hermana. Si quisiera ir a Nuestro Hogar, aprovechará mi compañía. ¡Páselo bien, André!

Último adiós a la dedicada madre de Lisias y me vi solo, respirando el aire de otros tiempos, con intensidad.

No me demoré examinando los pormenores. Atravesé aceleradamente algunas calles, camino a casa. El corazón me latía descompasado, a medida que me aproximaba al gran portón de entrada. El viento, como otrora, susurraba caricias en la arboleda del pequeño parque. Brotaban azaleas y rosas, saludando la luz primaveral. Frente al pórtico, se ostentaba, garbosa, la palmera que,

con Celia, había plantado en nuestro primer aniversario de casamiento.

Ebrio de felicidad, avancé hacia el interior. Pero, todo denotaba diferencias enormes. ¿Dónde estarían los viejos muebles de jacarandá? ¿Y el gran retrato en que, con la esposa y los hijitos, formábamos gracioso grupo? Algo me oprimía ansiosamente. ¿Qué habría acontecido? Comencé a temblar de emoción. Me dirigí al comedor, donde vi a la hijita más pequeña, transformada en una joven casadera. Y casi en el mismo instante, vi a Celia que salía del cuarto, acompañando a un caballero que a primera vista, me pareció médico.

Grité mi alegría con todas las fuerzas de los pulmones, pero las palabras parecían rebotar por la casa sin alcanzar los oídos de los circundantes. Comprendí la situación y me callé decepcionado. Abracé a la compañera, con todo el cariño de mi inmensa nostalgia, pero Celia parecía totalmente insensible a mi gesto de amor. Muy atenta, preguntó al caballero algo que de pronto no pude comprender. El interlocutor, bajando la voz, respondió respetuoso:

–Sólo mañana podré diagnosticar con seguridad, porque la neumonía se presenta muy complicada en virtud de la hipertensión. Todo cuidado es poco; el Dr. Ernesto reclama absoluto reposo.

¿Quién sería aquel Dr. Ernesto? Me perdía en un mar de indagaciones, cuando oí a mi esposa suplicar ansiosa:

–Doctor, ¡sálvelo, por caridad! ¡Se lo ruego! ¡Oh! No soportaría una segunda viudez.

Celia lloraba y se retorció las manos demostrando inmensa angustia.

Un rayo no me hubiera fulminado con tanta violencia. Otro hombre se había adueñado de mi hogar. La esposa me había olvidado. Aquella casa ya no me pertenecía. ¿Valía la pena haber esperado tanto tiempo para recoger semejantes desilusiones. Corrí a mi cuarto verificando que otro mobiliario existía en la alcoba.

En el lecho se hallaba un hombre de edad madura, evidenciando delicado estado de salud. Al lado de él, tres figuras negras iban y venían, mostrándose interesadas en agravar su mal.

De pronto tuve ímpetu de odiar al intruso con todas mis fuerzas, pero ya no era el mismo hombre de otros tiempos. El Señor me había llamado a enseñanzas de amor, de fraternidad y de perdón. Comprobé que el enfermo estaba cercado de entidades inferiores dedicadas al mal; pero no conseguí auxiliarlo de inmediato.

Me senté decepcionado y abrumado, viendo a Celia entrar y salir varias veces del aposento, acariciando al enfermo con la ternura que me había dedicado en otros tiempos; y después de algunas horas de amarga meditación, volví tambaleante al comedor, donde encontré a las hijas conversando. Se sucedían las sorpresas. La mayor se había casado y tenía a su hijito en brazos. ¿Y mi hijo? ¿Dónde estaría?

Celia instruyó convenientemente a una vieja enfermera y vino a conversar, más calmada, con las hijas.

–Vine a verlos, mamá –exclamó la primogénita–, no sólo para tener noticias del Dr. Ernesto, sino también porque hoy singular nostalgia de papá me atormenta el corazón. Desde muy temprano, no sé por qué pienso tanto en él. Es algo que no puedo definir bien...

No pudo terminar. Abundantes lágrimas brotaban de sus ojos.

Celia, con inmensa sorpresa para mí, se dirigió a la hija autoritariamente:

–¡Vaya! ¡Era lo que nos faltaba!... Afligida como estoy debo tolerar tus perturbaciones. ¿Qué pesadez es esa, hija mía? Ya les prohibí, terminantemente, cualquier alusión, en esta casa, a tu padre. ¿No sabes que eso disgusta a Ernesto? Ya vendí todo cuanto me recordaba aquí el pasado muerto; incluso modifiqué el aspecto de las paredes, y tú ¿no me puedes ayudar en eso?

La hija más joven intervino agregando:

–Desde que la pobre hermana comenzó a interesarse por el maldito Espiritismo vive con esas tonterías en la cabeza. ¿Dónde se ha visto tal disparate? Esa historia de que los muertos vuelven es el colmo de los absurdos.

La otra, si bien continuaba llorando, habló con dificultad:

–No estoy traduciendo convicciones religiosas. ¿Es entonces un crimen sentir nostalgia de papá? ¿Acaso ustedes no aman, no tienen sentimientos? Si papá estuviera con nosotros, su único hijo varón no andaría por ahí practicando tantas locuras.

–¡Vamos! ¡Vamos! –replicó Celia nerviosa y enfadada–. Cada cual tiene la suerte que Dios le da. No olvides que André está muerto. No me vengas con lamentos y lágrimas por un pasado irremediable.

Me aproximé a mi llorosa hija; pretendí secar su llanto murmurándole palabras de valor y de consuelo que ella no registró auditivamente, pero sí de manera subjetiva bajo la forma de pensamientos confortadores.

¡A la postre me veía cara a cara en una singular coyuntura! Comprendí ahora el motivo por el cual mis verdaderos amigos habían demorado tanto mi retorno al hogar terrestre.

Las angustias y las decepciones se sucedían en tropel. Mi casa me pareció entonces un patrimonio que los ladrones y los gusanos habían transformado. ¡Ni haberes, ni títulos, ni afectos! Solamente había allí una hija que estaba de centinela por mi viejo y sincero amor.

Ni los largos años de sufrimiento en mis primeros días de más allá de la tumba me habían proporcionado lágrimas tan amargas.

Llegó la noche y volvió el día encontrándome en la misma situación de perplejidad, oyendo conceptos y sorprendiendo actitudes que nunca podría haber sospechado.

Por la tarde Clarencio pasó, ofreciéndome su palabra cordial, amiga y recta. Percibiendo mi abatimiento me dijo solícito:

–Comprendo su aflicción y me regocijo por la buena oportunidad de esta prueba. No tengo nuevas indicaciones. Cualquier consejo de mi parte sería intempestivo. Solamente le digo, querido mío, que no puedo olvidar aquella recomendación de Jesús para que amemos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Ello opera siempre verdaderos milagros en nosotros mismos, proporcionándonos felicidad y comprensión en nuestros caminos.

Agradecí sensibilizado, y le pedí que no me desamparase con el necesario auxilio.

Clarencio sonrió y se despidió.

Entonces de cara a la realidad, absolutamente solo en el testimonio, comencé a valorar el alcance de la recomendación evangélica y reflexioné con más claridad. Al final de cuentas, ¿por qué condenar el procedimiento de Celia? Si hubiera sido yo el viudo en la Tierra, ¿cómo habría obrado? ¿Acaso hubiera soportado la prolongada soledad? ¿No hubiera recurrido a mil pretextos para justificar un nuevo matrimonio? ¿Y el pobre enfermo? ¿Cómo y por qué odiarlo? ¿No era también mi hermano en la Casa de Nuestro Padre? ¿No estaría el hogar quizás en peores condiciones si Celia no hubiese aceptado esa alianza afectiva? Era necesario pues luchar contra el feroz egoísmo. Jesús me había conducido a otras fuentes. No podía proceder como un hombre de la Tierra. Mi familia no estaba constituida sólo de una esposa y de tres hijos en la Tierra. Estaba, sí, formada por centenares de enfermos en las Cámaras de Rectificación y se extendía ahora, a la comunidad universal. Dominado por nuevos pensamientos, sentí que la linfa del verdadero amor comenzaba a brotar de benéficas heridas que la realidad me abriera en el corazón.

Ciudadano de "Nuestro Hogar"

En la segunda noche me sentía cansadísimo. Comenzaba a comprender el valor del alimento espiritual, a través del amor y de la comprensión recíprocos. En Nuestro Hogar, atravesaba varios días de servicio activo, sin alimentación común, en el entrenamiento de elevación a que muchos de nosotros nos consagrábamos. Me bastaba la presencia de los queridos amigos, las manifestaciones de afecto y la absorción de elementos puros a través del aire y del agua; pero allí no encontraba sino el obscuro campo de batalla, en el cual los seres amados se convertían en verdugos. Las meditaciones preciosas que las palabras de Clarencio me habían sugerido, daban cierta calma a mi corazón. Comprendía al fin, las necesidades humanas. No era propietario de Celia, sino su hermano y amigo. No era dueño de mis hijos y sí un compañero de luchas y realizaciones.

Recordé que la señora Laura, en cierta oportunidad, afirmó que todo ser, en su testimonio, debe proceder como la abeja acercándose a las flores de la vida, que son las almas nobles, en el campo de los recuerdos, extrayendo de cada una la substancia de los buenos ejemplos, para adquirir la miel de la sabiduría.

Apliqué a mi caso el provechoso consejo y comencé a recordar a mi madre: ¿No se había sacrificado ella por mi padre, al

punto de adoptar mujeres infelices como hijas de su corazón? Nuestro Hogar estaba lleno de ejemplos edificantes. La Ministra Veneranda trabajaba hacia siglos por el grupo espiritual que más estaba ligado a su corazón. Narcisa se sacrificaba en las Cámaras de Rectificación para obtener reconocimiento espiritual cuando regresara al mundo en tarea de auxilio. La señora Hilda venció el dragón de los celos inferiores. ¿Y la expresión de fraternidad de los demás amigos de la colonia? Clarencio me acogiera con devoción de padre, y la madre de Lisias me recibiera como hijo, Tobías como hermano. Cada compañero de mis nuevas luchas me ofrecía algo útil para la construcción mental diferente que se erguía, aceleradamente, en mi espíritu.

Procuré abstraerme de las consideraciones aparentemente ingratas que oía en el ambiente doméstico y resolví colocar, sobre de todo el amor divino, y, por encima de todos mis sentimientos personales, las justas necesidades de mis semejantes.

En mi cansancio, busqué el apartamento del enfermo, cuyo estado se agravaba por momentos. Celia le sostenía la frente y bañada en lágrimas le decía:

—¡Ernesto, Ernesto, ten compasión de mí, querido! ¡No me dejes sola! ¿Qué sería de mí si me faltaras?

El enfermo le acariciaba las manos y respondía con inmenso afecto, a pesar de la fuerte disnea.

Rogué al Señor energías necesarias para mantener la comprensión imprescindible y pasé a considerar a los cónyuges como si fuesen mis hermanos.

Reconocí que Celia y Ernesto se amaban intensamente. Y si de hecho me sentía compañero fraternal de ambos, debía auxiliarlos con los recursos a mi alcance. Inicié el trabajo procurando aclarar a los Espíritus infelices que se mantenían en estrecha unión con el enfermo. Pero, las dificultades eran enor-

mes. Me sentía muy abatido.

En esa emergencia recordé cierta lección de Tobías cuando me dijo: "Aquí, en Nuestro Hogar no todos necesitan del aerobús para movilizarse, porque los habitantes más elevados de la colonia disponen del poder de volición; y no todos necesitan de aparatos de comunicación para conversar a distancia, por mantenerse entre sí en un plano de perfecta sintonía de pensamientos. De ese modo, los que se encuentran en esa afinidad pueden disponer, como lo deseen, del proceso de conversación mental, a pesar de la distancia".

Recordé en lo útil que podría serme la colaboración de Narcisa y me decidí a hacer la prueba. Me concentré en fervorosa oración al Padre y, en las vibraciones de la plegaria; me dirigí a Narcisa solicitando su socorro. Le contaba, en pensamiento, mi experiencia dolorosa, le comunicaba mis propósitos de auxilio e insistía en que no me desamparase.

Entonces sucedió lo que no podía esperar.

Pasados veinte minutos, más o menos, y cuando aún no había apartado mi mente de la oración, alguien me tocó levemente el hombro. Era Narcisa, que me atendía sonriente diciendo:

–Oí su llamada, amigo mío, y vine a su encuentro.

Me quedé lleno de Felicidad.

La mensajera del bien miró aquel cuadro, comprendió la gravedad del momento y dijo:

–No tenemos tiempo que perder.

Inicialmente, aplicó pases de confortamiento al enfermo, aislándolo de las formas oscuras, que se apartaron como por encanto. Enseguida, me invitó con decisión:

–Vamos a la Naturaleza.

La acompañé sin dudar y, notando mi extrañeza, agregó:

–No sólo el hombre puede recibir fluidos y emitirlos. Las fuerzas naturales hacen lo mismo, en los diversos reinos en que se subdividen. Para el caso de nuestro enfermo necesitamos de los árboles. Ellos nos auxiliarán eficazmente.

Admirado con la nueva lección, la seguí silencioso. Una vez llegados al lugar donde se alineaban enormes frondas, Narcisa llamó a alguien, con expresiones que yo no podía comprender. En momentos, ocho entidades espirituales atendían la llamada. Inmensamente sorprendido, la vi indagar sobre la existencia de árboles de mango y eucaliptos. Debidamente informada por los amigos, que me eran totalmente extraños, la enfermera explicó:

–Los hermanos que nos atendieron son servidores comunes del reino vegetal.

Ante mi sorpresa concluyó:

–Como ve, nada existe de inútil en la casa de Nuestro Padre. En todas partes, si hay alguien que necesite aprender, hay alguien que enseñe; y donde aparece la dificultad surge la Providencia. El único desventurado en la obra divina es el espíritu improvisador que se condenó a las tinieblas de la maldad.

Narcisa manipuló, en pocos instantes, cierta substancia con las emanaciones del eucalipto y del mango y, durante toda la noche, aplicamos el remedio al enfermo a través de la respiración común y de la absorción por los poros.

El enfermo experimentó mejoría sensible. Por la mañana temprano el médico observó extremadamente sorprendido:

–¡Se realizó anoche una extraordinaria reacción! ¡Verdadero milagro de la Naturaleza!

Celia estaba radiante. Se llenó la casa de nueva alegría. A mi vez, experimentaba gran júbilo en el alma. Profundo aliento y bellas esperanzas revigorizaban mi ser. Reconocía, yo mismo,

que vigorosos lazos de inferioridad se habían roto dentro de mí para siempre.

Ese mismo día volví a Nuestro Hogar en compañía de Narcisa, y por vez primera, experimenté la capacidad de vuelo. En un momento ganamos grandes distancias. La bandera de la alegría se había desplegado en mi fuero íntimo. Comunicando a la generosa enfermera mi impresión de ligereza, la oí aclarar:

–En Nuestro Hogar gran parte de los compañeros podrían eludir el aerobús y transportarse, como desearan por las áreas de nuestro dominio vibratorio, pero como la mayoría no ha adquirido esa facultad, todos se abstienen de ejercerla en nuestras vías públicas. Esa abstención, no impide que la utilicemos lejos de la ciudad, cuando es necesario ganar distancia y tiempo.

Nueva comprensión y nuevos júbilos enriquecían mi espíritu. Instruido por Narcisa iba de la casa espiritual a la casa terrestre y viceversa sin grandes dificultades, intensificando el tratamiento de Ernesto, cuya mejoría se afirmaba franca y rápidamente. Clarencio me visitaba todos los días mostrándose satisfecho con mi trabajo.

Al finalizar la semana, llegaba a su término mi primera licencia en los servicios de las Cámaras de Rectificación. La alegría había vuelto entre los cónyuges, que pasé a estimarlos como hermanos.

Era preciso pues, regresar a los justos deberes.

A la luz adormecida y cariñosa del crepúsculo, tomé el camino de Nuestro Hogar totalmente modificado. En aquellos rápidos siete días aprendí preciosas lecciones prácticas en el culto vivo de la comprensión y la fraternidad legítimas. La sublime tarde me llenaba de magnos pensamientos.

¡Qué grande es la Providencia Divina! –decía monologando íntimamente–. ¡Con qué sabiduría dispone el Señor todos los

trabajos y todas las situaciones de la vida! ¡Con qué amor atiende a toda la Creación!

De momento, algo me arrancó de la meditación a que me acogiera. Más de doscientos compañeros venían a mi encuentro.

Todos me saludaban, generosos y acogedores: Lisias, Lascinia, Narcisa, Silveira, Tobías, Salustio y numerosos cooperadores de las Cámaras estaban allí. No sabía que actitud asumir tomado así de sorpresa. Entonces el Ministro Clarencio, surgiendo al frente de todos, se adelantó extendiéndome la diestra y dijo:

–Hasta hoy, André, usted era mi pupilo en la ciudad; pero de ahora en adelante, en nombre de la Gobernación, lo declaro ciudadano de Nuestro Hogar.

¿Por qué tan grande magnanimidad si mi triunfo era tan pequeñito? No conseguía retener las lágrimas de emoción que embargaban mi voz. Considerando la magnitud del amor de la Bondad Divina, me arrojé en los paternales brazos de Clarencio, llorando de gratitud y de alegría.

“El intercambio con lo invisible es un movimiento sagrado en función restauradora del Cristianismo puro; por tanto, que nadie se descuide de las necesidades propias, en el lugar que ocupa por la voluntad del Señor.

André Luiz viene a contarte, lector amigo, que la mayor sorpresa en la muerte carnal es la de colocarnos cara a cara con nuestra propia conciencia, donde edificamos el Cielo, nos estacionamos en el purgatorio o nos precipitamos en el abismo infernal; viene a recordarnos que la Tierra es un taller sagrado y que nadie lo menospreciará sin conocer el precio del terrible engaño al que sometió a su propio corazón.

El hombre terrestre no es un desheredado. Es hijo de Dios, en trabajo constructivo, vistiendo el ropaje de la carne; alumno de benemérita escuela, donde precisa aprender a elevarse. La lucha humana es su oportunidad, su herramienta, su libro.”

Emmanuel

ide
editora

